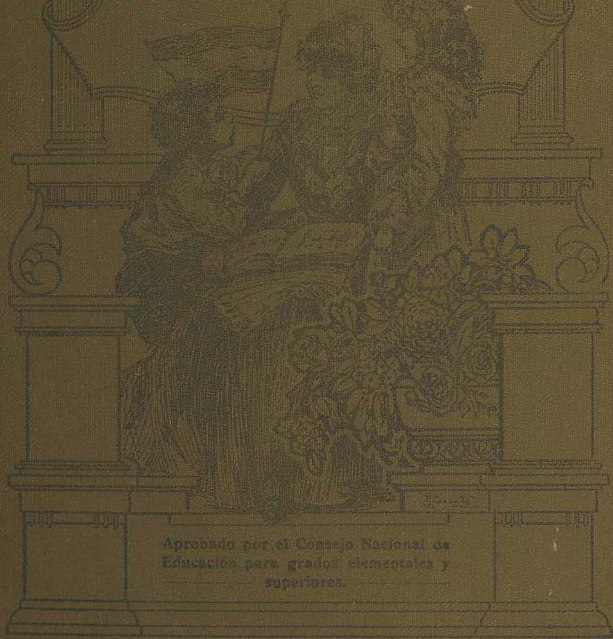


FELISA A. LATALLADA

HOGAR Y PATRIA



Aprobado por el Consejo Nacional de
Educación para grados elementales y
superiores.

HOGAR Y PATRIA - Libro de Lectura

LL
1916
LAT



00010444

HOGAR Y PATRIA

A 4
19

PERTENECIÓ A PABLO A. PIZZURNO

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

HOGAR Y PATRIA

LIBRO DE LECTURA

PARA GRADOS

ELEMENTALES Y SUPERIORES

POR

Felisa A. Latallada

APROBADO POR EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN



San Juan - Monumento a Sarmiento

BUENOS AIRES

EDITOR ALBERTO VIDUEIRO

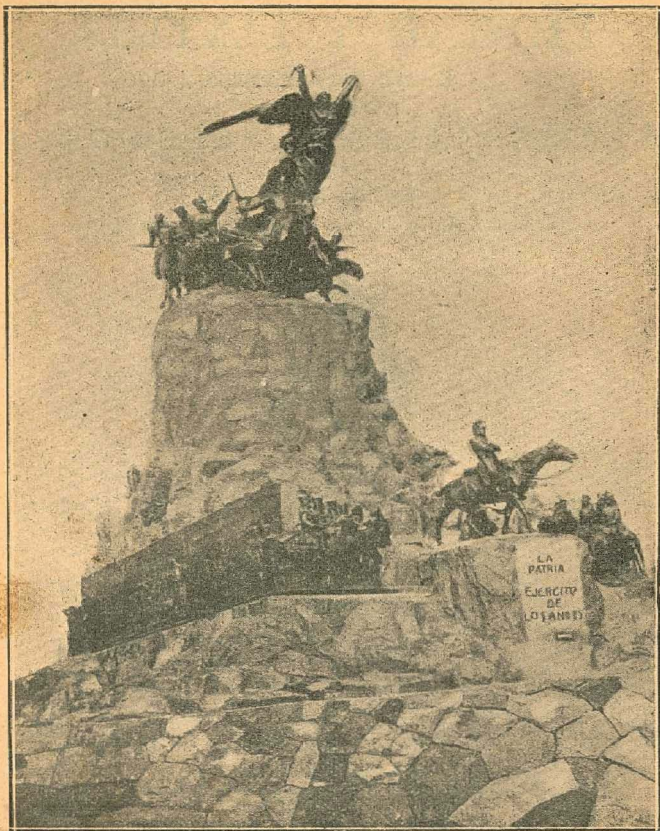
600 - CALLE TACUARI - 600

(ES PROPIEDAD DE LA AUTORA)

DE ESTA OBRA SE HA HECHO EL DEPÓSITO
QUE PRESCRIBE LA LEY

Felisa A. Latallada

137 x 178



MENDOZA. — MONUMENTO AL EJÉRCITO LIBERTADOR

HOGAR Y PATRIA

DEDICATORIA:

A la memoria de mi madre, doña Elena Chorroarín de Latallada, vinculada por la sangre al maestro de Belgrano, Doctor José Luis Chorroarín, dedico este libro cuya esencia son los ejemplos de moral y civismo recibidos en el hogar.

"HOGAR Y PATRIA" realiza el sueño de una maestra de larga práctica que pide al hogar y especialmente a las madres argentinas, toda su colaboración para que, en medio de este cosmopolitismo que nos invade cada día más, la Patria surja indivisible, grandiosa y soberana.

Arrojo estas lecturas a la corriente ya caudalosa de la cultura pública, sin otra recomendación que el amor que he puesto en ellas. Estas lecciones no tienen más pedagogía que su alta inspiración patriótica diaria y constante. Pueden leerlas y recitarlas con provecho los niños de 4º, 5º y 6º grados.

FELISA A. LATALLADA



Felipe. — Mamá, la maestra nos ha dicho que mañana explicará lo que es la Patria. Dice Luisito que la nuestra es Buenos Aires.

Laurita. — No es verdad esto. La Patria es Buenos Aires, Mendoza y Catamarca, porque allí viven nuestros primitos.

Felipe. — Creo que estás en un error. Es la Nación Argentina con su extenso territorio, sus incalculables riquezas y sus millones de habitantes.

La Madre. — Muy bien, Felipe. Pero debes agregar que ella no solamente comprende las montañas que tanto admiraban ustedes en Mendoza, el hermoso río Paraná que cruzaron hace poco tiempo, las cataratas del Iguazú que viste en el cinematógrafo y los bosques inmensos del Chaco de

que tu padre te hablaba cierto día; sino que también lo forman los hombres y las mujeres que habitan este suelo, hablando la misma lengua nacional; los soldados que defienden el territorio, los marinos que tripulan nuestras naves; la Patria es también la simiente de nuestros campos, las riquezas de nuestras ciudades y los esplendores cambiantes de nuestro cielo.

La Argentina, esta Patria que nombras con el cariño con que se invoca a una madre, es nuestra historia, son

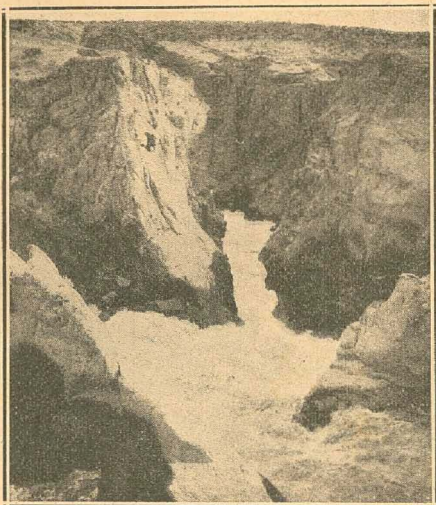


Montañas de Alta Gracia, Córdoba

nuestros muertos, nuestros próceres, nuestro escudo; es nuestra bandera azul y blanca que repite al corazón del hijo y al corazón del patriota, el afecto y la acción fecunda a que es acreedora, porque ella es nuestra propia vida prolongada en las cosas, en las almas, en el espacio y en el tiempo.

Felipe. — Aunque no comprenda con toda claridad tus palabras, yo siento, mamá, el deseo de ser bueno contigo cuando me hablas de esta manera. Y hasta quisiera

decirte que yo daría por esta Patria todas mis energías, por ella seré verídico, sincero y honrado; y quisiera también que las riquezas y las bellezas de su suelo, la bondad de sus leyes y la justicia a que todos tienen derecho, llamaran siempre a todos los hombres que quieran habitarla, trabajarla y engrandecerla. Quisiera, en fin, repetirte el comienzo de un verso que declamamos siempre en clase, porque así expreso mejor lo que pretendí decirte: *La Patria*, — “*en ella cabe, cuanto de grande el pensamiento encierra*”...



Parte baja de una catarata en el distrito de San Rafael

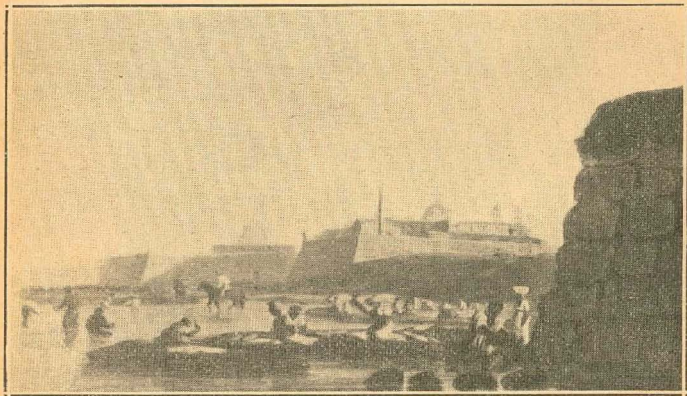


ANIVERSARIO CÍVICO



Héctor. — No olvides, papá, tu promesa de llevarnos a ver la iluminación y los adornos de la Plaza de Mayo, que según refieren los muchachos son magníficos en este 25 de Mayo.

No puedes negarnos este pedido después del éxito de nuestra fiesta escolar. La concurrencia estaba verdaderamente conmovida y a más de uno ví con los ojos hú-



El Fuerte visto desde el río

medos. La recitación «A la Patria», pronunciada con tanto entusiasmo y corrección, el desfile de los niños ante el retrato de la Patricia cuyo nombre será desde hoy el de nuestra escuela, las flores arrojadas profusamente, los cantos, el himno, todo fué solemne y hermoso

Además, los huéspedes, nuestros primitos, desean vivamente ver la ciudad de Buenos Aires vestida con los colores del gran día.

Tita.—Será la oportunidad de este paseo única, y yo pido a mi vez que nos acompañe abuelito, para que cuente las historias del tiempo viejo, de las cosas que pasaron en la Plaza de Mayo, en el Cabildo y en el Fuerte.

El padre. — Bien, hijos míos; yo mismo creo tener con el entusiasmo algunos años de menos que los que llevo. Haremos el paseo y al mismo tiempo haremos memoria de algunas cosas que es preciso recordar en este día.

Laurita. — Mira, papá, yo desearía también llevar a María, la niñita vecina que mamá tanto ayuda con ropa de abrigo. Ayer me dijo que nunca había visto la plaza iluminada. ¡Pobrecita! ¿Me permites que la lleve?

El padre. — Concedido. Bondad y caridad son también atributos de esta Patria cuyo día vamos a comentar en nuestra excursión.

Marcos. — Estoy listo. Y he aquí la escarapela puesta en el pecho, como si dijéramos con orgullo: ¡soy argentino!

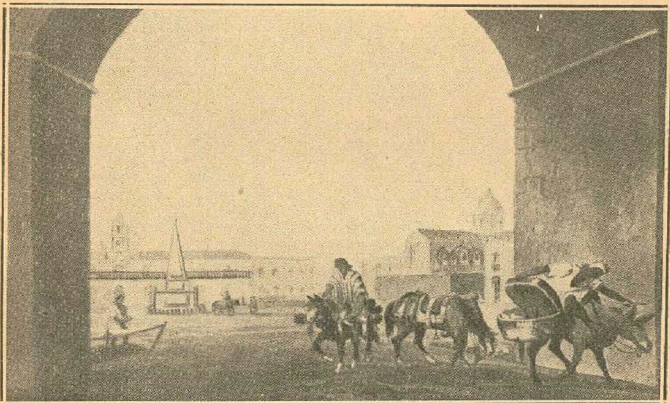
Tita. — Ya está aquí abuelito. Un momento de espera. Corro a vestirme

.....

Marcos (Al pasar por la Avenida de Mayo). — Abuelito, ahora te corresponde el turno de las historias que sabes.

Abuelo. — No, no habrá historias. Prefiero explicar a ustedes los recuerdos que guardan estos sitios.

Aquí, al comienzo de esta Avenida, se elevaba la torre del antiguo Cabildo, cuya sala de sesiones fué testigo de los esfuerzos de Castelli, Paso, Belgrano, Saavedra, Rodríguez, Chiclana y tantos otros, para obtener la renuncia del Virrey Cisneros y la formación de una **Junta Popular**.



Arco de la Recova

Desde aquella fecha memorable del 22 de Mayo, este viejo edificio presenció los esfuerzos de cada día y de cada hora, realizados por los patriotas hasta conseguir esa renuncia el 25 de Mayo de 1810. Todo esto lo saben ustedes muy bien porque todas las Escuelas de la Nación lo explican detalladamente en la «Semana de Mayo».

Marcos. — ¡Si hubiera vivido en esos tiempos!...

Sarita. — En esos tiempos tan lejanos no había ni iluminaciones, ni fiestas, ni músicas.

Felipe. — ¿Oiste, abuelito? Si hubiéramos nacido antes del 25 de Mayo de 1810, hoy seríamos viejecitos de más de cien años de edad. Tendríamos la edad de la Patria.

Tita. — ¿Adornaron con banderas argentinas la casa de gobierno en ese día, abuelito?

El Abuelo. — No, hija mía. Aún no teníamos bandera en aquel día, sino el estandarte de los antiguos virreyes. Ya os contaré la historia de su creación.

Tampoco existía este palacio de Gobierno. En su lugar se levantaba el edificio del antiguo Fuerte, donde flameaba la bandera española.

En la noche del 25 de Mayo de 1810, esta plaza no estaba iluminada, ni concurrida como ahora. Era una plaza



Vendedor de tortas

pobre, sin jardines ni monumentos. Desde la calle Defensa hasta la de Reconquista, la atravesaba la *Recova Vieja*, donde se vendía mazamorra, tortas fritas, empanadas, dulces y todo cuanto exigía la vida modesta de los habitantes de aquel tiempo.

Desde esta *Recova* hasta el Cabildo, era lo que al principio se llamó *Plaza Mayor*; y plaza de la *Victoria* después de las Invasiones Inglesas. La otra parte, desde la *Recova* hasta el palacio de Gobierno, fué la antigua *Plaza de Armas*; que más tarde se llamó *25 de Mayo*. Y cuando se derribó la *Recova* para hacer de ambas una sola, se le puso el nombre de *Plaza de Mayo*.

Felipe. — Dime, abuelito, ¿por qué han levantado aquella pirámide?

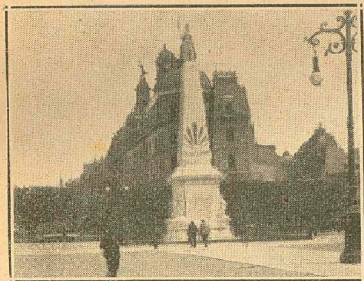
Abuelo. — Acerquémonos a ella.

Este sencillo monumento, es el primero que se levantó en conmemoración del 25 de Mayo de 1810. Se abrieron los cimientos el 6 de Abril de 1811 y quedó terminada el 25 de Mayo del mismo año. De suerte que los patriotas pudieron celebrar el primer aniversario de la Revolución al pie de esta misma pirámide.

Pero deben saber que esta no es la forma primitiva de la pirámide, tal como se edificó en 1811. Aquella era más sencilla, no tenía esa estatua de la libertad, ni estas cuatro más pequeñas, ni estos adornos que ustedes ven. Tampoco tenía esta verja de hierro. Lo que se ha conservado como se construyó en 1811, es el basamento, es decir, esta parte sobre que descansa la verdadera pirámide.

Felipe. — ¿Pero no te parece, abuelito, que este es un monumento muy feo?

Abuelo. — Materialmente, quizá tienes razón; pero su belleza está en el recuerdo que guarda. Desde 1811, nuestros padres concurrieron a este lugar consagrado pa-



Pirámide de Mayo

ra celebrar las glorias de la Patria. Aquí venían los maestros y sus alumnos a saludar el sol de Mayo. Aquí mismo, en medio de una concurrencia enorme, en el día 25 de Mayo de 1812, se dió la libertad a los primeros cuatro esclavos y se premiaron a los doce primeros inválidos de las

recientes guerras, socorriendo también a las viudas y a los niños de los muertos por la libertad.

Ven, pues, ustedes, cómo hay ciertas cosas que deben conservarse para eterna memoria por los recuerdos que evocan. Como esos feos y antiguos retratos de familia con que honramos a los abuelos, los argentinos conservamos este monumento que habla con tanta elocuencia de aquellos tiempos heroicos.

Y si no es hermoso como los magníficos edificios de la Avenida, podría tal vez encerrarse la reliquia en algo que estuviera de acuerdo con las bellezas de nuestra ciudad modernizada.

Mientras tanto, es nuestro deber concurrir a este sitio en cada mañana de Mayo, como lo hacían nuestros antepasados y lo harán ustedes, cantando el himno nacional en el mismo sitio en que los niños saludan desde hace más de cien años, el nacimiento de *una nueva y gloriosa nación...*



Figuras de antaño



LA COLONIA



Tita. — Refiérenos, abuelito, alguna cosa interesante de aquella época de 1810, que tanto nos interesa conocer.

Abuelo. — En aquel entonces, no había coches de alquiler, en la ciudad y muy contadas eran las carrozas particulares. Las calles se alumbraban con faroles de velas de sebo. No había pavimentación alguna. El empedrado, reducido a las calles que circundan la Plaza de la Victoria, hoy Plaza de Mayo, era áspero y de desagradable aspecto. Era muy difícil transitar en días de lluvia por nuestras calles centrales, porque se convertían en verdaderos pantanos. Las casas bajas y de modesta apariencia, tenían más o menos el aspecto de la llamada «Casa de la Virreina Vieja», demolida hace poco tiempo, cuya fotografía verán ustedes luego.



Pero si el aspecto de esta ciudad no era comparable con el que tiene hoy, ni sus habitantes gozaban de gran-

des comodidades ¡qué noble sentimiento patriótico el de aquella generación! Cada hombre fué un soldado y cada soldado un héroe.

Laurita. — Dime, abuelito, ¿qué edificios se levantaban en los lados de la plaza?



Vendedor de velas

Abuelo. — La Catedral, que comenzó a construirse por el año de 1650, ocupaba el mismo sitio que hoy. Era, en los días de la Revolución, un edificio a medio construir, sin revoques y sin el frente que ustedes ven. Tenía dos torres, por cuya razón esta calle Rivadavia, se llamó la calle de las *Torres*.

Después de la Catedral, en el frente ocupado actualmente por el palacio arzobispal, se levantaba un largo

paredón sin revocar, cubierto de vidrios en su borde superior, como las tapias actuales de los sitios baldíos.

En los sitios ocupados por el Banco de Italia y el edificio que le sigue, se levantaba la casa del Brigadier don Miguel Azcuénaga, que más tarde pasó a poder de la familia Olaguer Feliú.



Encendedor de faroles

Donde funciona hoy el Banco de la Nación Argentina, terreno que fué propiedad del fundador de Buenos Aires, don Juan de Garay, se levantaron sucesivamente la *Aduana*, la *Casa de Comedias* y el *Teatro Colón*. Y más allá, hasta la calle 25 de Mayo, muchas casas de pobre apariencia, ocupadas por tiendas y despachos de bebidas, concurridos generalmente por marineros.

En el otro costado de la plaza, donde estuvo hasta hace poco tiempo el Congreso Nacional, había un puesto para la venta de carne, transformado luego en cuartel para un Regimiento de Patricios. La propiedad que seguía a ésta, hasta la calle Defensa, hoy ocupada por el edificio *La Previsora*, perteneció a la familia de Escalada. Desde esta calle hasta la de Bolívar, seguía la Recova, donde había una serie de tiendas de toda especie.

Tita. — ¡Qué buena memoria tiene abuelito!

Felipe. — Papá nos ha dicho que por esa época Buenos Aires era una ciudad muy pequeña. La parte principal se extendía por el Sud hasta la calle Chile; por el Norte, hasta lo que es hoy el *Mercado del Plata*; por el Oeste hasta la Iglesia de Monserrat. Fuera de estos

límites, había chacras con cercas de tuna y terrenos baldíos. Por ejemplo, hacia la plaza Lavalle y Constitución, hoy barrios populosos y de gran movimiento, extendíanse terrenos amplios e inútiles que nadie ocupaba.

Imagínense ustedes la diferencia entre esta ciudad y el pueblo que les describo!

Marcos. — ¿Pero, es posible que cambien tanto las cosas, abuelito?

Abuelo. — Sí, hijo mío. También es cierto que por



Lavandera

aquel tiempo, la gente vivía una vida sencilla y arreglada. Paseábanse y divertíanse de día; pero raras veces salían de sus casas por la noche, pues el mal



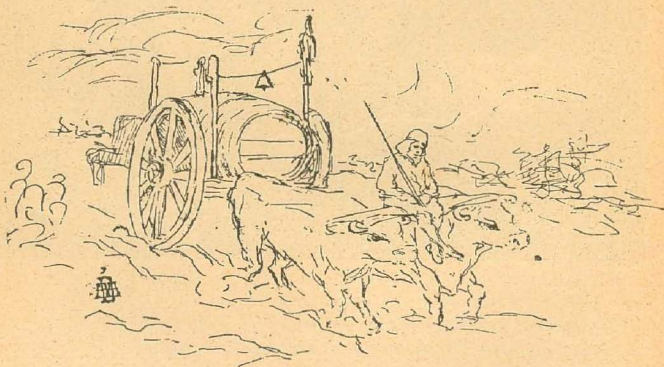
Con esclavo y farol para alumbrar el camino

alumbrado y el pésimo estado de las calles, obligaban a salir *con un farol para alumbrar el camino*.

Por las tardes, las familias concurrían al paseo de la Alameda, situado donde hoy está el paseo de Julio, y al *arco de la Recova Vieja*, a escuchar las retretas que las bandas militares tocaban en el Fuerte.

Laurita. — ¡Pero qué extraña vida, abuelito!

Abuelo. — Sí, hija mía. Esta era la vida tranquila y llena de encantos que pasaban nuestros padres. Extraña para nosotros, que hemos adoptado otras costumbres, que dedicamos nuestras energías a otras actividades y gozamos de otras comodidades que ellos no tenían ni deseaban. Pero vida tranquila y afectuosa, sin lujos ni excesos, digna del recuerdo y de la imitación y muy capaz de educar, como educó a aquella generación fuerte y sana, que nos dió patria y libertad.



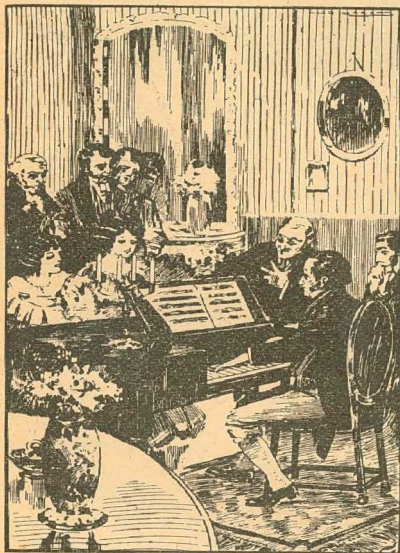


EL 1^{er} ENSAYO DEL HIMNO ⁽¹⁾

Se sabe que el Himno Argentino fué escrito en la casa de la calle Perú, hoy desaparecida, pero cuya existencia atestigua la placa que la gratitud popular ha colocado en la que lleva el número 535, donde la industria nacional llena con sus ruidos y productos el sitio en que en las altas horas de la noche del 11 de Mayo de 1813, don Vicente López y Planes escribiera y declamara «las estrofas que al año siguiente debieran repetirse en todos los ejércitos Argentinos y ocho años después en toda la América del Sud». Se sabe también que su música fué escrita en lugar próximo, en la casa de la familia de Luca, a mitad de la calle Venezuela entre Bolívar y Perú, por el maestro español de origen, pero americano de sentimientos, don Blas Parera. En esa casa, reunidos el poeta autor del Triunfo Argentino de 1807 y quien compuso la música de la «Canción Patriótica» de 1812, en una de esas noches saturadas de gloria y de amarguras, el piano acompañó por primera vez el heroico himno que el día veinticinco, segundo aniversario del grito de libres, los niños de la escuela que dirigía don Rufino Sánchez fueron los primeros en entonar, en la Plaza Victoria, ante

(1) J. M. Ramos Mejía.

el pueblo y sus autoridades. Y durante un siglo, cundió desde la plaza pública hasta los dilatados llanos y las más altas cumbres de esta América. Pobres y ricos terraplenaron el campo



1er. ensayo del Himno en la casa de la Señora
María Sánchez de Thompson.

piano estas notas vibrantes, al escucharlas prometieron afrontar el futuro al compás de la azada, o del cañón, como lo requiera la Patria.

de evoluciones del Ejército de los Andes, en Mendoza, cantándolo «al compás de la azada». San Martín, dijo entonces: «Con esta especie de soldados cualquiera podrá emprenderlo todo con suceso». Tenían en el oído el Grito Sagrado que repitieron en el helado filo andino, en la campiña chilena, en la regia Lima y en los aludes gloriosos de Río Bamba y de Ituzaingó. Futuros soldados, cuando vuestras madres y hermanas arranquen del

HOJAS DE MI DIARIO

23 de Mayo de 1910.

¡Qué agitación, qué alborozo! Vivimos desde hace un mes en una baraúnda de festejos y de novedades. La Patria está en todos los labios como una emoción noble y vibrante que nos entusiasma y nos incita a ser buenos y estudiosos para honrarla dignamente.

Llegan por millares visitantes de todos los países vecinos y de los más lejanos. Se habla de monumentos, de embajadas y de mensajes diplomáticos que enviarán Francia, Inglaterra, España, Italia, Austria y hasta el Japón...

Cada día, cada hora, en las calles y en las escuelas, se evoca el recuerdo de un prócer o el hecho inmortal de un héroe nacional.

Desde el día 11 de Mayo celebramos la «Semana Cívica». Mis hermanas y mis primas confeccionan las escarapelas por centenares para los alumnos de las escuelas públicas de la Capital y también para los niños de los territorios nacionales.

El día 18 de Mayo, recibimos un facsímil del escudo que Belgrano hizo grabar para las escuelas que fundó. Tiene la siguiente inscripción: *Venid, que de gracia se os da el néctar agradable y el licor divino de la sabiduría.*

La maestra nos explicó la inscripción en clase, agregando que esta aspiración de Belgrano, es común a todos los hombres públicos argentinos, desde Moreno hasta Avellaneda, pues creyeron que solamente sería posible



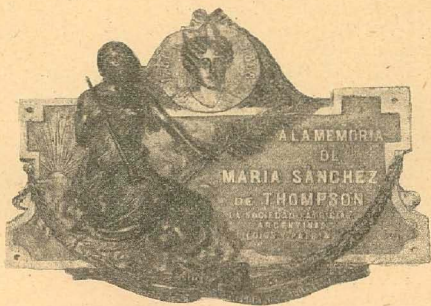
La Oración Cívica

la organización del país, elevando por la cultura el nivel intelectual de las masas populares.

Por la noche, al despedirnos de mamá, nos dijo: recemos elevando nuestro corazón a la Patria que cumple su primer siglo de vida: Patria nuestra, que estás en la gloria, santificado sea tu nombre, por los siglos de los siglos...

24 de Mayo.

Continúan las fiestas centenarias embriagándonos de entusiasmo y de alegría. Parece que vivimos en un sueño de músicas, de himnos y de banderas, en todas las horas del día y de la noche.



Hoy colocamos la placa que la Sociedad de Patriotas Argentinas «Dios y Patria» ofrecía en homenaje de doña «María Sánchez de Thompson», la patrona cívica de nuestra escuela.

Fué una magnífica fiesta con desfile de cientos de niños, cantos escolares, discursos, declamaciones y flores. ¡Cómo se nos aplaudía! ¡Qué apretura de gente, de señoras y de señores, de padres y de madres, de autoridades y de niños!

Si viviera doña Mariquita y viera cómo se la recuerda en esta casa, lloraría de entusiasmo y también de orgullo por esta Patria que ella sirvió como mujer y como patriota, ayudando a Rivadavia y estimulando con su cultura y su talento a todos los hombres de la Revolución.

¡Día hermoso fué éste, sin cansancio, sin pesares y lleno de recuerdos y de glorias cívicas!

25 de Mayo.

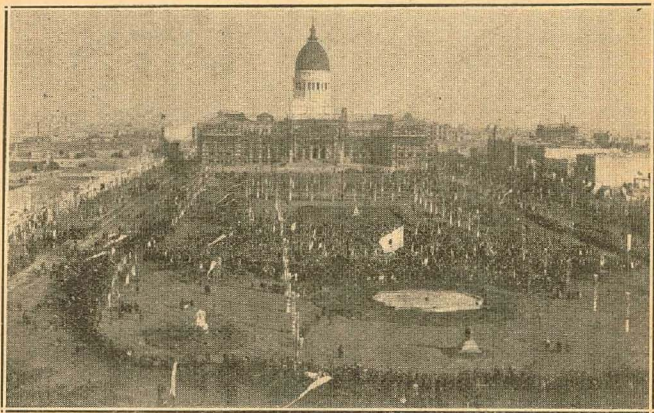
¡Por fin alumbró el sol de este día que tanto hemos esperado! ¡Qué viva la Patria y que nada más grande que ella ilumine ahora y siempre!...

Treinta mil niños cantaremos el Himno Nacional en la plaza del Congreso. Ha asomado el alba y comienzan los preparativos. Se oyen dianas e himnos marciales. Ya la escuela está repleta de alumnos que ostentan la escarapela celeste y blanca.

.....

¡Qué mar de niños en la plaza del Congreso! La ola avanza, se agita y vuelve como una marejada. Parecía que todos los niños del mundo iban a saludar al sol de Mayo. Ya comienza el acto y su primer número conmueve a la inmensa multitud. Una enorme bandera

argentina va a ser enarbolada en el centro de la plaza y una niña de nuestra escuela, «María Sánchez de Thompson», es la designada por el Presidente del Consejo Nacional de Educación para cumplir esta primera parte del programa.



PLAZA DEL CONGRESO

Los niños cantando el Himno el 25 de Mayo de 1910

La bandera fué izada y las voces de treinta mil niños aclamaron: ¡Viva la Patria!...

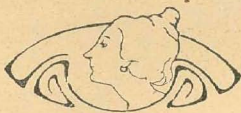
Luego el Himno Nacional, coreado por millares de voces y aclamado por la enorme multitud. Después el desfile y las flores depositadas en el altar cívico; las

bandas que hacen retumbar el espacio, la luz brillante del día, los recuerdos que bullen, las esperanzas que nacen...

Tengo envidia de esa niña que izó la Bandera. Una de las treinta mil cuyos nietos sabrán que en el Centenario primero del pueblo argentino, ella fué la designada para elevar el símbolo augusto.

Día de imborrables recuerdos, día de gloria inmortal: no te viviré por segunda vez, pero te vivirá mi país más grande, más fuerte y más hermoso.

ELENA.



HOJAS DE MI DIARIO

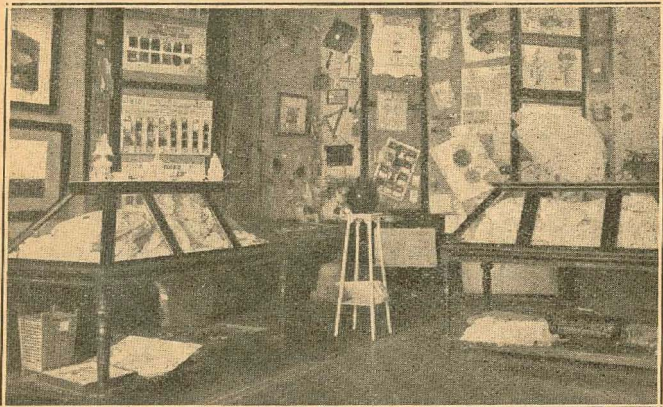
(Recuerdos del Primer Centenario)

Oh! las fiestas, las excursiones, las exposiciones, los concursos que alegraron el sol de aquellos días memorables! Nunca borraré de la memoria el movimiento, la luz y el entusiasmo que se irradiaban en todas las cosas y en todos los semblantes.

Ayer por la mañana visitamos la exposición de pintura del Pabellón Argentino: vastas salas de pinturas holandesas, italianas, francesas, e inglesas, de matices y colorido variados hasta el infinito. Más allá una sala dedicada a cuadros de autores nacionales: «La vuelta del malón», es emocionante. La indiada retorna cargando los despojos «en la tarde y la hora en que el sol la cresta dora de los Andes», y, con ellos una hermosa cautiva desmayada, una cruz e incensario saqueados en la iglesia del pueblo invadido.....

«Sin pan y sin trabajo», de Ernesto de la Cárcova. En miserable bohardilla la pobre mujer extenuada de fatiga y de hambre, con su hijo en brazos, parece pedir a los pobres muebles y al muro de la habitación un pedazo de pan, algo que mitigue su angustiosa situación. El esposo, un obrero sentado en una silla con el puño que golpea sobre una mesa, con rabia y desesperación,

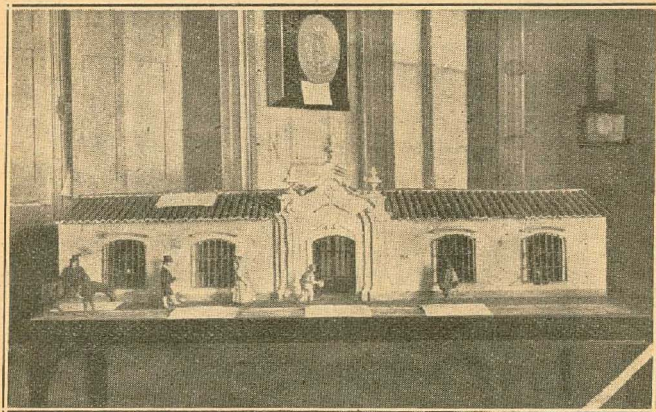
mira por la ventana abierta la gran ciudad y las gentes que cruzan sin reparar en esas pobres criaturas que mueren de hambre. Un rayo de sol consuela el cuadro de miseria, como si la naturaleza, indiferente al dolor, se hu-



quiera apiadado por esta vez del niño flaco y lloroso que ha secado el pecho de la madre.....

Luego, el cuadro premiado, «Canciones del pago», de Carlos Ripamonte, hermosa tela que evoca el ombú, el payador y el gaucho, puesto en un horizonte sin límites y en un cielo azul de tarde otoñal.

La Exposición Escolar! Volamos para llegar a ella antes que la multitud invada. Ya estamos entre el mar de público que critica y que comenta: petróleo de Comodoro Rivadavia, dice el maestro, que será en el porvenir una riqueza incalculable para la Argentina; animales di-



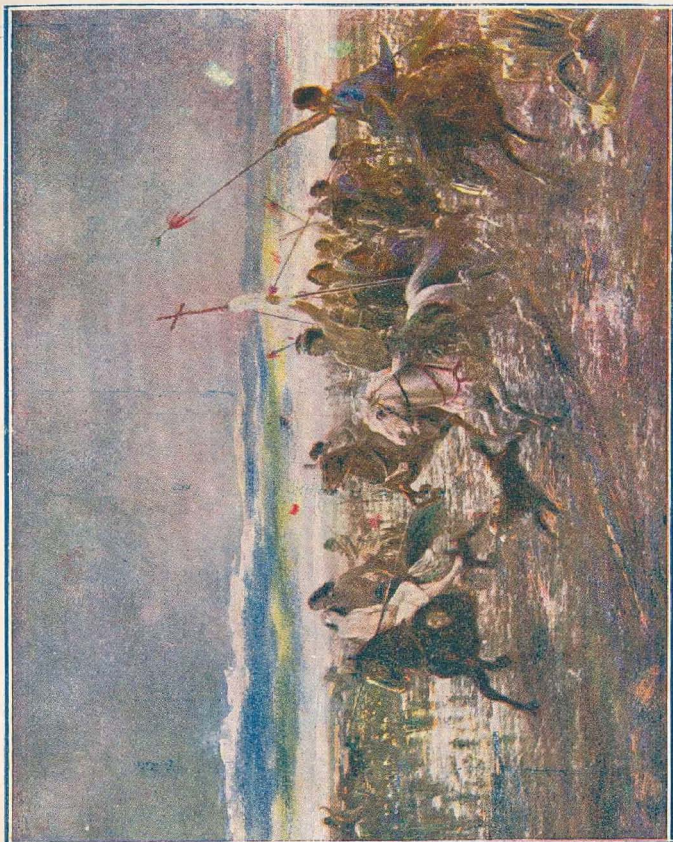
secados; pieles de todos los puntos de la Nación; productos de nuestros mares; objetos de plata trabajados por los indios; plantas fibrosas, caña de Tucumán; bancos de escuela de la época colonial; ilustraciones escolares de Jujuy y de la Tierra del Fuego; trabajos prácticos en ma-

dera, en cartón, en tierra de Corrientes y Entre Ríos; trabajos prácticos de las escuelas de Buenos Aires, sobre Geometría, Historia Argentina, Historia Natural, Labores, etc., interminables muestras de cartografía, de composiciones, de caligrafía y de dibujo de todas las provincias y la imponente construcción plástica de los hechos culminantes, políticos y militares de la Historia Argentina. En una pieza silenciosa, que imita una calle de Buenos Aires colonial, el doctor Vicente López y Planes, escribe con fiebre e inspiración el himno de la patria. En otra, Moreno, redacta el programa de la revolución para la «Gaceta».

Todo esto es obra de maestros argentinos, de niños argentinos que así están preparando para la vida del porvenir al pueblo de Mayo, a la noble y gloriosa Nación que el mundo saluda como el poeta: «de pie para cantarla que es la patria — siempre en pos de sublimes ideales».

Cuando llegue el Centenario del Congreso de Tucumán, el 9 de Julio de 1916, diré en esta hoja en blanco de mi diario lo que ha pasado en seis años. ¡Vivirá abuelita para acompañar nuestras alegrías en el segundo día fasto de la patria? ¡Oh! Sí. Aunque no tenga vida real, ella estará con nosotros en espíritu, en el recuerdo, como viven los héroes que hoy resucitan para hablarnos desde su tumba de libertad, de amor, de trabajo y de grandeza nacional.....

SARA.



La vuelta del malón

CLUB DE NIÑOS

Luis. — Ha triunfado nuestra idea: ya hemos constituido el Club de Niños.

Augusto. — Dentro de un momento terminaré el acta que debo leer en la sesión de mañana.

Luis. — ¿A qué número llega la lista de adherentes?

Augusto. — A veinte. Pero estoy seguro que Laurita, Clotilde y seis u ocho de sus amigas, se inscribirán en seguida, de modo que en la reunión de mañana, podremos presentar diez socios nuevos, sin contar los que presentarán nuestros compañeros.

Clotilde. (Entra en ese momento). — ¡Hola, primos! ¿En qué se ocupan ustedes?

Augusto. — Espera un momento y te lo explicaré.

Luis. — Llama a Laura y a sus visitas: en la obra que hemos emprendido, necesitamos el concurso de todos.

Entra Laurita acompañada de varias amigas. (Saludanse y habla Silvia).

Silvia. — Nos domina la curiosidad. Señores misteriosos, dígnanos en seguida ¿qué es lo que quieren de nosotras?

Luis. — Hemos proyectado formar una asociación de niños con fines de mejoramiento moral, intelectual y físico.

Las hemos llamado para que se asocien con nosotros. Nuestro fin es mejorarnos, trabajando en la medida de nuestras fuerzas, por la obra común de nuestros padres y maestros.

Augusto, leerá el acta de constitución de la sociedad, donde están esbozados, en líneas generales, los propósitos que perseguimos al organizarla.

Augusto. — Muy bien. Comienzo:

En Buenos Aires, a veintidós días del mes de Mayo de mil novecientos catorce, reunidos los estudiantes que firman al margen, con el fin de constituir una asociación llamada «Club de Niños», acordaron lo siguiente:

1.º El Club de Niños estará formado por niños de ambos sexos cuya edad no pase de quince años.

2.º Dicho Club tendrá por fin primordial la cultura física, moral e intelectual de sus asociados. Con este propósito, se promoverán excursiones por la ciudad, partidas de juegos, jiras campestres, cursos de gimnasia, etc.

Se darán y se solicitarán conferencias, lecturas, lecciones, obras de beneficencia, cursos de enseñanza gratuita, práctica de idiomas extranjeros, dactilografía, etc.

3.º Los socios pagarán una cuota voluntaria, de acuerdo con lo que sus padres puedan darles.

4.º Queda elegida la siguiente Comisión Provisoria: Luis Alvarez, Presidente; Enrique Lamas, Vicepresidente; Mario Bravo, Tesorero; Augusto Correa, Secretario; Carlos Dener, Alberto Hang, Diego Saavedra, Vocales.

5.º La C. P. propondrá una lista de personas respetables que formarán el Consejo Consultivo y que se encargará de dirigir la confección de los Estatutos.

6.º Nómbranse socios honorarios al señor Presidente del Consejo Escolar 3.º y a los señores Directores de las Escuelas Superiores.



7.º La C. P. deberá reunirse el 25, a las tres de la tarde y se encarece la necesidad de buscar nuevas adhesiones.

No habiendo más asuntos que tratar, se levantó la sesión a las cinco de la tarde.

Augusto Correa
Secretario

Luis Alvarez
Presidente

Rosa. — Me parece una hermosa idea. Pediré a mamá que me permita asociarme.

Eloísa. — ¿Y qué papel desempeñamos las niñas?

Augusto. — Ya lo verán ustedes. Esta comisión terminará cuando estén redactados los estatutos y organizado el Club: hemos aceptado el cargo por el término de dos meses. Después se procederá a una nueva elección y trataremos de formar una comisión mixta.



La mujer necesita el desarrollo físico tanto como el hombre. Nos haremos todos más fuertes y más sanos; sin olvidar que debemos hacernos también más inteligentes y más buenos.

¡Con qué gusto veremos a nuestras hermanas, ágiles y diestras, en todos los juegos apropiados a su gracia y a su modalidad!

¡Y con qué creciente placer las oiremos hablar de la vida noble y sencilla, condenando el lujo y la malevolencia, practicando el ahorro y la virtud!

Entre tanto, nosotros hablaremos de la natación y sus beneficios, de la equitación y de todos los deportes conocidos que practicaremos con gusto. Y daremos conferencias sobre telegrafía sin hilos, sobre la aviación,

sobre los rayos X y sobre todos los inventos modernos que atraen los espíritus del presente.

¡Oh! Podremos hacer grandes cosas con trabajo perseverante y voluntad decidida!

Elvira. — Será una admirable institución y sí, a lo que dices, agregamos el socorro a nuestros condiscípulos desvalidos, las lecciones a los que no pueden concurrir a la escuela y la enseñanza práctica para darles aptitudes que le permitan ganarse honradamente la vida. Nuestros padres no solamente consentirán en que seamos socios del Club, sino que nos prestarán su más decidido apoyo.

¡Cuánto bueno podremos hacer los niños también, si oímos los impulsos de nuestro corazón y realizamos el bien con energía y perseverancia!





EL FUTURO SOLDADO

(La madre, Felipe, Laurita, Marcos, Clotilde, Raúl
niño de pocos meses)

Felipe. — Mamá, no sabes lo que has perdido: el paseo ha sido espléndido y abuelito nos ha contado historias muy interesantes.

La Madre. — No podía salir, porque Raúl está delicado y no me atrevo a sacarlo fuera en noches tan frías.

Clotilde. — Lo hubiera dejado con la niñera.

La Madre. — No, hija mía; Raúl necesita los más solícitos cuidados que sólo yo puedo prodigarle.

Marcos. — ¿No sería mejor que hubiera esclavas como antes, de aquellas que cuidaban a los niños como si fueran sus madres?

Laurita. — No digas eso; ya no es tiempo de esclavos.

Me da mucha pena oírte hablar así. ¡Pobrecitos negros!

Felipe. — Te equivocas, Laurita, si crees que los esclavos de nuestros abuelos eran desgraciados.

Es cierto que trabajaban para sus amos, pero nunca recibían castigos brutales. En el seno de la familia eran tratados con amor y casi con las mismas consideraciones que los miembros de ella. Nuestros abuelos siempre fueron generosos con sus esclavos.



La madre contempla a su hijo

Ahora vamos a tomar el té mientras a Raúl le dan su *papa* y lo preparan para dormir (se van).

La Madre. — (Contemplando a Raúl). ¡Qué nene tan hermoso! Me encantan sus ojos azules, de dulce mirada, y cuando beso con amor su tez de jazmín y rosa, me parece que aspiro su perfume.

Algunos triunfos de nuestras armas fueron celebrados dando libertad a muchos que ingresaron en las filas de nuestros ejércitos.

Clotilde. — Muy bien.

Al hablar del ejército me recuerdas que mañana iremos a ver desfilar los soldados.

¡Qué dicha experimento al pensar que soy la madre de un niño tan hermoso!

En él todo es bello: su sonrisa encantadora, sus graciosos dientecitos, sus manitas que semejan dos inquietas mariposas, cuando me acarician con tanta gracia y suavidad.

¿Cuál será tu porvenir, nene querido? ¿Serás bueno, inteligente y laborioso como lo desea tu madre? ¿La vida tendrá para ti sonrisas o lágrimas?

¡Oh! veo tu porvenir..... crecerás fuerte y sano; estudiarás en la escuela primaria hasta los doce años; pasaras con muy *buenas notas* al Colegio Nacional, de allí a la Facultad de Ingeniería.

A los veinte años..... ¡Ah! a los veinte años te exigirán que hagas la conscripción, pues la Patria quiere que todos sus hijos se instruyan en la milicia.

No, no quiero que mi hijo sea soldado. ¿Cómo soportará las fatigas del servicio, él, que no estará acostumbrado a los trabajos de esta clase? ¿Cómo dormirá en duro lecho, él, para quien las plumas y las sedas no me parecen bastante blandas. Y si le toca servir en la marina y pasa tempestades y se enferma y hasta se expone a perder la vida en los rudos trabajos de a bordo. ¿Qué hará tu madre, hijo mío?

No, no serás soldado. ¿Qué no haré para alejar de tí las contrariedades, los sufrimientos y las tristezas de la vida?

No, no; quedarás al lado de tu madre que apartará con mano cariñosa todas las espinas del camino.

Para ti la vida tranquila del hogar, los goces de la familia.....

Pero..... ¿qué digo? La Patria tiene derecho a exigir el servicio militar a todos sus hijos.

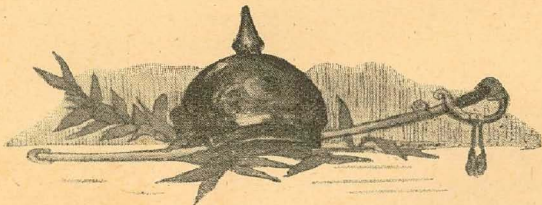
¿Veré expuesto a mi Raúl a tan rudas fatigas, a tantos peligros? ¿Cómo podré salvarle de este compromiso?

Sólo se exceptúan del servicio militar los enfermos, los inválidos. ¿Qué haré? ¿Y si mi hijo merece más tarde el calificativo de mal patriota, de cobarde?

¿Cómo podría resolver este asunto de una manera honrosa para mi hijo? (medita largo rato).

¡Ah! el servicio militar es un deber que él debe cumplir. (Después de un momento de vacilación).

Sí, hijo mío, irás a servir a la Patria, pasarás fatigas, lucharás, aunque tu madre sufra; pero serás digno de esa otra madre, única a quien debes amar por sobre todo: tu Patria.





ORACIÓN AL HIMNO

*Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.*

Fué grito argentino de guerra. Es canto de redención y de amor el himno secular de la patria. Inflamó a nuestros padres en la lucha creadora y empujará siempre a nuestras legiones; ráfaga de epopeya que impone la vida con gloria o la gloriosa muerte.

¡Sea latido ardiente en nuestros hijos, ritme obras preclaras de cultura y suene para todos los hombres, coro de esperanza y de concordia!

El clamoreo de los combates ya no vibra en sus estrofas. Las voces pueriles lo modulan en auroral saludo, la viril muchedumbre lo entona anhelante de grandeza y asciende augusto con fraternal llamado a los libres del mundo.

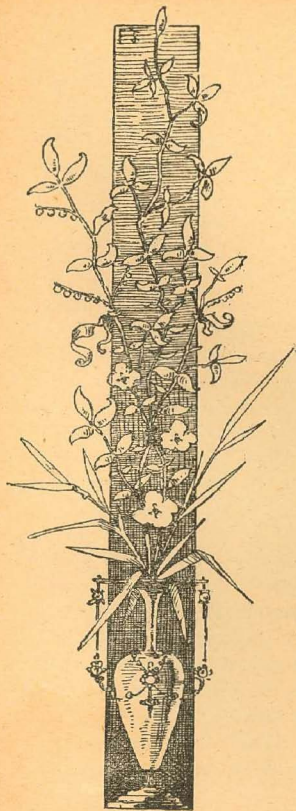
Nació arrogante. Su poeta lo recogió de las ansias populares para entregarlo a ellas. ¡Bardo de los Argentinos; dísteis a los soldados lira de plata sonora

como nuestro nombre y habéis interpretado, también las pasiones generosas de vuestro pueblo!

El ardor de sus versos no es hosco arrebato de odio ni de venganza, sino llama encendida por la libertad y la democracia, la melodía de sus acordes carece de agrias notas. Es majestuosa y grave; dilata sus ondas musicales con la unción de un salmo, y sus tonos, más solemnes que bélicos, infunden emoción religiosa. Al son de sus serenos compases la República Argentina, «coronada su sien de laureles», debe marchar esparciendo ejemplos de paz, de solidaridad y de justicia.

Himno coreado por los guerreros: Presidisteis nuestra liberación y la de las naciones hermanas, mantuvisteis la unidad argentina, a pesar de dolorosas conmociones, nos llevasteis emancipados al orden y al trabajo. Impregnad ahora con vuestra armonía la tierra removida!

¡Himno secular: Como el sol y las lluvias fecundadoras de



la simiente, haced germinar hondo el amor nacional en el rústico pecho de los labradores y de los pastores. Henchid el alma de los ciudadanos con los acendrados ideales que inspiran vuestros versos y radiad con dulzura en el corazón de los niños el calor maternal de la patria!

Que la cívica columna avance tranquila, y una democracia concertada asegure la felicidad de nuestro pueblo. Que prole numerosa desarrolle la robusta sepa de los Argentinos. Que nuestro pródigo suelo colme las granjas de frutos, las abejas elaboren copiosos panales y se multipliquen los rebaños y las majadas de largos vellones.

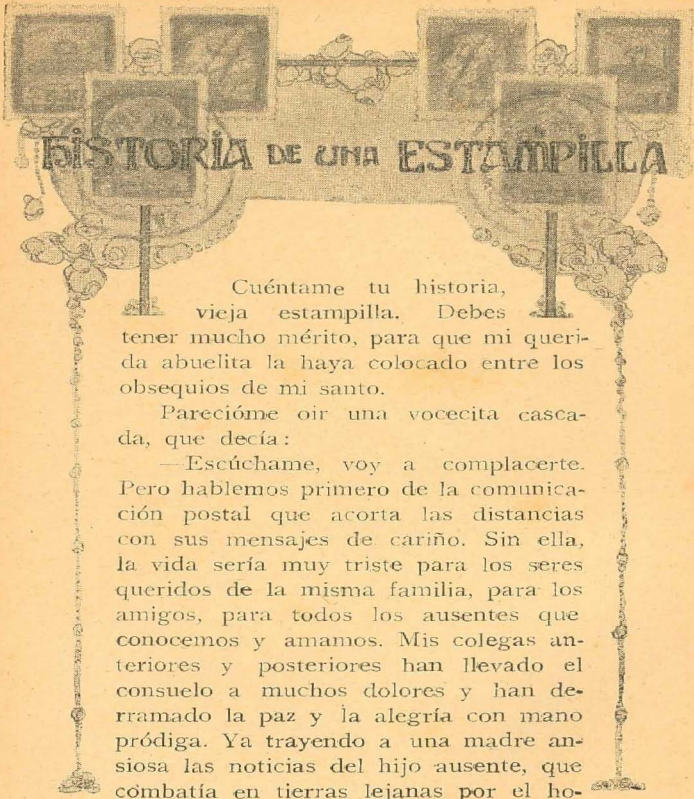
¡Himno secular: Derramad en todos los tiempos con vuestras notas, las virtudes antiguas de nuestra familia: la abnegación y el amor, la unión y el respeto. Sed chispa perenne que trasmita de una a otra generación las tradiciones y la moral profunda del hogar. Sois eco del «grito sagrado» y lírico carmen de la igualdad, asociad aquí a los hombres, atenuando el egoísmo y la codicia, para que cada uno coseche su sembrado y el oro no provoque divisiones iracundas!

¡Sea cantado por los ancianos en la calma de sus días postreros, y erguida la corva senectud evoque a los descendientes la venerable imagen de los padres fundadores. Sea cantado por los jóvenes, entre el rumor de la faena con el recio acento de los fuertes, y por las doncellas que lo elevan puro de sus labios virginales. Sea cantado por las madres que llevan en su seno generador la fuente de la raza!

¡Sea latido ardiente en nuestros hijos, ritme obras
preclaras de cultura y suene para todos los hombres, coro
de esperanza y de concordia!

Carlos Ibarguren.





HISTORIA DE UNA ESTAMPILLA

—Cuéntame tu historia, vieja estampilla. Debes tener mucho mérito, para que mi queridita abuelita la haya colocado entre los obsequios de mi santo.

Parecióme oír una vocecita cascada, que decía:

—Escúchame, voy a complacerte. Pero hablemos primero de la comunicación postal que acorta las distancias con sus mensajes de cariño. Sin ella, la vida sería muy triste para los seres queridos de la misma familia, para los amigos, para todos los ausentes que conocemos y amamos. Mis colegas anteriores y posteriores han llevado el consuelo a muchos dolores y han derramado la paz y la alegría con mano pródiga. Ya trayendo a una madre ansiosa las noticias del hijo ausente, que combatía en tierras lejanas por el ho-

nor de su bandera; ya sellando el mensaje cariñoso del trabajador, que endulza los últimos días de sus ancianos padres o de la abuela octogenaria; ya, en fin, derramando la alegría fraternal en el alma del hermano ausente, uniendo así los retoños que un tronco añoso, ya desaparecido, dejara dispersos por el mundo; o haciendo perdurable la amistad que asocia a los hombres con los hombres y hace más llevaderas las penas de la vida.

Y sí dejando el campo a los afectos tiernos, llegamos a considerar el comercio, las artes y la ciencia, bien comprenderás, hija mía, mi valor y el concurso que llevo a la felicidad, a la paz y a la grandeza moral y espiritual de los pueblos.

Soy un factor de progreso: los países que más me propagan, aumentan y desarrollan, son los más adelantados del mundo. Mi vida tuvo origen en los tiempos romanos. Ellos organizaron en su vasto imperio el servicio de correos. Construyeron grandes caminos al través de inmensas distancias, estableciendo casas de reposo para los viajeros y postas para los caballos.

Interrumpido este servicio con los bárbaros, reaparece en la Edad Media, con los correos de las órdenes religiosas, que servían a toda la Europa conocida. Vienen luego los correos de los reyes y de las universidades, servicios bien caros por cierto, pero que beneficiaban al pueblo.

Avanzando más hacia nuestro tiempo, aparecen em-

presas particulares, como la de la familia Tourn Taxis, que obtuvo privilegio de Carlos V.

En América las familias de Galíndez y Carbajal, organizaron una empresa semejante.

El prusiano Stephan, organizó, al fin, en forma admisible, el servicio postal, extendiendo las relaciones internacionales.

Los conquistadores españoles encontraron en Méjico y Perú establecido el correo entre los indios.

El primer nombramiento de Teniente de Correo Mayor llegado a Buenos Aires, fué el que se expidió desde Lima, con fecha 31 de Enero de 1767, a favor de don Mateo Alzaga.

Establecido el correo oficialmente, se hicieron servicios trimestrales a Buenos Aires y Montevideo, desde el puerto de la Coruña. Los buques encargados del Correo, traían también mercaderías, que podían vender en los puertos de su destino, comprando a su vez frutos del país.

Actualmente el servicio de correos ha adquirido un desarrollo prodigioso.

¡Qué lejos están ya aquellos tiempos en que los particulares enviaban la correspondencia a su propio costo! Entonces los extranjeros compraban las estampillas y franqueaban sus cartas en sus consulados respectivos y éstos las expedían por un buque de su nacionalidad.

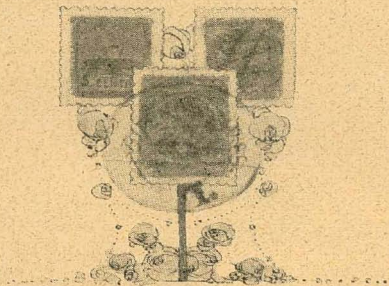
En 1876 se incorporó el correo de la Nación Argen-



Berna. — Monumento a la Unión Postal Universal

tina a la Unión Postal Universal. Inglaterra usó su primera estampilla postal en 1840; Francia en 1849 y la República Argentina en 1856. Y a este punto quería llegar, hija mía, porque aquí empieza mi vida. Pero soy muy vieja y me fatigo de tan larga relación.

Otro día continuaré la historia de esta vida tan activa que llevo.





SOLILOQUIO DE UNA ESTAMPILLA

Ya comenzaba a mirar con ojos de ávido interés a la vieja estampilla, obsequio de mi abuelita, cuando un susurro, una débil vocecita se dejó escuchar nuevamente:

—Aquí aparezco yo, Laurita, dijo. Fui grabada en 1856, por un repartidor de pan e impresa por don Emilio Coni, en la Provincia de Corrientes. Ya ves que tu buena abuelita tuvo razón, en guardarme tan cuidadosamente: yo represento una época lejana, que preparó con su labor este presente hermoso en que vives.

He seguido el vertiginoso desenvolvimiento de esta querida tierra y sus adelantos postales maravillan al mundo.

A fines del siglo XVIII, la circulación postal de car-

tas y periódicos era de cien a ciento diez mil piezas, siendo tal vez el doble en el resto del virreynato. Y lee, ahora, Laurita el cuadrito que te adjunto, para que comprendas este maravilloso progreso que representa la facilidad de las comunicaciones y la importancia comercial del país.

En 1875 circularon	6.444.840 piezas
» 1890 »	106.918.721 »
» 1900 »	287.742.712 »
» 1901 »	315.274.566 »

1910

Cartas	397.106.811
Tarjetas	21.951.031
Impresos	369.116.860
Muestras	1.892.336
Paquetes	2.624.914
Valores	5.592.100

en Buenos Aires solamente.

Ya ves, hija mía, que no en vano me enorgullezco de los hombres de mi patria.

Evocando el lejano pasado, me ves en 1856, tosca; mal hecha; pero penetrada de mi importancia, ansiaba viajar, viajar siempre. Salí de Corrientes para Buenos Aires. Iba sellarido una carta de gran interés público, de cuyo contenido te hablaré en seguida.

A mi llegada contemplé esta Buenos Aires, hoy tan hermosa, enlutada aún por el terror de la tiranía.

Tu buen abuelo me contempló con curiosidad y llamando a la gentil Margarita, vuestra abuela hoy, le dijo:

guarda esta humilde criolla entre tus curiosidades extranjeras. Desde entonces fué ella mi guardiana.

La carta a que me referí antes, fué leída muy despacio y seguida de una larga reflexión, hablaba de la necesidad de atraer a nuestro país la inmigración europea, para explotar, entregando al trabajo fecundo, la gran extensión de nuestras tierras incultas.

Tu abuelo, después de madura reflexión, guardó cuidadosamente la carta, diciendo: razón tenía el gran Rivadavia; él tuvo la visión clara y exacta del porvenir de la Patria.

Ya ves, hija mía, cuán importante fué la misión que traje a esta Buenos Aires gloriosa. Aún me estremezco de orgullo al recordar que fuí conductora de la carta que planteaba el problema más trascendental para el porvenir de la Nación Argentina.

He tenido ilustre descendencia, recordando y sellando actos y fechas gloriosas; pero ninguna sentirá tanto orgullo como yo, por haber sido la primera estampilla argentina.



DIOS Y PATRIA



ES NECESARIO
FORMAR HOMBRES.

F. CAYETANO RODRÍGUEZ.

Es necesario formar hombres

Fray Cayetano Rodríguez, poeta de la Revolución, pensaba que, ante todo, debía ilustrarse al pueblo para que, consciente de sus derechos, supiera defenderlos con calor; iba más lejos aún: creía que en la formación del carácter estaba la fuerza de la Nación que proclamó su libertad el 25 de Mayo de 1810.

La formación del carácter, la cuestión que más preocupa hoy a los educadores, preocupó también a los hombres de la época heroica.

¿Qué quiere decir hombre de carácter?

Consistirá esta noble virtud de la vida, en la prudencia de San Martín, en el valor impetuoso de Lavalle, en el inquieto coraje cívico de Sarmiento o en la tranquila persistencia de Mitre? ¿O será tal vez la resolución de no envilecer ni rebajar la conducta, o la de dedicar la vida a un hecho o a un pensamiento superior?

Probablemente hay de todo esto en el carácter, y es, a la larga, nuestra obra personal, la historia viviente de cada uno. Por eso es que los revolucionarios de Mayo formados en la acción y en el culto de la Patria y poseídos del más puro civismo, nos dieron el ejemplo de carácter que hoy anhelamos para las nuevas generaciones. Porque no es posible pensar en un gran pueblo, sin pensar en que cada individuo sea un capital irreemplazable.

zable por ninguna energía, por ninguna institución y por ninguna riqueza; y en que cada hombre sea sincero, verídico y honrado.

Este es el pensamiento de fray Cayetano Rodríguez, cuando decía:

«¡Qué haya uno nacido en un suelo en que el genio
«oprimido pierde su vigor! Los americanos son culpa-
«bles; nos agobiamos bajo el yugo cuando tiempo ha
«se nos viene a las manos el sacudirlo. Pero es neces-
«rio trabajar, ilustrarnos. No sé que presagio advierto
«de libertad y ES NECESARIO FORMAR HOMBRES.

Por la copia,

FELIPE ».





El Soldado Argentino

(Entran ruidosamente niños y niñas ataviados con sencillos trajes. Todos lucen la escarapela nacional. Hablan con el abuelo que está sentado leyendo.)

Marcos. — Abuelito, el desfile ha estado hermosísimo y tan concurrido como nunca; todos hemos aprovechado bien tan espléndido día.

Felipe. — Las aceras, los balcones y las azoteas estaban llenos de gente que esperaba, con ansia, el paso de las tropas.

Laurita. — Primeramente nos colocamos frente a la

Casa de Gobierno, de donde salió el Presidente de la Nación acompañado de sus ministros, de sus edecanes y de militares de alta graduación. Rodeados por la escolta se dirigían a la Catedral, donde se celebraba un Tedéum.

En seguida nos dirigimos a la plaza San Martín. La estatua del héroe estaba adornada con guirnaldas y trofeos de banderas argentinas.

Clotilde. — Luego regresamos por la calle Florida hasta la de Viamonte, donde elegimos un buen sitio para presenciar el desfile.

Felipe. — Esperamos un rato hasta que el toque de los clarines anunció que las tropas se acercaban.

Un momento antes se había reunido con nosotros Perico Rodríguez, muy bien vestido con el traje que le habíamos regalado y luciendo una gran escarapela argentina. Papá lo invitó a quedarse con nosotros y se colocó entre Marcos y yo.

¡Cómo nos palpitaba el corazón cuando aparecieron los primeros soldados!

Clotilde. — Marcaban muy bien el paso; iban perfectamente arreglados y con tal garbo y bizarría, que parecían autómatas cortados a medida. Sus armas relucían al sol y nos cegaban a veces.

Laurita. — Los jefes montaban hermosos caballos y lucían charreteras de oro. Todos llevaban la espada desenvainada.

Marcos. — Al pasar la bandera de cada regimiento, nos sacábamos los sombreros y nos inclinábamos respetuosamente.

Perico, que es tan observador, nos hizo notar que Dora y Sarita se inclinaban, poniendo la mano sobre su corazón, al pasar cualquier bandera, aunque fuera la verde o la roja de los guías.

Felipe. — Entonces papá les explicó que se saluda únicamente a la azul y blanca, a la enseña querida, que pasaba llevada por sus valientes defensores.

Clotilde. — Oimos aplausos. Montando un brioso caballo que manejaba con mucha destreza, pasó un veterano de la guerra del Paraguay, que ostentaba su pecho cubierto de medallas. Se detuvo cerca de nosotros para observar el desfile y aproximándose a mi tío para felicitarlo por el respeto con que los chicos saludaban a la bandera, le dijo: «así es cómo los argentinos deben educar a sus hijos, inculcándoles el respeto a la bandera, el cariño y el reconocimiento a los valientes soldados que la condujeron siempre con honor.»

El abuelo. — Muy bien dicho: y ahora yo quiero también recordaros al soldado, al heroico defensor de nuestros derechos, al celoso guardián de nuestra integridad nacional.

Vosotros lo habéis visto en el día de gala, en la fiesta cívica, rodeado de un ambiente de cariño y de entusiasmo, pasar feliz y sonriente por entre las banderas que flameaban saludando su paso.

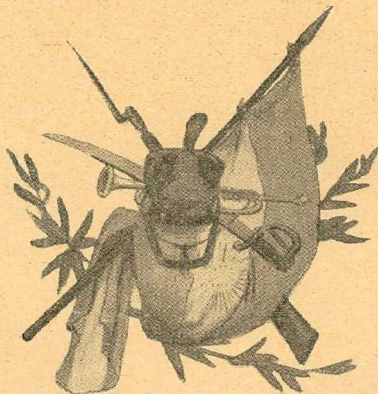
Pensad un momento y recordarlo en el campo de batalla, valiente y altivo, ofreciendo su sangre para darnos patria y libertad.

El hambre, el frío y el cansancio no le arredraban. Marchaba siempre adelante, hasta la brecha, dando su

último aliento por la Bandera y su último pensamiento para su Patria.

Para él la Bandera significa deber, fidelidad, abnegación; ella encierra todos sus afectos, todas sus aspiraciones, todos sus ideales; por ella muere y por ella se transforma en héroe, fijado para la inmortalidad en el mármol y en el bronce.

Todos. — ¡Honor y gloria al soldado argentino!





HÉROES Y HEROISMO

Felipe. — Papa, dice Clotilde que en esta época nadie puede llegar a ser héroe, porque no tenemos guerras ni revoluciones.

El padre. — No comprendo, hijo mío, lo que quieres decir.

Felipe. — Hablábamos con mis primitos y varios amigos sobre nuestros próceres. Luis decía que su héroe predilecto era el General San Martín, que si realizó actos que no tienen comparación en la historia americana, es porque reunía todas las condiciones: preparación completa en el arte militar, prudencia, valor, moralidad superior...

Tita. — Carlitos, manifestó que él prefería a Moreno, cuya inteligencia y energía en la dirección de los

primeros pasos del Gobierno, abrieron el camino a la obra de la Revolución.

Laurita. — Perico defendió la obra de Rivadavia.

Marcos. — Y yo, como siempre, me despaché sin medida sobre mi patrón cívico predilecto, el General Belgrano.

Felipe. — Con todo, no hemos explicado a papá el origen de nuestro desacuerdo: lo haré yo.

En nuestra clase de lectura libre, se promovió una muy animada discusión sobre el significado de las palabras *héroe* y *heroísmo*.

Como el asunto es tan interesante por los recuerdos que evoca, algunos de nuestros compañeros lo trataron con vehemencia. Todos queríamos hablar al mismo tiempo. El maestro cortó la discusión al tocar la campana de salida diciendo: en la próxima lección, relatarán un *acto de heroísmo*, pero no sobre las acciones guerreras, que tanto ustedes conocen, sino sobre cualquier actividad de la vida privada o pública de los ciudadanos.

Para cumplir la orden del maestro y a fin de comunicarnos nuestras ideas sobre el tema dado, nos habíamos reunido en casa con nuestros amigos Luis, Carlos y Perico.

Ya conoces la opinión de Tita que siempre la creemos muy razonable. Desearíamos ahora que nos dijeras la tuya.

El padre. — Te complaceré de buen grado, hijo mío.

Entre los actos de heroísmo que desde niño he admirado más, es la conducta observada por el General

Belgrano cuando fué procesado por el fracaso de su expedición al Paraguay.

Hallábase entonces en la Banda Oriental, en Mercedes, organizando las tropas, cuando recibió el aviso de que iba a ser enjuiciado y que se le quitaría el grado de Brigadier General que la Junta de Gobierno le había acordado recientemente.

Pudo resistir, alegando el motivo de que la Junta que mandaba procesarlo, era producto de la revolución del 5 de Abril; pero mostrándose sumiso a la autoridad constituida y probando que por sobre de su situación personal, estaban el orden público y la salud de la Patria, vino a Buenos Aires a sentarse en el banquillo de los acusados.

Por esto, cuando llevo a ustedes a visitar los cuarteles a la hora de la lista mayor y oigo estas palábrás: «subordinación y valor», «para defender la Patria», aparece en mi memoria, la gallarda figura del héroe, cuya abnegación no tuvo límites.

¿Y recuerdan ustedes ese otro acto de Belgrano, cuando San Martín fué a hacerse cargo del Ejército del Norte? ¡Qué humildad, qué grandeza de alma en la sumisión a las leyes del país y en el reconocimiento de la superioridad del nuevo jefe!

Y San Martín mismo, retirándose para dejar ancho campo a Bolívar, fué tan heroico en su conducta como cuando vencía en Chacabuco y Maipo a las huestes españolas.

¡Ah! ¡Hijos míos! Son admirables las páginas militares de la historia nacional; pero más admirable aún

es el carácter de aquellos hombres, sus nobles sentimientos cívicos, su desinterés, sus actos de abnegación, su decisión para sacrificar serena y deliberadamente toda: vida, bienestar y fortuna por la Patria!

Es posible vivir imitando sus sacrificios y dedicando sus goces, su reposo, su inteligencia, su actividad y sus virtudes, aun en las esferas más humildes de la actividad, a la grandeza y el bienestar de la sociedad en que se vive. El que tal haga será siempre un héroe, y Tita no tenía razón cuando solamente lo veía en la vida militar.

El *heroísmo* es visible en cada momento de la vida diaria: en los hombres, en las mujeres y hasta en los niños. Y, a veces, son los héroes ignorados y anónimos del trabajo, los que amasan y modelan la prosperidad nacional.





LA BANDERA ARGENTINA

Felipe. — Papá, tengo que pedirte un consejo sobre la composición oral que debo presentar mañana.

El padre. — ¿Cuál es el tema?

Felipe. — La Bandera Argentina.

El padre. — Creo que este asunto no puede presentar mayores dificultades.

Felipe. — Sí, papá; es muy difícil. No debo limitarme a repetir lo que saben todos los niños de la escuela. Mi maestro nos ha dicho que debemos meditar mucho para hacer esta composición, pues, además de revelar nuestro sentimiento patrio, ella debe manifestar los conocimientos que tenemos de Historia Nacional.

El padre. — Tú eres capaz de hacer solo este trabajo; ponte a la obra; ya sabes que en la perseverancia está el secreto del triunfo.

Felipe. — Ya lo sé, papá; y trabajaré empeñosamente porque deseo complacer a mi maestro: pues, no quiero repetir lo que dicen todos: la bandera argentina es blanca y azul fué creada por el General Belgrano en tal fecha.....

No; todo esto lo sabe hasta el más atrasado de mi clase. Debo decir algo más; pero no se me ocurre nada como el maestro desea.

El padre. — Precisamente, recuerdo las oportunas observaciones que hace pocos días hizo la directora sobre la manera de estudiar los hechos históricos, por cuya razón aplaudo las exigencias de tu maestro, que los obligará a estudiar debidamente los hechos realizados por nuestro próceres, que tanto influyen sobre la formación del carácter de nuestra juventud.

Felipe. — Eso mismo nos dijo mi maestro.

Laurita. — Cuéntanos, papá, la historia de la Bandera. Cuando tú nos refieres algo, lo entiendo tan bien que nunca se me olvida.

El padre. — Escuchad:

Corría el mes de Febrero de 1812. El General Belgrano había recibido la orden de instalar dos baterías en el puerto del Rosario, para cerrar el paso a una flotilla española que, surcando el río Paraná, se dirigía hacia el norte. Llegaba el día 27 señalado por el General para inaugurar las dos baterías que había denominado *Libertad* e *Independencia*. El ilustre General anhelaba festejar solemnemente la inauguración; quería que sus buenos soldados, en momentos de prueba, tuvieran un «símbolo visible de su Patria»; quería que en el alma

de los soldados de Mayo, palpitara el mismo entusiasmo que en el alma de su General. Entonces creó la azul y blanca bandera con los colores del cielo y del más puro armiño, esos mismos colores que sirvieron de distintivo al pueblo en la plaza de Mayo en 1810, cuando French y Berutti azuzaban a la multitud de sus «chisperos» a crear la Primera Junta; esos mismos colores que, triunfantes con los patricios en las Invasiones Inglesas, fueron los que flameando en las barrancas del Rosario, aclamaron con delirante entusiasmo los soldados allí reunidos. ¿Cómo juzgáis, niños, este acto?

Clotilde. — Digno de una alma grande.

El padre. — Aquí se revela, efectivamente, el temple del héroe y es ésta su más hermosa creación, por cuyo motivo su estatua, colocada en la plaza de Mayo, lo presenta a los ojos de la posteridad con el símbolo de su gloria. Otros militares descollaron en muchos combates; fueron héroes del sacrificio; pero Belgrano conservará por siempre el glorioso título de porta-estandarte de nuestra Bandera.

Clotilde. — ¡Qué hermosa es la Bandera Argentina! Cuando en las fiestas patrias la veo flamear por todas partes, se ensancha mi corazón y me parece que sus colores ríen y alegran como la primavera.....

El padre. — El mismo día en que Belgrano enarbolaba nuestra bandera, el Gobierno Revolucionario lo nombraba General en Jefe del Ejército del Alto Perú y le ordenaba que se trasladara a Jujuy, para asumir su mando. Por esta razón no llegó a su poder la nota en que el gobierno reprobaba la adopción de la bandera.

Soportando toda clase de trabajos y venciendo mil dificultades para organizar este Ejército se hallaba Belgrano en Jujuy por el mes de Mayo de 1812.

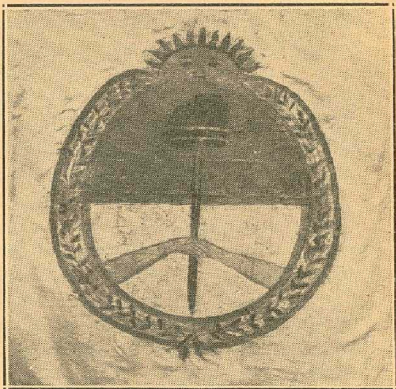
Llegaba el segundo aniversario del 25 de Mayo. Aprovechando las fiestas que debían celebrarse, Belgrano, quiso reanimar el espíritu de los soldados y entusiasmar al pueblo, repitiendo la escena de las barrancas del Paraná.

Bendecida por el cañónigo Gorriti, fué saludada por quince cañonazos, paseada triunfalmente por la ciudad y aclamada por el pueblo, mientras los soldados la vivaban, prometiendo su vida en su defensa.

Este acto fué reprobado nuevamente por el Gobierno en términos muy severos.

Entonces el General Belgrano contestó disculpándose con dignidad, en una nota que terminaba así:

«La bandera la he recogido y la desharé para que no haya ni memoria de ella; pero si acaso me preguntan por ella, responderé que se reserva para el día de una



Bandera que se conserva en Jujuy.

gran victoria por el Ejército». — Esa victoria no se hizo esperar. El 24 de Septiembre de 1812, Belgrano triunfaba en Tucumán y perseguía al ejército español que retrocedía hacia el norte.

Al atravesar el *río Pasaje*, recibe orden del Gobierno de jurar obediencia a la Asamblea General instalada en Buenos Aires. Para cumplir esta orden, realiza una ceremonia que vivirá por siempre en el corazón de los argentinos.

Formado el Ejército a la margen del río, una compañía de granaderos conduce a su presencia una bandera azul y blanca.

Imponente era el cuadro: un sitio agreste que ostenta la magnificencia de las selvas tropicales, en un día de verano; un gran cuadro formado por más de tres mil soldados; los ecos de una marcha militar; en el centro, la imponente figura del General en Jefe y dominándolo todo, esa misma bandera bicolor, que en dos ocasiones había anunciado al mundo el nacimiento de una nueva nación.

En ese momento solemne, el General Belgrano desenvaina su espada y señalando la bandera que presentaba a su Ejército después de una gran victoria, dice:

«Este será el color de la nueva divisa con que marcharán al combate los defensores de la Patria». En seguida jura obediencia a la Asamblea, y, para dejar un recuerdo de esta ceremonia, manda grabar en el tronco de un árbol gigantesco la siguiente inscripción: *Río del Juramento*.

Desde entonces nuestra bandera, creada por la ins-

piración del patricio, acompañó a nuestros ejércitos tanto en las horas del triunfo, como en las tristes horas en que Ayohuma y Vilcapugio, marchitaron los laureles de Salta y Tucumán.



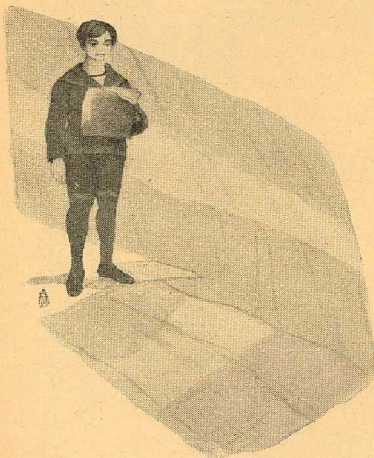
Marcos. — Papacito me ha referido que la bandera que mandó hacer Belgrano, casi sin color, está en la ciudad de Jujuy y que la conservan, como una reliquia, pegada sobre otra bandera argentina.

Clotilde. — También nos ha dicho que esa bandera no es igual a la que todos conocemos. En el centro tiene aquella el escudo y las fajas dispuestas en otro sentido.

Felipe. — Con todo lo que ha referido papá, tengo ya tema para mi trabajo. Ahora escuchen ustedes el pá-

rrafo final de mi composición, que ya lo escribí anoche: cuando veo la Bandera Argentina me parece que me salta el corazón y tengo deseos de decirle:

Bandera de mi patria, eres respetada por todos; bajo tus pliegues cobijas millares de extranjeros, que buscan vida próspera y feliz; a tu sombra bienhechora se agita



un pueblo de trabajadores que gozan de los beneficios de la libertad; tus hermosos colores copiados del cielo de esta tierra, son una promesa de paz para todos los hombres que arriban a nuestras playas; el sol que ostentas en el centro testigo fué de grandes triunfos y hoy contempla la paz de nuestros campos y el rumor de las ciudades; la fuerza que simboliza tu escudo jamás empañó conquistas men-

guadas ni abatió pueblos débiles.

¡Bendita seas, bandera de mi patria!



La Oración de la Bandera

(Recitado de memoria)

..... Bien venida fuiste sobre el suelo de América, porque serviste de guía a las huestes libertadoras, y conducida por la bravura de tantos héroes, flameaste por la tierra argentina, atravesando las montañas más altas, hiciste los viajes más largos, triunfaste en las batallas más heroicas, amparaste las revoluciones más justas e infundiste en los pueblos del nuevo mundo los ideales más puros del gobierno democrático, los principios más humanitarios de la guerra, las formas más tolerantes de la religión, los arre-

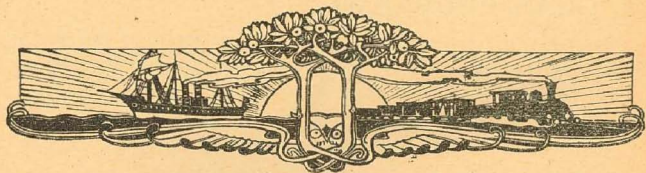
batos más poéticos del ideal, para que surgieran libres tus hermanas, y siendo dignas de tu estirpe latina, llevasen como contenido orgánico, el hábito vital que de fe en el propio destino y que presta aliento para las grandes empresas.

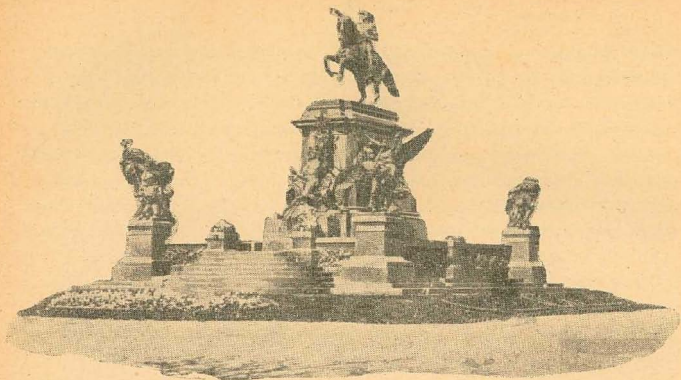
Para llevarte en sus brazos o para salvarte en la refriega, o para morir a tu sombra, rivalizó en los entrevos la pujanza de los oficiales con el denuedo de tus soldados. Ninguno te volvió la espalda en el peligro, ni te dejó abandonada en la derrota. Después de Vilcapugio, cuando el desastre dispersó a tus tropas en los desfiladeros del Alto Perú, el genio intuitivo de Belgrano te hizo flamear sobre su cumbre, y tu imagen querida llegó a los valles lejanos y tus soldados corrieron a rodearte como en los días iniciales, y los heridos retemplaron sus fuerzas para arrastrarse por entre las rocas hostiles y los moribundos murieron en su último desmayo, porque vieron tus colores alegres y porque, en su fiebre de agonía, tuvieron la ilusión de que la música de los vientos bravíos, era la voz aborígen de una gran diana de victoria.

.....Bajo tu sombra todos los desheredados tienen su pan; todos los expatriados su patria; todos los tristes su alegría; todos los decepcionados su amor; todos los rebeldes, su libertad. Y amparas a los hombres sin distinción de procedencias, ni pesquisas de religión, ni prejuicio de castas; amada por los esclavos que aprendieron a santificar la libertad bajo las persecuciones del despotismo; querida por los germanos que han perfeccionado a tu pueblo en el arte de la defensa nacional;

buscada por los sajones que hallaron para sus empresas la fecundidad virginal de tus campos libérrimos; exaltada por el espíritu galo, que enseñó a tu raza los ideales políticos más avanzados y las formas literarias más exquisitas; compartida como suya por los pechos itálicos, que infiltraron su sangre en la sangre de nuestras venas, y nos contagiaron su pasión instintiva por las creaciones del arte; respetada por el coraje hispánico, que te vió tremolar sobre tus batallones, invicta y ágil, como la enseña suya tremolara un día frente al empuje románico, frente al tumulto arábico, frente a la tempestad napoleónica, frente a la audacia yanqui, y que después de luchar contigo en las lides de la independencia, sintió el orgullo de haber sido tu madre y te presintió heredera de su progreso, porque si ella surcó los mares desconocidos para descubrir un mundo, tú desafiaste el camino de las nieves eternas para salvar a los buscadores del polo, porque si ella vino del norte al sud para afianzar la dominación, tú fuiste del sud al norte para afianzar la libertad, bandera amada por la multitud de diversos pueblos, porque habituadas a mirar el cielo las muchedumbres de todas las religiones, alzan a tí los ojos y te miran como una promesa de bendición, de riquezas, de esperanza, de dicha, de amor; de igualdad, de fraternidad, de gloria, pues te saben protectora como tus leyes, magnánima como tus héroes, libre como tus vientos, dulce como tu cielo, blanca como tus nieves, profrica como tu sol, elegante como tus ondas, hospitalaria como la gallardía con que brindas tu suelo a todos los hombres del mundo que quieran ha-

bitar la tierra argentina, y les ofreces las libertades igualitarias de tu constitución, la tibieza paternal de tus hogares, la caballeresca amistad de tus varones, el amor fidelísimo de tus hijos, la fecundidad de tus llanuras, el oro de tus montañas, la corriente de tus ríos, el laicismo de tus escuelas: fuerzas con las cuales atas a los errabundos de todos los climas y les absorbes para que sean partícipes de una gran nacionalidad en formación...





UN GRAN PROBLEMA

Un cuarto de estudio con una mesa en el centro, donde trabajan Clotilde y Laurita. Dos pupitres frente a la ventana en que escriben Felipe y Marcos. A ambos lados grandes bibliotecas.

Felipe. — Ya termino.

Marcos. — A mí poco me falta.

Clotilde. — Yo no he comenzado aún.

Laurita. — Yo estoy más atrasada: no tengo tema y de ahí no paso.

Felipe. — He terminado. ¿Quién desea mi ayuda?

Clotilde. — Muchas gracias. Recuerda que cada uno debe hacer por sí solo su trabajo.

Marcos (dirigiéndose a Felipe). — ¿Qué asunto has elegido?

Felipe. — Aquella anécdota del soldado del Ejército

de los Andes, que, encargado de la guardia en el laboratorio de los inflamables, rechazó a San Martín porque no vestía el traje especial que por orden superior debían llevar todos los que allí entrasen.

He escrito un largo párrafo sobre el soldado, hablando de lo que para él significa la consigna recibida y la ciega obediencia que el deber militar impone.

Hablo también de San Martín. Digo que con generales como él eran fáciles todas las empresas gigantescas, porque sabía inspirar a sus soldados el sentimiento del deber, de la disciplina y de la obediencia. Solamente así pudo realizar las grandes empresas que lo cubrieron de gloria.

Marcos. — Muy bien.

Felipe. — Reconocerás en el final de mi composición las ideas que nos expresó el maestro sobre la necesidad de la obediencia y el cumplimiento del deber, que hacen fáciles y gratas todas las tareas por penosas que ellas sean.

Voy a ensayar mi trabajo en presencia de mi tía, que como maestra experimentada sabe cómo debe hacerse su lectura, pues está destinado a la sesión literaria de la escuela de niñas, por invitación especial que nos han dirigido las alumnas de sexto grado.

El abuelo. — (Entrando). ¿De qué sesión literaria habla Felipe?

Laurita. — En la última hora de clase de los sábados, nos reunimos en el salón de actos públicos de nuestra escuela, todas las alumnas de los grados superiores. En presencia de la señorita directora, leemos composiciones

originales, declamamos poesías argentinas y cantamos coros patrióticos. A estas reuniones llamamos sesiones literarias.

El abuelo. — Magnífica iniciativa. ¿Y son difíciles los temas que deben ustedes tratar?

Clotilde. — Hoy es día del gran problema. Debemos relatar un hecho de armas o describir un personaje que sea digno de mencionarse en la Historia Argentina. Es muy difícil acertar en la elección. Y éste es, precisamente, el gran problema.

El abuelo. — Efectivamente, el éxito depende del punto que se trate y de la forma que se le dé. ¿Cuál es el tuyo, Marcos?

Marcos. — Yo describo aquel momento de la batalla de Chacabuco que ha inmortalizado el artista en la estatua del Libertador, cuando éste indica la dirección de las tropas para el ataque final que determinó el triunfo de nuestras armas... Y como he concluido, firmo, guardo mi composición en la carpeta y echo la llave para que Dorita y Sara no la adornen con sus garabatos.

¿Qué me falta? — El problema, el verbo, el ensayo y después... a jugar un poquito a la pelota...

¡Hasta luego, abuelito!

¡Adiós, chicas!

Clotilde. — Abuelito, yo no sé sobre qué voy a escribir; he comenzado varios asuntos y ninguno me satisface. — Deseo escribir sobre Falucho. ¿Te agrada el asunto?

Laurita. — Pero Clotilde, ¿olvidas que ya trataste por repetidas veces el tema ese?

Clotilde. — Es que no encuentro sobre qué escribir. He copiado muchas veces *La gallinita de los huevos de oro* y cuando me gusta un asunto, creo que es imposible escribir nada bueno sobre cualquier otro.

El abuelo. — No es razonable y sí muy cansador repetir lo mismo siempre.

Laurita. — (Pasa una tarjeta postal a Clotilde). Tómala: tú me referiste este episodio y tal vez te agrade el relatarlo ahora.

Clotilde. — Ah! ¡*El Tambor de Tacuarí!* Gracias, Laurita. Recuerdo perfectamente esta lección y hasta sé de memoria algunas estrofas de la poesía que tiene ese título.

Se representa aquí el ataque de las tropas de Belgrano a los paraguayos en Tacuarí, el 9 de Mayo de 1811.

El Comandante Vidal, casi ciego, era conducido por un niño de doce años que batía con entusiasmo el tambor. Era aquel un valiente niño: llovían las balas a su alrededor y él seguía tocando. Así se sostuvo durante seis horas, es decir, todo el tiempo que duró el combate.

Dime, abuelito, ¿no sabes cómo se llamaba el tambor de Tacuarí?

El abuelo. — Desgraciadamente la historia no ha conservado su nombre. El niño aquel, era el lazarillo del Comandante Vidal, que no obstante su avanzada edad, tomó parte en el combate, pues «hasta los niños y viejos fueron héroes en aquella jornada», dice el General Mitre.

Clotilde. — Me decido por este asunto. Muy pronto daré fin a mi trabajo.

Laurita. — Yo he concluído: ¿quieres escuchar mi composición, abuelito, y corregírmela?

El abuelo. — Con mucho gusto, hija mía.

Laurita. — (Leyendo). Las armas revolucionarias, triunfantes en Tucumán y Salta, se cubrieron de luto en Vilcapugio y Ayohuma. Los patriotas, situados en la Pampa de Ayohuma, el 14 de Noviembre de 1813, resolvieron presentar batalla a los realistas.

Nuestro ejército, completamente derrotado, tuvo que retirarse dejando el campo de batalla sembrado de cadáveres y en poder del enemigo, numerosos prisioneros, armas y bagajes.

Los restos de la tropa, protegidos por un puñado de soldados al mando del coronel Zelaya, se salvaron marchando en orden admirable por desfiladeros profundos, donde era difícil la persecución.

No admiro la abnegación y la paciencia del General, el valor y la confianza de los soldados, ni aún la acción del Capitán José María Paz, que no quiso retirarse del campo de batalla, sin salvar a su hermano Julián, desmontado de su caballo en la pelea. Yo admiro el heroísmo de aquella pobre morena, a quien llamaban *Madre de la Patria* y que, ayudada por sus hijas, dió de beber a los soldados durante toda la batalla, sin que una sola vez rompieran sus cántaros y eso que se entremezclaban serenas en medio de la confusión.

¿Sus nombres? Nadie los ha conservado. Son las heroínas anónimas, que dieron hasta la memoria de su abnegación por la Patria.....

El abuelo. — Muy bien, Laurita. Cierto es que ignoranse sus nombres. Pero la acción de las *Heroínas de Ayohuma*, es una hermosa lección trasmitida a las gene-



raciones futuras, y enseña cómo se puede amar y servir a la Patria, en cualquier circunstancia de la vida, cualquiera que sean el lugar, el sexo y la condición social.





Señor Roberto Billingham, a favor de quien otorgó el primer
triunvirato la carta de ciudadanía

CIUDADANÍA

Felipe. — Papá, estamos invitados para una fiesta. Don Juan, el jardinero, nos ha dado este ramo al pasar, para que obsequiémos con él a mamá. Dice que nos dé permiso mañana, domingo, para ir a Barracas, donde tiene su jardín. Allí piensa festejar su carta de ciudadanía, sus veinticinco años de residencia en nuestra Patria y el estado próspero de sus negocios.

Estaba tan alegre el buen viejo, que daba gusto oírlo. Nos decía: ahora soy tan argentino como ustedes.

Laurita. — ¿Puedes ser argentino, ahora, papá? Segura estoy de que es una broma porque nadie puede llevar la Patria en la suela de su zapato, como dice nuestra maestra.

El padre. — Escucha, hija mía, y te convencerás de que no es una broma de tu hermano. Ustedes recor-

darán porque hace pocos días hablamos de ello, que los argentinos tenemos derechos civiles y derechos políticos.

Felipe. — Si, recuerdo que nos dijiste que eran ciudadanos todos los que podían ejercer derechos civiles y políticos; y que los extranjeros podían ejercer solamente los derechos civiles.

Marcos. — Puedo enumerar muy bien todos los derechos civiles; derecho de entrar al territorio argentino, transitar y salir; de trabajar y ejercer cualquier industria lícita; de libertad comercial y de navegación; de propiedad, de publicar sus ideas, de reunión con fines útiles, de libertad de cultos, de enseñar y de aprender.

El padre. — Muy bien. De estos derechos ha disfrutado don Juan hasta hoy día. Pero su amor y gratitud a este país lo han impulsado a solicitar su carta de ciudadanía.

Se llama ciudadanía legal la que obtiene el extranjero al tomar la *carta de ciudadanía*. Para adquirirla, son necesarios ciertos requisitos indispensables.

Clotilde. — ¿Y qué ha hecho don Juan para conseguirla?

Felipe. — Yo he leído todas las condiciones que exige la ley y creo que don Juan las ha realizado completamente. Esas condiciones son las siguientes: ser mayor de diez y ocho años; tener propiedades, ser casado con mujer argentina, etc. Don Juan ha sido alcalde y miembro de la municipalidad, es decir, ha ejercido cargos públicos.

Laurita. — ¿Habrás gastado mucho dinero para conseguir su carta de ciudadanía?

El padre. — Todas las actuaciones para obtener carta de ciudadanía son gratuitas.

El ciudadano legal entra en posesión de sus derechos políticos desde el mismo día en que obtiene la carta de ciudadanía. Pero no se le obliga a prestar el servicio militar hasta diez años después de su naturalización.

Felipe. — El hijo mayor de don Juan está sirviendo en el 12 de infantería como conscripto. Carlitos Alba le preguntó por qué no le había pagado un sustituto, pues todos dicen que el jardinero gana mucho dinero en su trabajo. Don Juan contestó: déjelo usted como soldado y que aprenda en el ejército a manejar las armas para defender la Patria si lo necesita.

Clotilde. — Carlitos quedó avergonzado de que un extranjero le diera lecciones de civismo.

Laurita. — Teresina, la hija de don Juan, me refirió que su hermano había obtenido el segundo premio en el concurso de tiro.

Marcos. — Don Juan profesa tal cariño a la Argentina, que hasta conoce nuestra historia y se sabe de memoria la biografía de todos los extranjeros que tomaron parte en la guerra de la Independencia. Siempre habla del Almirante Brown y recuerda también que el General Belgrano era de origen italiano.

El padre. — Este es el medio que nuestras leyes tienen para arraigar en el país a todos los hombres que quieran habitarlo. La ciudadanía se ha obtenido muchas veces y la primera carta concedida por servicios al país fué para Billinghamurst, en la forma que actualmente más o menos se usa y que está indicada en esta página.



Dolores Prast de Huisi

La Bandera de los Andes

El padre. — Puedo al fin dedicar algunos momentos a nuestras conversaciones de historia patria, hablándoles de la Bandera de los Andes.

Felipe. — Yo puedo presentar una descripción de esa bandera, tomada de una revista histórica.

La Bandera del Ejército de los Andes, es de forma cuadrilonga de un metro cuarenta y ocho centímetros de largo por un metro treinta centímetros de ancho.

Para hacer esta bandera, se tropezó con grandes dificultades, siendo la principal la carencia de género.

Se hizo de sarga y estaba compuesta de dos fajas perpendiculares. No sabemos si fué por inspiración del General San Martín, o

por ofrecimiento espontáneo, el caso es que varias señoras acompañaron en la confección de la obra a Doña Dolores Prast de Huisi, dama chilena, emigrada desde 1814. Las señoritas que le prestaron ayuda fueron Mercedes Alvarez, Margarita Corvalán, Laureana Ferrari, más tarde señora de Olazábal y algunas otras.

La bandera tenía en su centro el escudo bordado con sedas de colores, las manos de color carne, el gorro rojo, el sol amarillo y los laureles verdes.

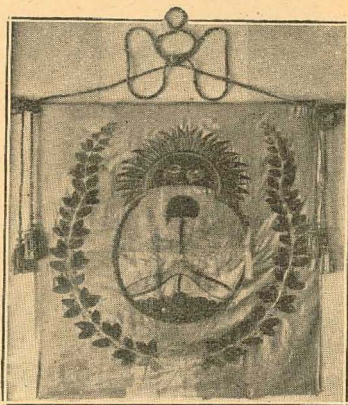
Tenía varios diamantes, piedras preciosas y perlas finas.

El costo de la obra, sin contar con esas piedras preciosas, fué de ciento cuarenta pesos fuertes.

Clotilde. — ¡Si hubiera vivido entonces para tomar parte en esa obra tan patriótica!

Laurita. — Mi maestra nos ha referido que el óvalo del escudo estaba formado por un cordón de perlas de Oriente.

El padre. — Es exacto ese detalle. Las mendocinas se distinguieron siempre por su desinterés abnegado y



Bandera de los Andes

por una generosidad poco común: desde la humilde campesina, hasta la encumbrada matrona, consagraron a la Patria todos sus esfuerzos y su voluntad, así como los adornos y joyas que realzaban su altiva belleza.

La Bandera de los Andes fué jurada por el Ejército en la plaza de Mendoza, el 5 de Enero de 1817.

Al presentarla al pueblo y al ejército que había abandonado su campamento del Plumerillo, para concurrir a la plaza principal de la ciudad, San Martín aseguró que era aquella la primera bandera libre de la América del Sud.

Con ella el Ejército atraviesa los Andes, combate en Chacabuco y levanta los espíritus abatidos en la triste noche de Cancha Rayada, para flamear otra vez victoriosa en Maipo, donde argentinos y chilenos confunden sus alegrías y esperanzas obteniendo la victoria que da libertad a Chile.

Al marchar al Perú en 1820, San Martín deja en aquel país la enseña gloriosa, y a su regreso en 1823, informa al Gobernador de la Provincia de Mendoza que la Bandera del Ejército de los Andes estaba en Chile y le aconseja que la solicite. Así lo hizo el Gobernador Don Pedro Molina, entablando la reclamación por medio de un comisionado, con el éxito que se esperaba.

Mendoza la recibe con grandes fiestas de regocijo público, organizando una ceremonia religiosa llena de pompa y solemnidad. Fué depositada en el Cabildo y más tarde pasó al cuidado del Gobierno de la Provincia.

Marcos. — Y se la guarda en el salón de recepciones de la Casa de Gobierno.

Felipe. — Cuando se inauguró la estatua de San Martín, en Santa Fé, una delegación de caballeros de esta Provincia fué personalmente a Mendoza a solicitarla y llevarla para el acto de la inauguración. La bandera de los Andes flameó entonces al lado de la estatua del Gran Capitán y su paso por el territorio de la República fué una serie no interrumpida de vótores y aclamaciones al símbolo venerable.

El padre. — Nuestros hombres eminentes nos dieron el ejemplo del respeto a éstas reliquias que han sido testigo mudo de las hazañas de un pueblo viril.

Felipe. — Tengo aquí un recorte de Sarmiento que lo he aprendido de memoria:

«La bandera azul y blanca, ¡loado sea Dios! no ha sido atada jamás al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra.»

Clotilde. — Yo he escrito este pensamiento: que nuestros hermanos levanten la bandera azul y blanca como una insignia de su propia conducta; y que por ella seamos cada vez más grandes, no en el campo de batalla, no en la guerra que destruye y mata, sino en la paz y en el trabajo, que enriquece y fortifica a las naciones.

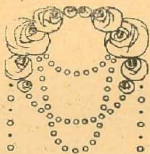
Laurita. — Y yo agrego, que en mi Patria, todas las mujeres, de cualquier condición social que sean, deben sostener con fe y energía la bandera de sus mayores, conservando sin mancha la herencia de pureza, virtud y civismo que debemos a nuestros próceres.

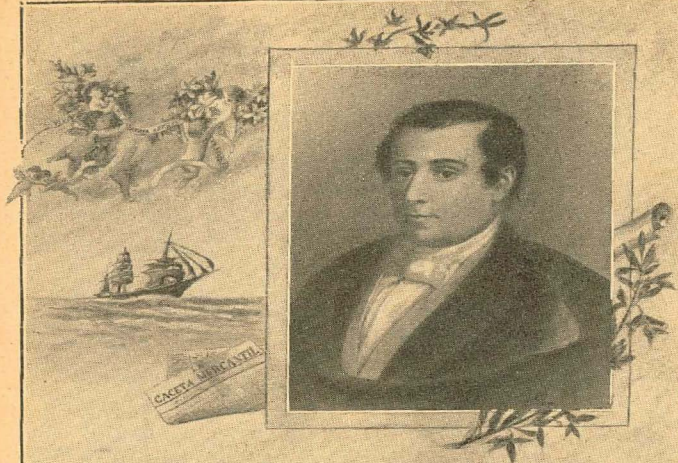
Marcos. — Para terminar esta amable conversación que ha iniciado papá, yo quiero repetir otro pensamiento

tomado de la oración patriótica con que Sarmiento inauguró la estatua de Belgrano:

«Que la Bandera que sostiene su brazo flamee por siempre sobre nuestras murallas y fortalezas, a lo alto de los mástiles de nuestras naves y a la cabeza de nuestras legiones; que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa.»

Todos. — ¡Bravo! Muy bien! Viva la Bandera de los Andes!





UN HIJO DE BUENOS AYRES NI
EBRIO NI DORMIDO PUEDE TENER
INSPIRACIONES CONTRA LA LIBERTAD
DE SU PATRIA

MORENO

COMENTARIO

(Composición mensual. Copia del cuaderno de clase)

“Un hijo de Buenos Aires, ni ébrio ni dormido, puede tener inspiraciones contra la libertad de su patria.....”

Los hombres públicos no pueden transformar a su antojo las instituciones fundamentales de los pueblos.

Ellos mismos son la expresión selecta de su modalidad, de sus tendencias y de sus ideales.

Hojeando nuestra historia nacional, observamos la lucha constante entre las ciudades y las campañas, entre la masa civilizada y la barbarie inculta, entre el gauchaje ensoberbecido y la ciudad gobernada y alimentada por el más noble patriotismo.

En los albores de la Revolución de Mayo, aparece la noble figura de Moreno, que más tarde había de ser reemplazado por Rivadavia, ambos encarnación de las ideas democráticas y de esa cultura que inspiró aquel gran movimiento de transformación.

En el trozo que comentamos, está reflejada el alma viril de Moreno que en un momento crítico de la historia nacional fué el órgano caracterizado de los grandes anhelos revolucionarios.

Recordemos el hecho que hizo que escribiera al pie de un decreto de la Primera Junta, aquellas memorables palabras.

Cuando los jefes y oficiales del ejército patriota, daban un banquete al Presidente de la Junta, don Cornelio

Saavedra, uno de los oficiales, Atanasio Duarte, brindó para que pronto el jefe de Patricios ciñera en su frente la corona de emperador...!

¿Cuál sería el pensamiento de Moreno al conocer el relato de este hecho?

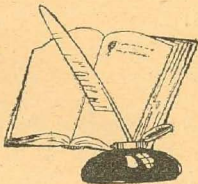
No es fácil expresarlo. Pero lo cierto es que escribió un decreto suprimiendo toda clase de honôres oficiales a los magistrados y mandando al destierro al imprudente oficial, decreto que hizo firmar al mismo Presidente Saavedra.

Creyóse que el entusiasmo de la mesa hubiera inspirado el brindis; por eso decía Moreno que *ningún argentino, ni ébrio ni dormido*, puede atentar contra las libertades públicas.

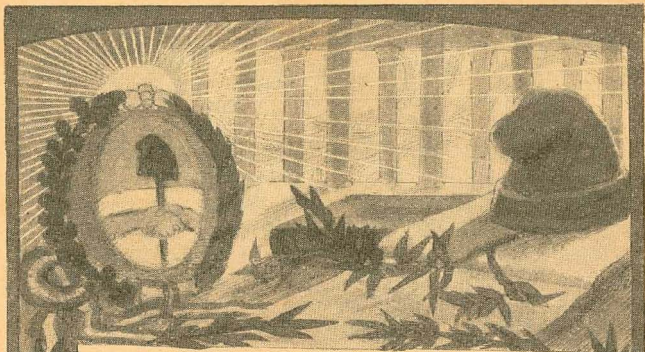
En aquel momento la democracia era una inspiración y la monarquía española el objeto culminante del odio y de las prevenciones de los patriotas.

Después de la penosa evolución de nuestra historia, pasando por la anarquía, por la tiranía y por los días difíciles de la organización nacional, aun podemos repetir el apóstrofe del patricio: *ningún argentino, ni ébrio ni dormido, puede tener inspiraciones contra su patria legalmente organizada y libremente gobernada.*

Por la copia



Marcos.



LAS GLORIAS DE LA PATRIA

(Se oye una marcha guerrera y aparecen dos niños con una gran escarapela. Representan a los caudillos populares de la Revolución, Antonio Luis Berutti y Domingo French.)

Primer niño. — El espíritu de Berutti me anima: oigo los himnos marciales de la Revolución y el entusiasmo patriótico de los grandes días que la prepararon, llena mi alma de nobles emociones.

He aquí los hermosos colores de la Patria, que nacieron al calor del entusiasmo en un momento de inspiración del inmortal French.

Segundo niño. — Tú evocas el espíritu de la Revolución popular en los días

de Mayo. Por una inspiración feliz vuestra, nació la *Primera Junta de Gobierno*, «que aceptada por aclamación popular, en nuestra histórica plaza de la Victoria, reemplazó a la autoridad absoluta de los Virreyes.

Nos animan los sentimientos juveniles de aquellos grandes días. Mostremos al mundo la histórica escarpela, porque sus colores vieron nacer nuestra libertad en un día cien veces memorable.

La vida por sí sola es la nada; la gloria es la verdadera vida. En momentos de terrible indecisión, yo enarbolé la sacrosanta bandera de la Patria, mostrándola a sus invictos soldados y a un pueblo entusiasmado que saludaba su aparición alborozado. El majestuoso Paraná la vió flamear en día memorable y allí la acariciaron por vez primera las brisas perfumadas de sus verdes costas. Desde entonces siguió su marcha triunfal a través del país y llevó el espíritu de la libertad a tres naciones hermanas de la nuestra.

Siguiendo vuestros pasos, venimos.

Libro I. — Aquí os llevo como recuerdo imperecedero; aquí están grabados vuestros nombres con caracteres indelebles, porque los grabó la gratitud nacional. Y con vosotros están San Martín, el grande; Las Heras el valiente; Alvear, el intrépido; Moreno, el ardiente patriota; Necochea, el bravo; Belgrano, el magnánimo; Lavalle, el valeroso; Pringles el temerario; Falucho, el abnegado y mil más, cuya memoria inmortal está consagrada en este recuerdo.

Libro II — Y a los héroes, agregó yo, los mártires coronados por un nimbo inmarcesible de luz pálida: los

que soportaron combates y además lucharon en lid desigual y cruel con las pasiones humanas y los egoísmos estrechos, con la traición y el desprecio, afrontando el destierro y el sacrificio. En mis páginas están grabados con caracteres indelebles los grandes acontecimientos de la revolución: *Creación de la Bandera, Asamblea de 1813, Congreso de 1816, Paso de los Andes, Chacabuco, Ayacucho, Caseros, Organización Nacional.*

Soy el Libro de Oro de la Historia Nacional.

.....

El escudo — Me cargaron los hombros robustos de la Nación, en la memorable Asamblea, como un símbolo que condensa y glorifica lo grande que ella ha realizado y está por realizar.

Desde los Andes hasta el Atlántico y desde la cálida región de los trópicos hasta los hielos del Polo, todo me pertenece, porque llevo el olivo y el laurel, la acción y la glorificación, la fraternidad de la familia que alumbraba en tan bella tierra ese sol, anunciando el advenimiento de una nueva y gloriosa nación.

El gorro frigio — Escucha, escudo amigo, pues que estamos hermanados en la misma gloria. Yo levanté mi cabeza de redención en la más grande de las revoluciones, allá en la Francia generosa, y fuí consagrado como símbolo de libertad, cuando las turbas hambrientas de justicia, rompían cadenas y redimían esclavos. Yo levanté mi tienda en las orillas del Plata, y fuí el atributo mismo de la emancipación argentina.

Un niño — (Vestido de soldado, fusil al hombro). Alto ahí, símbolos de la Patria mía; vosotros represen-

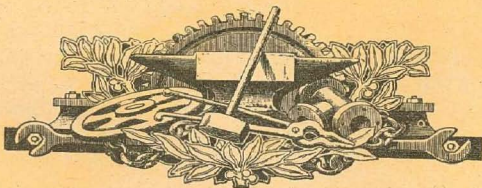
táis el pasado y el porvenir, el corazón y el espíritu de la historia: yo soy el brazo rudo que dió al valiente la victoria. Nada fuérais sin el empuje irresistible de mi fuerza: sois la bella teoría, yo soy el hecho indiscutible, que coronan los vóctores de las multitudes y que consagran la leyenda y la historia.

Un anciano. — Vuestra inútil disputa interrumpid, héroes, mártires y símbolos de la Patria mía, Grande es la Argentina por los unos y por los otros. Saludémosla, en el día de sus recuerdos. Pero, si es justicia el evocar el pasado tan lleno de cosas y de memorias grandiosas, evocad también los símbolos de la Paz, el Libro la Prensa el Taller la Locomotora y el Campo Cultivado.

Con la esperanza fija en los altos destinos de nuestro país, elevemos, pues, el himno que los hombres del porvenir entonan entusiasmados por la emoción y el recuerdo.

(Cantan)

Las glorias de la Patria
Cantemos sin cesar
Porque ellas purifican
Con su hálito inmortal.....»





Proclamación de la Independencia Argentina en Tucumán el 9 de julio de 1816



SARMIENTO

Felipe. — Papacito, mañana haremos una excursión a Palermo, en homenaje a Sarmiento, recordando el aniversario de su muerte.

Laurita. — Marcos y Felipe, designados para que hablen al pie de su estatua, deben comentar ante nuestros condiscípulos la vida de este gran ciudadano. Tal distinción prueba el buen concepto de que gozan.

El padre. — Muy propio, me parece, porque esa distinción les obligará a realizar un trabajo más meditado que el de sus condiscípulos. Ustedes ya conocen la biografía

de Sarmiento. Para completar sus conocimientos, lean algo más y agreguen las observaciones personales.

Felipe. — Yo consideraré a este ilustre ciudadano como un hombre estudioso, a fin de presentar el modelo más digno de imitación. Quiero hacerles ver hasta dónde puede llegar la voluntad, de un hombre que estudia y se instruye por sí mismo, cuando deseando aprender mucho posee también el raro caso de una voluntad poderosa. Cuando pienso que hay tantos niños que a pesar de las lecciones del maestro y de las observaciones de sus padres, no quieren estudiar, no sé qué les haría.....

El padre — Dejemos a los desaplicados; ya tendrán lo que merecen cuando queden atrás en el camino de la vida. Podríamos ocuparnos en leer alguna página biográfica de este hombre excepcional, ya en la obra de Guillermo Guerra, publicada en Chile, ya en la de Lugones publicada entre nosotros, o ya en la propia y extensa obra de Sarmiento, especialmente *Facundo* y *Recuerdos de Provincia*, que reflejan tanto su carácter, su vida y su genio. Pero prefiero que ustedes mismos realicen esta investigación. Y mientras estudian yo referiré a Clotilde y a Laurita las cosas que ya les he relatado.

Clotilde — Me es muy simpática la familia de Sarmiento, esa madre laboriosa que era la más fuerte columna de aquel hogar virtuoso; aquellas hermanas tan hacendosas y tan hábiles, la casita tan sencilla, la higuera que tanto amaban.....

El padre — Es cierto, ese hogar respiraba honradez y trabajo, independencia; fué digna cuna de un gran hombre.

Laurita. — Yo conozco muchos detalles de su vida; pero lo que más me atrae en Sarmiento es que siempre decía la verdad.

El padre — Es cierto; fué su carácter distintivo la franqueza y la valentía que revelan sus escritos y que fueron norma de sus actos. Y si por aquella época, estas cualidades le atraieron a veces el odio o la animosidad, las generaciones presentes las consagran como las virtudes más preclaras.

Clotilde — Recuerdo ahora a Sarmiento desterrado por Bermudez, gobernador de San Juan, cuando salía para Chile, por el valle de Zonda y al llegar al lugar llamado *Los Baños*, escribía con carbón sobre una piedra del camino: *No se matan las ideas*.

El padre — Fué un rasgo de convicción y de valentía, a la vez que el credo de toda su vida.

Juzguen ustedes este otro:

Emigrado en Chile, hacía tenaz persecución contra Rosas. Sin que nadie supiera cómo, aparecieron en Mendoza y San Juan, numerosas hojas sueltas con su retrato y con esta inscripción al pie: *Domingo Faustino Sarmiento, futuro Presidente de la República Argentina*.

Laurita — ¿Sabía ya que lo iban a elegir?

El padre — No, hija mía. Fueron las genialidades de su carácter o las clarovidencias de su genio las que dieron lugar a esta publicación confirmada algunos años más tarde.

Clotilde — ¿Estaba ausente de su país cuando lo eligieron.

El padre — Escuchad esta página: «Se encontraba

en los Estados Unidos, había viajado ya por Europa y recibido una honrosa distinción del Instituto Histórico, sociedad científica particular que ha prestado valiosos servicios al estudio de la historia. La reseña crítica sobre la obra *Civilización y Barbarie*, publicada en la *Revista de Ambos Mundos* del 15 de Septiembre de 1846 por Carlos de Mazade, había llamado la atención de algunos escritores sobre Sarmiento, y el Instituto acordó conferirle el título de «miembro extranjero».

«Sarmiento se incorporó al Instituto Histórico en « la sesión del 7 de Febrero de 1847, dando lectura a « un discurso cuyo tema fué la versión que de labios « del General San Martín había recibido, respecto de « la conferencia de Guayaquil, entrevista reservada que « Bolívar y San Martín, los genios de la Independencia « sudamericana, celebraron a puerta cerrada, sin asistencia de ninguna otra persona y que ha pasado a « la historia envuelta en conjeturas más o menos verosímiles, pero absolutamente improbadadas.

« El discurso de Sarmiento tiene la importancia de « ser la expresión de lo que respecto de la misteriosa « conferencia refería uno de los personajes que fueron « actores de ella, importancia que se aumenta con el « hecho de que San Martín se encontraba entre los « asistentes a la sesión en que fué leído » (1).

En la copiosísima bibliografía que ya hay escrita sobre Sarmiento, encontrarán ustedes, investigando personalmente, todos los datos sobre esta vida múltiple y asombrosamente fecunda que van a recordar hoy día.

(1) Guillermo Guerra.

Clotilde. — Encargaré la corona que vamos a depositar al pie de la estatua, pues ya sé que papacito no se negará a costearla, siendo tan noble su objeto.

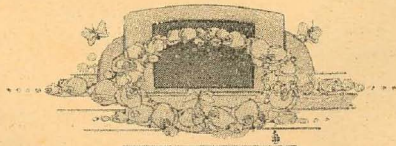
El padre. — Dices bien, Clotilde. Ahora vayan ustedes a preparar todo lo necesario para la conmemoración (salen todos menos Laurita que permanece escribiendo sola).

Laurita. — ¿Y qué puedo decir yo en el permiso que debo pedir a la maestra para abandonar la clase e ir a depositar la corona? Veamos de ensayar algo.

Señorita: nos hiciste conocer la obra de Sarmiento y al recordar su nombre, hemos querido honrarle, dedicándole un recuerdo que, aunque muy modesto, es altamente significativo y elocuente por la sinceridad que lo impulsa. Permitidnos que coloquemos esta corona de flores al pie de su monumento como la expresión más fiel de la niñez agradecida.

Las generaciones presentes han sabido honrar la memoria del gran hombre, levantando su estatua en el mismo sitio que él eligiera para nuestra ilustración y recreo. En el mismo sitio en que la misteriosa vivienda del tirano, recogía los ecos de su voz profética.

Perderemos una mañana de clase, pero ganaremos en elevar nuestros corazones a la más pura fuente del civismo argentino.





El día del árbol

Marcos. — ¡Hermosa fiesta la de hoy!

Laurita. — ¡Qué alegría en todos y cuánto hemos gozado!

Tita. — ¡Qué derroche de flores!

Felipe. — ¡Cuánta gente!

El padre. — Si todos hablan a un tiempo, no podré darme exacta cuenta de lo que me dicen. Mucho interés tengo en conocer los detalles de la fiesta y principalmente el saber cómo fué pronunciado el discurso.

Laurita. — Comienzo yo. A las ocho estábamos en la escuela. Felipe y Marcos llegaron después, pues tuvieron que hacer provisión de bizcochos, caramelos y otros elementos que los escolares no olvidan, aunque les entusiasme la patriótica solemnidad.

dad de un acto como el que íbamos a realizar. A la entrada, el jardinero nos encontró con la corona más espléndida que te puedes imaginar: la había formado con verdadera habilidad, combinando colores variadísimos y muy buen gusto en la elección de las flores.

Clotilde. — Yo le pregunté: ¿cuánto vale? Y me contestó: diez pesos. Hice un movimiento de asombro, porque me parecía sumamente barata, y él me dijo: usted me dijo ayer que solamente habían reunido esta suma entre las niñas; por esta razón se ha fijado ese precio.

Marcos. — Me acerqué entonces y le dije: ¿no se perjudica, don Juan? El buen jardinero me contestó: no, niño. Debo a la Argentina el pan de mi familia, que disfruta de bienestar en esta tierra generosa. Mi hija, que es argentina y concurre a esta misma escuela, nos explicó anoche todo lo que Sarmiento ha hecho por su Patria y con gusto he trabajado yo también, a mi modo, para honrar su memoria.

Felipe. — Yo le estreché la mano y le dije: gracias, don Juan; es usted generoso y agradecido.

Clotilde. — Formamos filas al toque de campana, y, en lugar de entrar en las aulas, nos quedamos en el patio, esperando a los retrasados.

La señorita directora nos explicó el objeto de nuestra excursión a Palermo, y, muy conmovida, nos concedió el permiso que solicitábamos. Después llegó el señor director de la escuela de varones y Marcos se adelantó a decirle: hemos hecho el discurso en colaboración con Felipe; yo le pido a usted que él sea el

designado para leerlo. No, señor; replicó Felipe; a él le corresponde.

Toda la clase aplaudió la generosa modestia de que los primos daban pruebas en ese momento.

El director cortó entonces la cuestión, resolviendo que fuera el último el lector en ese día, reservando a Marcos la lectura del relato, hecho también en colaboración, sobre la batalla de Tucumán, porque en la muy digna ciudad viven sus abuelos y justo es que los colme de orgullo con el relato de aquellas hazañas gloriosas ocurridas en el terruño que tanto recuerdan.

El padre — ¡Bien por el director y por los maestros!

Laurita — Prosigo. Tomamos los tranvías y cantando, llegamos a Palermo.

Ya nos esperaban al pie de la estatua de Sarmiento el Presidente del Consejo Escolar y los demás miembros. Entonamos el himno a Sarmiento y nos dijo el Presidente, más o menos estas palabras:

«La fiesta del árbol instituida en recuerdo de Sarmiento, que trajo los primeros eucaliptus para poblar las vastas soledades de la pampa, debe interesarnos particularmente; su cultivo beneficiará de una manera notable regiones casi despobladas, porque contribuye a modificar el clima, regularizando las lluvias.

«El árbol, dijo, es un amigo, su belleza deleita la vista, nos da sombra, frescura, madera, flores y frutos.

«Los territorios del Sud y del Chaco y Misiones, encierran tesoros forestales dignos de nuestra atención.

«Respetemos y hagamos respetar las plantas de los

paseos y parques públicos, que embellecen las ciudades y traen la alegría y la salud a los habitantes.

«Recordemos también algunos árboles históricos que guardan recuerdos venerables; el pino de San Lorenzo, que fué testigo de la hazaña primera de San Martín en 1812. El pacará tucumano, que dió frescura y sombra al general Belgrano, después de la batalla de Tucumán. La higuera de la casa de Sarmiento, que tanto amaba doña Paula Albarracín, madre del prócer, nos trae recuerdos de su hogar y de su infancia».

Clotilde. — Y el naranjo del patio de la escuela, que es para los niños sobre buena, solaz y alegría.

Tita — En seguida leyó su discurso Felipe, nosotros entonamos el himno al árbol y miles de niños, cada uno con su planta, abrieron la tierra, y pusieron su árbol, diciendo que sería en adelante su propiedad, cultivada con el trabajo y regada con el sudor de la frente.

El padre. — Bravo, muy bien, Ahora escuchamos tu discurso, Felipe.

Felipe: — Señor Presidente, Señores:

La estatua que hoy adornamos de flores, es la de un ciudadano que amó la niñez y el estudio por sobre todas las cosas.

Nacido en San Juan, el 15 de Febrero de 1811, en la época en que nuestro país daba sus primeros pasos para conquistar su libertad, sin medios para instruirse, concurrir a la Escuela de la Patria, donde recibe la enseñanza elemental desarrollando luego su espíritu por su propio esfuerzo.

Dependiente de almacén, no olvida sus queridos li-

bros; escribe y estudia, propendiendo al adelanto y a la cultura de sus comprovincianos.

Arrojado de su ciudad natal por la tiranía, pasa a Chile y allí es maestro, publicista, capataz de minas y, siempre estudioso, encuentra aún tiempo para aprender el inglés sin maestro, como había aprendido el francés.

Funda en Chile la primera escuela normal, discute y publica métodos para la enseñanza del castellano, de la lectura, de la ortografía, del dibujo, etc. Publica allí *Recuerdos de Provincia* y *Facundo*, y, en todo momento, en libros, en folletos, en diarios y en revistas, ataca a Rosas, que gobernaba tiránicamente la Nación.

Fué su constante afán, hasta cuando fundó este hermoso *Parque*, consagrado a la higiene, a la alegría y al grato esparcimiento del espíritu, combatir aquella memoria ingrata de la historia argentina, que en épocas sombrías, plantó su tienda en este sitio mismo, cuartel general de sus atrocidades. Sarmiento tiene su estatua en el mismo lugar donde se creyó convertido en mármol, al lado de la palmera que plantara con mano propia.

Viajó por Europa, estudiando y apropiándose de todos los progresos que pudo llevar a Chile. Sirvió a este país hasta 1851, en que se incorporó al Ejército Libertador de Urquiza, asistiendo a la Batalla de Caseros, el 3 de Febrero de 1852, que derrumbó la tiranía más formidable que ha tenido América.

Sus esfuerzos en favor de la cultura argentina, su brillante actuación en el Congreso, sus publicaciones sobre el cultivo de la vid en San Juan y en Mendoza, la cría del gusano de seda en esta última provincia, las plan-

taciones de mimbre, de eucaliptus, la división de la propiedad rural por medio de alambrados son otros tantos beneficios hechos al país.

Más tarde viaja por Estados Unidos y allí le honran con el título de doctor en Michigan, al mismo tiempo que recibe la noticia de su elección para Presidente de la Nación Argentina.

Impulsó el desarrollo de la instrucción creando academias de ciencias, escuelas normales, las escuelas militar y la naval y el observatorio astronómico de Córdoba.

¡Qué vida tan fecunda!

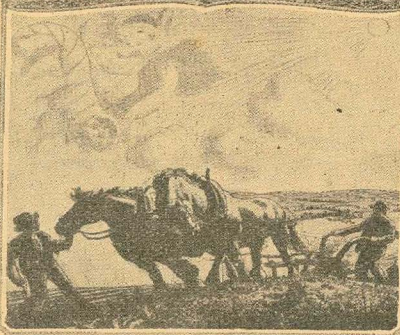
Durante cincuenta años, nada se hizo en el país sin la participación, la discusión o el consejo de Sarmiento. El no ha muerto: renace en ese bronce, en estos parques y en esas escuelas: Amigos: entonemos un himno de gratitud a su memoria, arrojemos flores de veneración y plantemos un árbol en recuerdo del eminente ciudadano.

Todos — (plausos). Muy bien, muy bien! Bravo.

El abuelo. — Yo que lo conocí con mis propios ojos y que lo escuché en sus brillantes días de gloria, les repetiré sus palabras: «sólo son grandes y felices los pueblos que saben honrar la memoria de sus grandes hombres!»



Cómo se honra la Patria



Señores: ¡qué trance tan apurado!

¿Cómo salgo del paso?

¿Quieren ustedes ayudarme?

Pero.....; procedamos con orden.

Ante todo, yo mismo me presentaré a ustedes: me llamo Felipe Luis y soy alumno de 5º Grado.

Referiré el asunto de que se trata para que me ayude alguna persona de buena voluntad.

Hace ya varios días que la escuela es como una colmena de gente: maestros y niños que entran y salen a

cada rato; padres y madres que van a hablar con nuestra directora; sirvientes que llevan flores, cintas, trofeos y otros adornos.

A todas horas se habla de patria, de banderas, de héroes. Durante los recreos discutimos en grande, porque algunos de mis compañeros prefieren a Belgrano, otros a Moreno, otros a San Martín y otros, en fin, a Beruti.

Las clases están convertidas en jardines; los retratos de nuestros grandes hombres, la bandera nacional colocada al frente de la clase, el escudo nacional y varios cuadros históricos, todo está adornado de flores, palmas y laureles.

Ayer nos dijo la maestra: la señorita directora ha resuelto que hoy elijan ustedes el compañero que los representará en las reuniones patrióticas que celebrará la escuela. Ese representante debe distinguirse por la cultura de sus maneras, por su facilidad de expresión y por su dedicación al estudio.

No me gustan las niñas para estas cosas. Escribo mi voto a favor de Luisito; se hace el escrutinio y con grande asombro mío, salgo electo por unanimidad de votos.

Se me notifica que debo presentar un trabajo sobre la mejor manera de honrar a la Patria.

Un gozo inmenso me invade; me sonrío, saludo, agradezco la distinción y corro a casa como si tuviera alas en los pies. Me reciben Laurita y sus amigas, preparando guirnaldas y escarapelas. Apenas me ven, gritan: ¡Felipe! ¡Felipe ve a traer flores!



Me revisto de la seriedad que mi cargo impone y les digo: ¡pasó a un miembro de la Junta Escolar!

¿Flores?... ¡qué criaturas tan vanas!

La Patria no necesita flores, ni cintas, sino pechos fuertes que la defiendan, hombres ilustrados que la guíen por la senda del progreso, brazos laboriosos que exploten sus riquezas.

—Anda! petulante, dicen ellas.

—¿A mí esa expresión? ¡qué atrevimiento.....

..... Y si tuvieran razón? Si aún no he hecho nada..... ¿Cómo se honra a la Patria? Pensemos..... No hay medio mejor que la meditación para resolver lo que conviene.....

Laurita — (Entra con una guirnalda de flores). Felipe..... Felipe..... ¿Quieres ayudarme a colocar esta guirnalda? Tengo miedo de subir a esa escalera tan alta. ¿Vienes?

Felipe. — (Escribe sin prestar atención y después de un momento se vuelve disgustado) — No me dejas escribir. En esta casa no se puede hacer ningún trabajo serio.

Laurita — ¡No seas malo! Ven, quieres?

Felipe. — Me ayudarás tú también a terminar mi trabajo.

Laurita. — Con muchísimo gusto.

Felipe — ¿Cuál es la mejor manera de honrar a la Patria?

Laurita — Espera..... (medita un momento) — Si interrogo a los pajaritos, mis amables comensales, me responderán que se honra a la Patria, entonando himnos a sus héroes y cantando sus glorias.

Si me dirijo a las mariposas, mis lindas amigas, me dirán que vistiendo galas y cintas con los bellos colores de nuestra bandera.

Si pregunto a las flores, mis tiernas compañeras, me responderán que se prestan gustosas a ornar el busto de los héroes y a esparcir perfumes en honor de nuestros próceres.

Si pregunto a mamá, me repetirá lo que ha dicho tantas veces: siendo buena hija, excelente alumna y mujer hacendosa, formarás mañana un hogar que dará á la Patria madres virtuosas, hombres patriotas y ciudadanos laboriosos que explotarán sus riquezas.

Felipe — No. No me satisface.

Ofelia — ¿Vienen, chicos? Este arreglo no adelanta.

Felipe — Ven tú, Ofelia. — (Se acerca) — ¿Dime cuál es la mejor manera de honrar a la Patria?

Ofelia — Siendo soldado: luchando bajo esa bendita enseña que significa libertad, bajo esa hermosa bandera cuya sombra nunca ha cobijado esclavos y a cuyo amparo viven hombres de todas las razas y de to-

das las lenguas. Oh! enseña querida! Te veo en el pasado surcar los mares libertando pueblos y naciones. ¿Qué mejor manera de honrar a la Patria que llevarte bien alto y consagrarte la primera en el corazón de los argentinos?

Felipe — Alto ahí! señorita: — Ahora, silencio..... silencio... me siento inspirado (Escribe rápidamente y lee).

Honra a la Patria el tierno niño que balbucea su nombre bendito.

Honra a la Patria el joven escolar que, a fuerza de estudio y constancia, adquiere una profesión y, ejerciéndola con rectitud, contribuye al bienestar de sus conciudadanos.

Honra a la Patria, el maestro de vocación que enseña a amar su bandera, a respetar sus leyes y a cumplir los deberes del ciudadano.

Honra a la Patria que lo alberga, el extranjero que enseña a sus hijos a hablar nuestra lengua, a amar nuestra tierra y a respetar a nuestros próceres.

Honran a la Patria, el sabio que sorprende los misterios de la naturaleza y el poeta que canta sus glorias y entona himnos a su hermoso cielo, a sus bosques, a sus pampas solitarias.

Honran a la Patria el labrador que fertiliza nuestros campos con sus energías; el obrero que gana con el sudor de su frente el pan cotidiano; el hacendado que aumenta la riqueza nacional, y los trabajadores igno-

rados que incorporan a la vida civilizada sus territorios desiertos.

Honran a la Patria los niños como nosotros, cantando sus glorias, imitando las virtudes de sus próceres, llevando el deber como guía, la verdad como escudo y el civismo como inspiración.





"La caridad es el
amor al género hu-
mano".

"Aun cuando yo hablase todas las lenguas, aun
cuando yo poseyera todas las ciencias, si no tengo
la caridad del corazón, nada soy.

Van siguiendo el largo camino de la vida. Una, de
rostro sonriente y tranquilo, lleva briznas de los tri-
gales y amapolas rojas en su traje amplio y hermoso.
Lleva en su frente despejada y en sus dulces y tiernos
ojos todo el amor a la criatura humana. Su voz es
música que consuela y cautiva; su andar majestuoso
revela su alta investidura; la alegría de vivir se retrata
en su semblante.

Van con ella la esperanza, el amor y la dicha. Es el
hada buena que reparte con mano bienhechora, la dicha
por el mundo.

Se acerca con paso vacilante, cargada con todo el peso de la miseria, una viejecita encorvada, triste, de mirada huraña; su cuerpo se dobla al peso del sufrimiento; sus cabellos canos recuerdan el largo invierno que depositó sus nieves sobre su cabeza.

También hay nieves en su alma. Los rigores de la vida la hicieron mirar con desdén las miserias humanas. Quiere para los hombres el hambre como acicate del crimen; la envidia que mata los sentimientos generosos; la enfermedad y la miseria que hacen abyecto al hombre. Es el hada mala que va cargada con todas las miserias de la vida y que lleva consigo la desolación y la tristeza.

Las dos se encuentran en el largo camino de la vida.

¿A dónde vas?, dice el hada buena. ¿Puedo hacer menos rigurosa tu suerte?

—No. Ya nada deseo ni nada espero. Se secó en mi alma la aspiración a lo noble y a lo grande, sólo sirvo para el mal y para el dolor.

Llevo al ser humano que encuentro a mi paso el legado de mis tristezas y de las penurias de mi vida.

Quiero que la miseria y el dolor sean el patrimonio de los hombres. Soy guía de los parias en la vida; los encamino al vicio y a la holganza, y cuando veo sus cuerpecitos raquíticos consumidos por el vicio, con sus inteligencias despejadas para fraguar el robo o el asesinato, pienso complacida en que ellos son mi obra, en que ellos me vengarán de las asperezas de mi destino cruel.

—Calla, insensata; tu vida es reprobable. Yo, en

cambio, llevo conmigo la luz del sol vivificante; a mi paso abren las flores sus capullos, y los niños, flores humanas, a mi contacto sienten nacer en sus espíritus los sentimientos nobles y generosos; a mi amparo, su vida se desliza entre dichas y contento.

Mis niños son los de ojos tiernos y sonrisas frescas, que esperan todo de la vida, desde el alimento que le dan sus misiones, hasta el amor que todo lo purifica. Y mientras sigues tu camino en la obra del mal, mis niños, en quienes despierto el sentimiento de la caridad, rescatando de la miseria y del vicio las almas que tú conduces al abismo.

En mi largo camino va conmigo la Escuela bienhechora que abrirá sus brazos a esos parias de la vida de que tú hablas. Sus cuerpecitos raquíticos se fortalecerán en su ambiente sano y puro; sus corazoncitos roídos por la envidia y la miseria, se dulcificarán al calor de los afectos de mis ángeles buenos y sus mentes germinarán por el estudio metódico y la dirección de hábiles maestros.

Despertaré en sus almas el amor a la patria, les enseñaré que deben hacerse dignos de servirla y defenderla, mejorando su condición personal y aportando así su grano de arena al engrandecimiento de la madre tierra que los vio nacer.

¡Pobre de tí, que sólo oirás maldiciones a tu paso!

Así habló el hada buena, protectora de los niños, como los ángeles guardianes del Cristianismo.

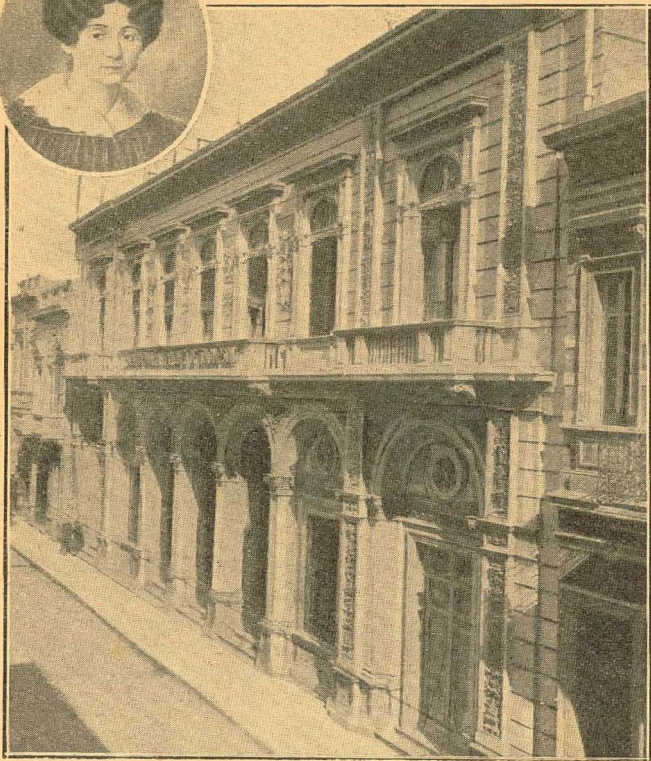
Así habló por la vida sana y dulce, por la patria noble y grande y por la felicidad de todos.

En tanto el hada mala marchaba avergonzada, ocultando el odio y la envidia que roía su alma.

No hay en el largo camino de la vida más que una senda transitable, la del amor que ennoblece cuanto toca.

LAURA E. L. DE ALVELDA.





Escuela María Sánchez de Thompson



El día de los muertos por la Patria

Laura. — Mamá, aquí tienes a María Luisa, nuestra invitada para el almuerzo.

La madre. — Tengo mucho placer en que nos acompañe hoy. Mis hijas me expresaron el deseo de invitarla y en su obsequio he preparado alguno de sus platos predilectos.

María Luisa. — Gracias, señora.

La madre. — ¿Qué tal la fiesta del día? ¿Vienen contentas?

Clotilde. — ¡Hermosísima! El sepulcro de la señora María Sánchez de Thompson, que nos correspondía adornar, porque nuestra escuela lleva su nombre, quedó cubierto de guirnaldas, palmas y flores.

María Luisa. — El Consejo Escolar nos dió una espléndida corona que en ancha cinta blanca ostentaba el nombre de nuestra patricia.

Laura. — Te olvidas, María Luisa de mencionar el gran cesto de flores que enviaste desde Quilmes y los dos ramos que diste a Felipe y a Marcos.

Felipe. — Y mucho te agradecemos las flores, porque a las siete de la mañana ya no las había en los puestos de venta y sólo conseguimos ramilletes insignificantes.

Cuando llegamos a la escuela, el señor director elogió nuestro espléndido ramo y nos dijo que nos tocaba rendir homenaje en la tumba del General Mitre. Teníamos deseos de aplaudir la noticia, pero Marcos nos dijo por lo bajo que tal acto le parecía irrespetuoso.

Marcos. — Todos queremos y veneramos al General Mitre. La biblioteca de nuestra escuela lleva su nombre; y nuestro director nos habla siempre entusiasmado de este eminente ciudadano. Depositamos nuestras flores sobre su tumba y elevamos nuestros votos para que todos los argentinos imiten sus virtudes.

Felipe. — Al terminar, llegó Manuel, ese amigo nuestro que tanta habilidad tiene como taquígrafo.

Marcos. — Visitamos en seguida los sépulcros de Mármol, de Chassaing, de Rivadavia, de Sarmiento, de Alberdi; y al dirigirnos al de Brown y al del General Guido que están próximos, nos encontramos con ustedes.

Presenciamos la colocación de las flores y oímos la lección de la maestra ante la tumba de la señora Sánchez de Thompson.

Felipe. — (Entrega algunos papeles a María Luisa). Queremos corresponder a tu obsequio, María Luisa, con esto.

Clotilde. — ¿Qué papeles son esos?

Laura. — ¡Ah! Ya me imagino, si iba Manuel con ustedes...

María Luisa. — (Lee en voz baja). La lección que nos dió hoy la directora. ¡No saben ustedes cuánto les agradezco esta delicada atención!

La madre. — ¿Quieres hacernos escuchar ese trabajo?

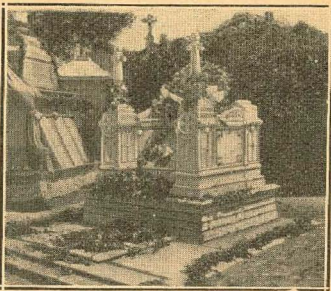
María Luisa. — Lee Laura; tú lo haces mejor que yo.

Laura. — (Leyendo).

Niñas:

No es esta la tumba de un guerrero que con su espada victoriosa hizo triunfar el derecho en la lucha por la libertad, ni la del soldado que murió oscuro en el campo de batalla, ni la de una de aquellas mujeres excepcionales que, con pujanza varonil combatían contra los enemigos de la Patria.

Aquí yace una mujer de de talento y de corazón, consagrada al hogar y a la sociedad. Fué ésta, aquella amable dama que, rodeada de los halagos de la fortuna, de la belleza y del talento, fué también foco de luz a cuyo alrededor se agruparon las familias patricias de la época, concurriendo a sus sa-



lones, centró de cultura y del más exquisito trato social, todos los hombres célebres de nuestra historia y cuanto espíritu selecto visitó la Argentina desde 1805.

Amiga y confidente del gran Rivadavia, sirvióle muchas veces de secretaria cuando redactaba los Estatutos de la Sociedad de Beneficencia. Alberdi, el General Guido, Juan María Gutiérrez y muchos otros, la trataron con especial distinción y aplaudieron sus obras de beneficencia social.

Vosotras conocéis la nota que la historia guarda con el nombre de «Complot de los Fusiles». Ella os revela que esta Patricia no tenía una instrucción vulgar.

Su gusto artístico y su fina cultura, su caridad inagotable, su amor a la instrucción, hacen que ocupe ella el primer puesto entre las mujeres argentinas justificando así el lema que el recuerdo le ha consagrado: *caritatem dilexit*, es decir, el placer de la abnegación y de la caridad de sus semejantes.

Y ved niñas, qué hermosas enseñanzas encierra esta tumba: en ella tenéis trazado el plan de vuestra vida futura, dedicación a todo lo que es hermoso en la vida, caridad, cultura. Este fué el secreto de la influencia que esta dignísima matrona ejerció durante más de medio siglo sobre la sociedad porteña.

Su vida se ha prolongado como una sombra buena. Pero es que dura tanto la influencia de la virtud y del talento que después de más de cuarenta años de su muerte, la posteridad coloca bajo la égida protectora de su nombre a millares de niñas que, al educarse, beben la inspiración de su vida ejemplar.

Vosotras sobre todo, las que estáis ya para abandonar la escuela, recordad su vida auspiciosa y útil, pues ella esparcirá como el perfume de las rosas, en

vuestro camino, todos los dulces goces del hogar y de la sociedad.

Recordad la herencia de virtudes que a nuestros próceres debemos; y al evocar las glorias de los que lucharon con bravura, y al referir sus proezas pensad que la Patria y el Hogar reclaman vuestro concurso; y evocad, por sobre todas las figuras de nuestra historia, la de la noble dama, siempre espiritual, siempre amable que fué el encanto de la sociedad en que vivió.

Hoy es el día consagrado por la gratitud nacional a los que cayeron en el campo de batalla, a los que perecieron en los mares, a los que lucharon en las tribunas populares y a los que consagraron su talento a la formación y a la educación de una Patria libre y grande.

Hoy esta Patria agradecida deshoja flores ante las tumbas de sus héroes, muchas de ellas ¡ay! anónimas y cubiertas por el musgo del olvido.

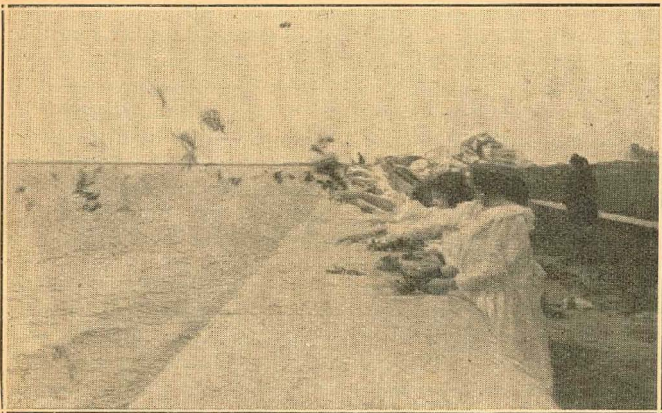
Los niños son los portadores del recuerdo, y de la justicia póstuma; ellos preparan el mañana de la Patria, y sienten, ante estas tumbas, toda la fuerza del ejemplo.

¡A todos los muertos por ella, nuestra eterna gratitud!

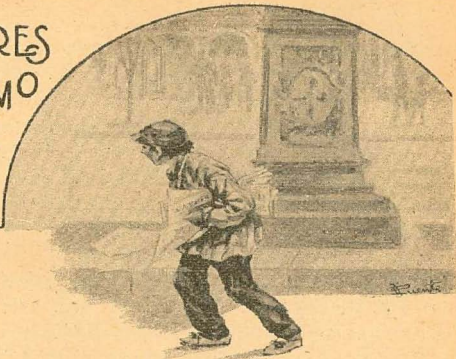
La Madre. — Es una hermosa idea la de asociar las escuelas a la vida de las patricias como María Sánchez de Thompson inspiración y ejemplo para las mujeres argentinas, que así recogen las cenizas del viejo y noble hogar argentino, donde se encendió el fuego de tanta virtud heroica y de tanta abnegación desinteresada.

Pensemos que en este mismo momento un millón de niños argentinos hacen la crónica de la fiesta escolar de los muertos por la Patria, al pie de las estatuas, en los lu-

gares históricos, a la orilla de los ríos y de los mares, en lo alto de las montañas y en los grandes centros de cultura, y soñemos, como en este día, en la gran familia nacional, solidaria de su pasado glorioso y cada vez más anhelante de su grandeza futura.



DESINTERÉS Y PATRIOTISMO



Felipe. — Vengo muy alegre, papacito.

Tú sabes que en nuestra escuela se ha destinado el día sábado de cada semana, para hacernos conocer cualquiera acción buena que merezca revelarse a los demás.

Todos los lunes dejamos en el buzón de la escuela el relato que, a juicio nuestro, deba hacerse conocer. El director elige entre todos el que le parece más apropiado y lo entrega a un maestro que hace las averiguaciones del caso y lo lee el sábado a todos los alumnos reunidos en el salón de actos públicos.

Esta vez el preferido ha sido un condiscípulo mío, Perico, aquel niño vendedor de diarios con quien hablé en la Avenida de Mayo el sábado pasado, cuando tú me llevabas a paseo, el mismo que estuvo con nosotros durante el desfile del 25 de Mayo.

Pues bien; Perico, que se levanta al amanecer para vender sus diarios, encontró por la mañana, sobre una de las veredas de la Avenida de Mayo, una abultada cartera. Y examinándola detenidamente, vió que estaba llena de billetes de banco, de distintos valores. Como en ese momento estaba cerca de la redacción de «La Prensa», se dirigió a ella y entregó la cartera al administrador del diario.

A las pocas horas, se presentó un señor a pedir la publicación de un aviso, en el que daba las señas de la cartera perdida. Y como estas señas y los valores que él declaraba, coincidían con el hallazgo de Perico, le fué entregada la cartera sin que le faltara un solo billete.

El señor hizo llamar al niño y le regaló cincuenta pesos, que éste no quería aceptar y que tomó después de muchas instancias.

Perico, que sostiene con el producto de la venta de diarios a la pobre viejecita que lo ha criado, empleó diez pesos en algunas compras indispensables para su bienhechora y lo demás, ¡asómbrate! lo depositó en la dirección del *Asilo para vendedores de diarios*, pidiendo que lo destinaran para la escuela que debe funcionar anexa a dicho *Asilo*.

No quiso decir su nombre, pero Carlito Pérez, que lo había seguido hasta el *Asilo* para pedirle unas revistas atrasadas que Perico le había ofrecido, informó al director quién era el donante.

Carlitos prometió guardar silencio, pero no sabemos cómo el tan guardado secreto ha llegado a oídos de nuestro director. Esta mañana, después del último to-

que de campana y cuando estábamos reunidos en el salón de actos públicos, se presentó acompañado de varios maestros de la sección de la tarde y dijo: Pedro Rodríguez, pase al frente

Perico, sin saber para qué se le llamaba, pasó muy avergonzado a la tarima, donde lo esperaba el señor director. Al llegar éste le estrechó la mano, nos contó la acción que te acabo de referir y terminó diciendo: aquí tenéis un honrado muchachó que será excelente ciudadano, un buen patriota, que servirá a su Patria como el General Belgrano, que destinó a la instrucción de sus semejantes lo que se le dió en premio de su acción generosa.

Era un hermoso acto de desinterés el del héroe, que Perico ha imitado noblemente.

El padre. — Es cierto, la conducta de Perico es admirable: debe servir de estímulo y de ejemplo a sus condiscípulos (Dirigiéndose a Felipe) — ¿Recuerdas ese acto de Belgrano al que hizo referencia tu director?

Felipe. — Sí, papá.

Marcos. — Si ustedes no se oponen, yo lo referiré:

Todos. — Muy bien! Refiérelo Marcos.

Marcos. — Después de la batalla de Salta, el gobierno quiso recompensar al General Belgrano regalándole cuarenta mil pesos y un sable, cuya guardación de oro ostentaba la siguiente inscripción: «*la Asamblea Constituyente al Benemérito General Belgrano.*»

El General aceptó el sable y destinó el dinero para la fundación de cuatro escuelas en Tarija, Santiago del Estero, Tucumán y Jujuy.

He leído ésto hace pocos días en la historia escrita por el General Mitre. En ella habla también de la reglamentación que el General Belgrano dió a esas escuelas y transcribe las notas cambiadas con la Asamblea a propósito de este asunto.

Dice el General Belgrano, contestando la nota de la Asamblea: «He creído propio de mi honor y de los deseos que me inflaman por la prosperidad de la Patria, destinar los expresados cuarenta mil pesos, para la dotación de cuatro escuelas públicas de primeras letras, en que se enseñe, a leer, escribir, la aritmética y la doctrina cristiana, los primeros rudimentos de los derechos y obligaciones del hombre en sociedad, hacia ésta y hacia el gobierno que la rige.»

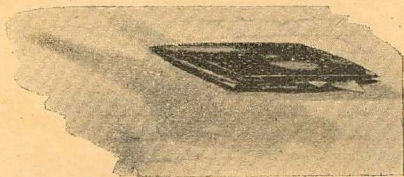
Hablando de los deberes de los maestros que van a dirigir esas escuelas dice: «El maestro procurará con su conducta y en todas sus expresiones y maneras, inspirar a sus alumnos amor al orden, respecto a la religión, moderación y dulzura en el trato, sentimientos de honor, amor a la virtud y a la ciencia, horror al vicio, inclinación al trabajo despejo al interés, desprecio de todo lo que diga profusión y lujo, en el comer, vestir y demás necesidades de la vida; y un espíritu nacional que le haga preferir el bien público al privado».

El padre. — Ah! Hijos míos! Qué alma tan noble la del General Belgrano!

Estudien bien lo que acaba de repetir Marcos y reflexionen sobre estos sabios consejos.

¡Ojalá dejen en ustedes huellas profundas para que en el porvenir demuestren tan elevados sentimientos!

Patriotismo, desinterés, modestia..... ¿Hay nada más grande y más hermoso que esta imitación de un pobre niño al más noble gesto de abnegación del héroe?



Doctor LUIS JOSÉ CHORROARÍN

Extracto del discurso pronunciado en ocasión del bautizo
de la escuela N° 8 del Consejo Escolar 6° por su
director profesor Eugenio del Cloppo.

..... Uno de esos servidores de la Patria, que permanecía ignorado, es el maestro de la Juventud, como le llama Juan M. Gutiérrez en su obra «La Educación en Buenos Aires»; es el Dr. Luis José Chorroarín, con cuyo nombre bautizamos hoy nuestra escuela, ostentando en su fachada para legarlo a las futuras generaciones que lo venerarán como haremos nosotros mientras vivamos.

El Dr. Luis José Chorroarín, fué sacerdote, educacionista y político en los albores de nuestra emancipación demostrándose un decidido patriota.

Nació en Buenos Aires en el año 1757. Cursó los estudios primarios, los de filosofía y teología en esta ciudad, descollando entre sus condiscípulos por su aplicación y talento, cualidades que le hicieron acreedor a los puestos que ocupó en la iglesia, en la escuela, y en la política, sucesivamente, en el Colegio de San Carlos y en la Biblioteca.

Además, el Dr. Chorroarín era de un carácter sin asperezas y sin rencores, pródigo en bondad y mansedumbre, ajeno a la sensualidad del poder, y de un patriotismo sincero y *acendrado*.

El día 5 de Marzo de 1783, ocupó la cátedra de Filosofía del Colegio de San Carlos, contando entre sus 44 alumnos a don Manuel Belgrano, quien más tarde, como sabéis, fué honra del país y de su maestro.

En 1786, se hizo cargo del rectorado de este mismo Colegio, permaneciendo en el puesto largos años, para iluminar con su mente a la juventud estudiosa y para formar tantos talentos distinguidos.

Antes de la Revolución de Mayo y durante los primeros años de ella Chorroarín había desempeñado el cargo de maestro de escuela del Sagrario Metropolitano, educando a miles de jóvenes.

La posición social que el Dr. Chorroarín había adquirido por sus méritos y sus ideas liberales y revolucionarias, le proporcionó la oportunidad para tomar parte activa en las Asambleas populares del mes de Mayo de 1810, que iban preparando la rápida caída de la monarquía. Y el nombre de Chorroarín apareció en las Actas del Cabildo abierto del día 22, al pie de las opiniones emitidas por los patriotas más decididos como Chiclana, Peña, Viamonte y otros; opiniones que las Actas expresan del modo siguiente:

«El Virrey debe cesar y reunir la autoridad al Cabildo como representante del pueblo, interín se forme un gobierno provisorio dependiente del que representan al Soberano».

En esta misma Asamblea, Chorroarín expresó su voto en la siguiente forma:

«Que bien consideradas las actuales circunstancias, juzga conveniente al servicio de Dios, del Rey y de la

Patria, se subrogue otra autoridad a la del Virrey, debiendo recaer el mando en el Cabildo, interín se dispone la creación de una Junta de Gobierno».

Posteriormente a los sucesos de Mayo de 1810 el Dr. Chorroarín, desempeñó varias comisiones de interés público, porque había dado prueba al gobierno de ser un patriota decidido y hombre de luces.

A principios del año 1812 fué miembro de la Junta Conservadora de la Libertad de Imprenta y en ese mismo año recibió el encargo, juntamente con Vieytes, Gómez Agrelo y otros, de preparar un proyecto de Constitución y otros trabajos orgánicos, para ser presentados a la próxima Asamblea.

En Marzo del año 1817, después de la traslación del Congreso de Tucumán a Buenos Aires, fué electo diputado, llegando a ser su presidente en Septiembre del mismo año.

En Octubre de 1819, fué designado senador en la primera legislatura, de acuerdo con la ley de su convocatoria.

Juntamente a fray Gayetano Rodríguez, organizó un plan de estudios para la Facultad de Medicina, cuya creación inició el doctor don Cosme Argerich.

Desempeñó, por fin, el cargo de director de la Biblioteca Pública fundada por don Mariano Moreno en los primeros días de la revolución.

En este puesto, como en los mencionados, prestó importantes servicios, pues enriqueció la Biblioteca con muchas obras, que adquirió por suscripción pública entre los

vecinos acomodados, encabezando él mismo la lista con 200 pesos.

El 11 de Julio de 1823, a la edad de setenta años, este patricio bajó a la tumba llorado por sus alumnos, por sus amigos y por cuantas personas lo conocieron.

El gobierno, en vista de sus méritos, mandó colocar su retrato en la primera sala de la Biblioteca y fundar en los terrenos que pertenecían al Colegio de San Carlos, con la denominación de la Chacarita de los Colegiales, el pueblo llamado Chorroarín, que hoy no existe.

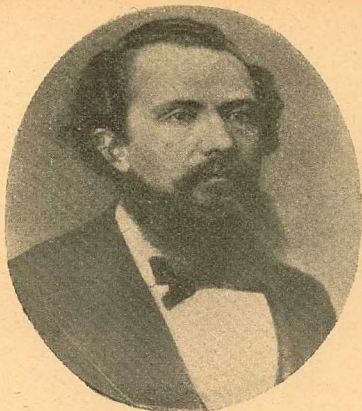
Esta fundación se llevó a cabo con 16 familias alemanas, en virtud del decreto del Presidente de la República, Rivadavia, de fecha 25 de Setiembre de 1826.

El acto fué presidido por el doctor Vicente López, como Presidente del Departamento Topográfico, quien explicó el por qué de la fundación de ese pueblo con el nombre de Chorroarín, en la forma siguiente:

«Esta denominación procede del principio que el Gobierno ha adoptado de perpetuar, por vía de premio, la memoria de los servicios útiles a la Patria. Uno de los medios de perpetuar esa memoria es unir el nombre de los buenos servidores a los monumentos duraderos y perpetuos, tales como los pueblos; y cuando se trata de dar un nombre a este que se levanta en los campos que pertenecieron al Colegio de San Carlos de Buenos Aires ¿qué nombre puede presentarse a la mente del gobierno con más naturalidad y justicia que el de Chorroarín? ¿qué el del finado doctor don Luis José Chorroarín, ese digno compatriota, que en calidad de Rector del Colegio, consagró tantos y los mejores años de su

vida a la educación de millares de jóvenes de todo el antiguo virreynato del Río de la Plata, y bajo cuya dirección, celo y disciplina se formaron tantos hombres que en los días de la regeneración de la Patria le han rendido tan relevantes servicios en lo político y en lo militar? Tales son, señores, el objeto y el motivo de la denominación que lleva este pueblo».





Dr. NICOLÁS AVELLANEDA

(1) Avellaneda volvía a su provincia natal después de 19 años de ausencia, trayéndoles el ferrocarril, que llevaba *entre sus líneas paralelas el progreso para los pueblos y la unidad para la República.*

Avellaneda se desprende de la comitiva oficial, se adelanta, solo, y entra en Tucumán, un día antes del que era esperado. La noticia cunde pronto, y el pueblo repuesto de su sorpresa no tarda en congregarse al pie de los balcones de la casa en que se aloja Avellaneda.

Al grito de los vivos y aclamaciones populares, Avellaneda comprende que su presencia ha sido descubierta

(1) Publicado en el 3er. tomo de sus discursos.

y no pudiendo excusarse sale al balcón y habla improvisando.....

Es muy difícil rehacer un discurso, recogiendo fragmentos conservados por la tradición oral.

He querido venir, — dice, — solo y despojado de las insignias del mando. He venido antes de la fiesta, para que las pompas oficiales no sofóquen la efusión de nuestros primeros abrazos. Lo que necesito deciros, no quiero que sea escuchado por los extraños..... Traigo fatiga después de las vicisitudes de la vida y anhelo descansar mi cabeza al abrigo de corazones seguros..... Los años de la ausencia han sido largos, la jornada dura! Cuántas veces, bajo las inquietudes de la suerte y viendo cerrar el paso a mi intención pura y sana, me he preguntado si me sería dado volver con honor y con vida a la vieja casa de mis padres!!.....

He tropezado con muchos en este camino de las ambiciones, que viene tan lleno de gentes..... pero nunca deserté las reglas del deber..... puedo pues, comparecer delante de la sombra de mi padre y delante de vosotros, que fuisteis los testigos de su vida y de su muerte.....

Miradme! Mi frente tiene pliegues prematuros, mis cabellos emblanquecen, las vigiliass han devastado mi fisonomía; pero miradme! Soy el mismo.....

Y puesto que me habéis conocido, vuelvo a pedirlos, dadme un asiento en el hogar común!.....

Necesito, después de tantas agitaciones, calentar mi alma bajo los rayos vivificantes de nuestro sol!!

Los pueblos que olvidan sus tradiciones, pierden la conciencia de sus destinos, y los que se apoyan sobre tumbas gloriosas, son los que mejor preparan el porvenir.

Hay también un lauro para la virtud, para el honor, para la intrepidez militar que se aventura en pos de los peligros y que se contiene sumisa en presencia del deber.

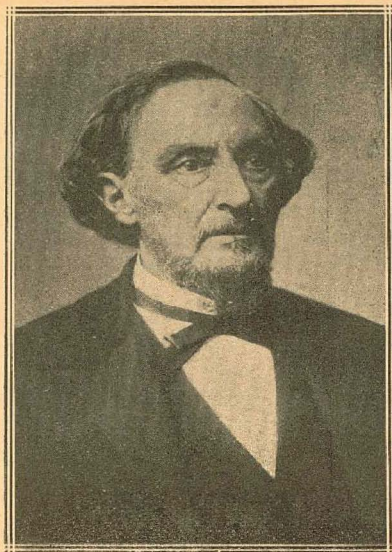
La lágrima humana es más duradera que el mármol o que el bronce, y puede llamarse afortunado el hombre mortal que la ha hecho verter, con sus glorias o sus infortunios, de los ojos de un pueblo.

Nicolás Avellaneda.





LA ILUSTRACIÓN PÚBLICA ES LA BASE DE TODO SISTEMA SOCIAL BIEN ARRÉGLADO, Y CUANDO LA IGNORANCIA CUBRE A LOS HABITANTES DE UN PAÍS, NI LAS AUTORIDADES PUEDEN CON SUCESO PROMOVER SU PROSPERIDAD, NI ELLOS MISMOS PROPORCIONARSE LAS VENTAJAS REALES QUE ESPARCE EL IMPERIO DE LAS LUCES.



GENERAL BARTOLOMÉ MITRE

..... El ejército con el que Rivadavia ha vencido, para honor y gloria de la humanidad vilipendiada por la fuerza brutal, son aquellos tiernos niños a quienes puso la cartilla en la mano en las escuelas primarias que fundó; son esas matronas, sacerdotisas de la beneficencia, a quienes sentó a la cabecera del enfermo, encomendándoles la educación de la mujer; son esos huérfanos

desvalidos a quienes sirvió de padre; son aquellos inmigrantes inermes, a quienes él dió una segunda patria; son esas madres argentinas, émulas de la madre de los Gracos que han mantenido en el altar de la familia el fuego sagrado de sus virtudes cívicas; son aquellas ideas, que él derramó como semillas fecundas en esta tierra clásica de la libertad americana, y que hoy brotan en torno de su urna cineraria, como un bosque de sagrados laureles, consagrados a la inmortalidad.

Bartolomé Mitre.

Estudiad la mujer argentina a través de la Sociedad de Beneficencia.





EL SANTO DE PAPÁ

Felipe. — Cuánto me alegro de que hayas venido, abuelito; pues deseo que oigas el discurso que le diré a papá. Ya sabes que hoy es el día de su santo.

El abuelo. — Te escucharé con mucho gusto, hijo mío, porque me complacen estas manifestaciones del cariño y respeto que ustedes deben a sus padres. Veo que los educan en el santo amor de la familia, pues el que es buen hijo y buen padre, es también buen patriota.

Te escucho, nene.

Felipe. — Querido papá:

El mayor de tus hijos, es el primero que te felicita. Eres tan bueno, tan cariñoso, que siento la necesidad de expresarte, en este día, todo el amor que te profesamos.

Yo seguiré tu ejemplo, papá querido: seré estudioso y trabajador y me esforzaré tanto para imitarte que llegaré a ser, como tú, un hombre de provecho. Te abrazo en nombre de mis hermanos y de mis primos, haciendo votos por tu felicidad.

Laurita. — ¿Quieres escuchar el mío, abuelito?

El abuelo. — Con mucho gusto, hija mía.

Laurita. — Papacito de mi corazón: tu Menena, quiere felicitarte en este día de contento para todos; ¡Si

supieras cuánto te quiero! Deseo toda la felicidad, toda la alegría para mi papacito querido.



Flores y pajarillos, venid a ayudar a Menenita a decir a su papacito, entre perfumes y gorgeos, que sea muy feliz y que consiga en el porvenir, todo lo que merece.

Todo mi cariño para el más bueno de los papacitos.

El abuelo. — Está muy bien tu discurso, hija mía.

Clotilde. — También hemos enseñado a Dorita unas pocas palabras, porque ella es muy chiquita.

Marcos. — Lo dice muy bien y con tanta gracia, que da ganas de oírla a cada instante.

Clotilde. — Tiene cortedad de decirlo.

Marcos. — Ven, Dorita. (*La trae de la mano y la coloca cerca del abuelo.*)

Dorita. — Papá mío:

Yo soy un *Pipí cantor* que pasa la vida en dulces trinos: y cantando *pí, pí, pí*, presentan su piquito a papacito querido.

Todos — (*Aplauden*) ¡Muy bien, Muy bien!

El abuelo. — Estoy muy contento, hijos míos. Tan cariñosas palabras me emocionan, porque me hacen comprender cuánto aman a sus padres.

Estos preparativos y las comidas y postres que, con tanto afán disponen Clotilde y Laurita, me recuerdan lo que me refería mi abuelo de una fiesta celebrada en honor del santo de Belgrano, a la que asistió con muchos amigos del patriota.

Ustedes saben hijos míos, que el General Belgrano nació en Buenos Aires el 3 de Junio de 1770. Cursó en esta ciudad las primeras letras y continuó sus estudios en el Colegio de San Carlos, bajo la dirección del doctor Luis José Chorroarín, una de los más sabios maestros de aquella juventud.

Su familia, que gozaba de buena posición, lo envió a España a terminar su carrera de abogado.

Regresó por el año de 1793, siendo desde entonces, el niño mimado de la sociedad porteña.

Desempeño el cargo de Secretario del Consulado, desde cuyo puesto hizo mucho bien a nuestro país; y se distinguió en las jornadas contra las Invasiones Inglesas y en los memorables acontecimientos de la Revolución de Mayo.

Antes de marchar al Paraguay como jefe de la expedición libertadora, su familia quiso festejarlo dignamente, celebrando el cuadragésimo aniversario de su nacimiento.

Todos querían obsequiar al niño Manuel, como le

llamaba todavía la vieja esclava que lo había cuidado desde su infancia.

Se hicieron grandes preparativos para fiesta, pues se trataba de una comida de *mantel largo*, como se decía entonces.

Las negras esclavas hicieron dulces, suspiros, huevos hilados, yema quemada y otros exquisitos postres. Una amiga envió alfajores hechos por las monjas; otra, un cajoncito de tabletas mendocinas, pues, todos se disputaban el placer de adivinar el menor deseo del obsequiado.

Entre los invitados estaba mi abuelo, que niño aún, gozaba de gran consideración en la casa de Belgrano, y la frecuentaba asiduamente, desde que su maestro el doctor Chorroarín, lo había presentado en ella.

Me refería mi padre que, al brindar mi abuelo por la salud y felicidad de Belgrano, mencionó los principales hechos de la vida pública del patriota y que al terminar, deseaba a Belgrano muchos años de vida para felicidad de la Patria, que ya lo consideraba como uno de sus hijos predilectos y como ciudadano capaz de sacrificarse por ella.

Y así fué: todo lo pospuso al interés de la Patria. Dejó la familia y la sociedad que tanto lo mimaba, para entregarse a la dura vida del soldado.

El gobierno revolucionario de 1810, lo nombró General de su Ejército y desde entonces, entre victorias y reveses de nuestras armas, transcurren los mejores años de su vida ejemplar de ciudadano, de soldado y de patriota.

Todos, — ¡Qué linda historia, abuelito!

Marcos. — Cuánta simpatía me inspira el noble carácter, el desinterés y la bondad del General Belgrano.

El abuelo — Quiero que conozcan bien la vida de este patriota, para que tengan un ejemplo constante digno de imitar.

En otra ocasión les hablaré de la modestia, del valor para soportar la desgracia y de la abnegación, que fueron los rasgos distintivos del carácter de este ciudadano.

Les prometo llevarlos al Museo Histórico, para enseñarles retratos, muebles y muchos objetos que pertenecieron al General Belgrano. Ahí verán también las banderas y trofeos que la gratitud nacional conserva para recuerdo de sus triunfos.

Felipe. — ¿Cuándo iremos al Museo, abuelito?

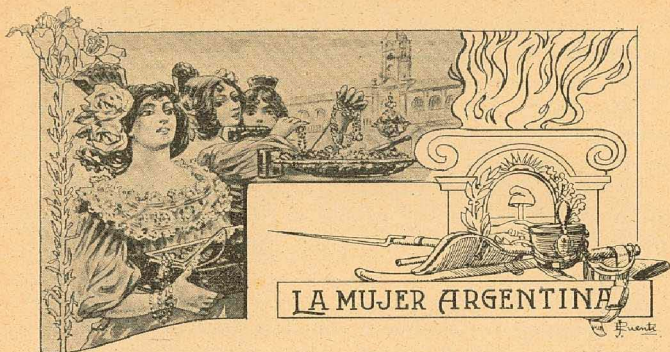
El abuelo. — El jueves próximo.

La madre. (*Entrando en ese momento*). Laurita, acaba de llegar tu papá. ¿Tienen todo listo?

Laurita. — Todo mamá; no nos falta nada.

La madre. — Felipe, da el brazo a tu abuelito y pasemos al comedor.

El abuelo — (*Contemplando los adornos de la mesa*). Esto es una maravilla de sencillez, de arte y buen gusto. Os felicito, hijos míos. (*Abrazando a su hijo*). — Hijo querido: deben estar orgullosos del hogar que han formado: han sabido despertar en sus hijos el culto de la Patria, la unión entre ellos y el respeto y cariño que a ustedes les profesan.



Laurita. — Abuelita, Felipe asegura que no soy capaz de servir a la Patria, porque las mujeres debemos quedarnos en nuestras casas, a zurcir medias, a remendar ropa, a barrer y a cocinar; mientras los hombres se ocupan en la política, en dictar leyes y en no sé cuantas cosas más.

La abuela. — Te dice todo eso, hija mía, para hacerte hablar; no te enfades.

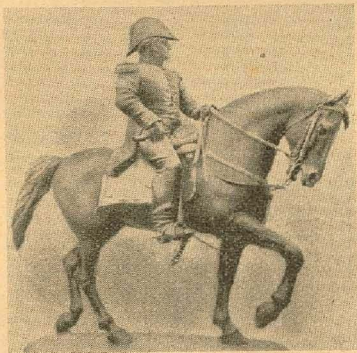
Felipe. — Lo digo de veras, abuelita.

Clotilde y Laurita nos han hecho reír explicando mil proyectos que, según ellas, contribuirán a la felicidad de la Patria. Y yo no creo que las mujeres sirvan para eso.

La abuela. — No tienes razón, Felipe. Si recorres la historia nacional verás que, desde los comienzos de nuestra revolución, figura en primera línea la mujer argen-

tina, realizando actos de desinterés, de valor y de heroísmo.

Clotilde. — Me ha dicho mamá que por el año de 1810, al pasar por la ciudad de Córdoba el ejército libertados, doña Tiburcia Haedo de Paz hizo ingresar en dicho ejército a sus hijos José María y Julián, muy



Estatua del General José María Paz en Córdoba

jóvenes aún, que tuvieron que interrumpir sus estudios para satisfacer los deseos maternos.

La abuela. — Es cierto, Clotilde. Y deben ustedes comprender que esa madre realizó un sacrificio inmenso al separarse de sus hijos para enviarlos a la guerra. Ella dió a la Patria quizá tanto como su vida, porque le entregó los seres más queridos de su corazón.

Laurita. — ¡Escuchen, chicos!

Marcos. — Sí, es cierto, este es un hermoso acto de patriotismo que yo no recordaba.

La abuela. — La señora Gregoria Pérez de Denis, que puso a disposición del General Belgrano sus tierras, sus haciendas y sus esclavos para ayudar al ejército libertador que se dirigía al Paraguay, ¿no les parece a ustedes que sirvió muy bien a la Patria?

Puedo citar también a la señora María Sánchez de Thompson, Tomasa de la Quintana de Alvear, Remedios, Nieves y María Eugenia de Escalada, a las señoras de Cárdenas, Agrelo, Orma, Andoanegui, Igarzábal, Quintanilla de Alvear y muchas otras, que compraron armas y las regalaron al gobierno en momentos en que éste carecía del dinero necesario para conseguirlas. Además, mandaron grabar en cada arma el nombre de la donante, para estimular a los guerreros y reconvenir al que no cumpliera con su deber.

Vosotros conocéis la famosa nota del «Complot de los Fusiles», que la tradición ha conservado y que recuerda el patriotismo y la generosidad de nuestras abuelas.

Laurita. — Cuando Castelli pasaba por Santiago del Estero, como asesor del Ejército del Norte, se detuvo en un pobre rancho, donde fué recibido con mil atenciones, por una humilde viejecita que parecía tener unos setenta años. Habiéndole preguntado por su edad, le contestó sonriendo: «no soy tan vieja como parezco; tengo cuatro meses de edad».

Como todos la miraran sorprendidos, dijo: he na-

cido el 25 de Mayo; antes no había vivido, pues mi Patria no era libre.

La abuela. — Entre las salteñas que se hicieron célebres por su entusiasmo y amor por la causa de la libertad, se distingue doña Juana Azurduy de Padilla. Esta señora, esposa de un patriota distinguido, tuvo en la guerra de la Independencia el mando de treinta fusileros y de doscientos soldados de caballería. En Villar atacó al enemigo, le mató quince hombres y tomó una bandera. El General Belgrano recompensó su acción concediéndole el grado y sueldo de teniente coronel. Después de muerto su esposo, siguió combatiendo hasta que vio la Patria libre (1).

Clotilde. — Fíjate, Felipe, lo que puede realizar el patriotismo: nos juzgabas tímidas y cobardes y quizá algún día podamos servir a la Patria como la señora de Padilla. He leído una historia de Policarpa Salavarrieta, de aquella colombiana heroica, fusilada en Bogotá por conspirar por la libertad de su país. Y tantas otras.....

Felipe. — No pienso como tú; aquello sucedía en otra época. Ahora la mujer no tiene ocasión de servir a la Patria en esa forma, porque si tuviéramos que combatir, hay tantos soldados que para ustedes no habrá lugar en nuestros ejércitos, a menos que se ocupen de fabricar municiones como las mujeres inglesas.

Laurita. — Sí, tendríamos lugar, pues podríamos formar parte de la Cruz Roja para curar los heridos.

(1) Recuerdos de Salta por Zorreguieta.

Marcos. — Nos han derrotado, Felipe; yo me declaro admirador de la mujer argentina.

La abuela. — En Tucumán también se distinguieron muchas señoras por su decisión y entusiasmo por la causa de la independencia. Entre otras, recuerdo a las señoras de Araoz y de Molina, que hacían el estímulo cívico de los salones cuando Belgrano y San Martín estuvieron en aquella ciudad, organizando el ejército.

En Mendoza, cuando San Martín se ocupaba en formar el Ejército de los Andes, las señoras se disputaban el honor de ayudarle en sus trabajos: cosían ropas para los soldados, hacían hilas, costearon un servicio de hospital, y vendieron sus alhajas para ayudar a los gastos del ejército. También confeccionaron la bandera de los Andes que hoy guarda la ciudad de Mendoza como preciosa reliquia de aquella época.

Convénzanse, hijos míos, las mujeres, que parecemos tímidas y cobardes, hacemos a un lado las debilidades propias de nuestro sexo cuando un sentimiento grande, como el amor de la Patria, anima nuestros corazones.

Nuestros abuelos nos independizaron de España, legándonos un territorio inmenso y luchando hasta constituirnos en nación libre; pero a fin de aumentar esta herencia, es necesario que todos trabajemos por el bien común.

El hombre en el taller, en la cátedra, en las bancas del Congreso, en la sociedad, en todas partes.

Los niños como vosotros en el hogar, en la escuela, aplicándose al estudio, obedeciendo y respetando órdenes para aprender más tarde a respetar las leyes.

Las niñas, instruyéndose en el manejo de la casa, porque ahí se prepara el porvenir de los buenos ciudadanos.

Laurita. — ¡Qué lindo es lo que dice abuelita!

Yo aprenderé a cocinar, a planchar, a arreglar la casa, a cuidar enfermos, a todo lo que mamá me diga que es necesario hacer y hasta dejaré el canto que me gusta muchísimo.

La abuela. — No, Laurita. En la sociedad que frecuentarás, es el canto una habilidad que te producirá muchos goces y contribuirá a la propia educación de tus sentimientos; por cuya razón debes continuar estudiándolo.

El amor de la Patria puede exteriorizarse trabajando en el hogar; cultivando todo lo digno y lo bello, sin dejar por eso de frecuentar la sociedad y gozar de diversiones que son tan necesarias a la juventud como la sal a los alimentos y el rocío a las flores.





(Marcos y Clotilde, con sus padres, vestidos de viaje en la Estación Central.— El abuelo y los primos que van a despedirlos.)

Felipe. — No puedo pensar en el viaje de mis primos sin recordar los alegres días que hemos pasado juntos, las fiestas a que hemos asistido y las interesantes lecciones de historia nacional que hemos escuchado.

Desde hoy terminaron los alegres pasatiempos y las amenas lecciones.

El abuelo. — Es cierto lo que dices, hijo mío; pero queda contigo el recuerdo de las horas alegres que han pasado en la escuela; el éxito de los trabajos que han preparado juntos y el aprendizaje en las excursiones y paseos realizadas con sus maestros.

Además, hijos míos, ustedes me han prometido continuar sus estudios de historia nacional y muy a menudo podrán escribirse y comunicarse lo que aprendan.

De esta suerte sus cartas conservarán vivo el afecto que se profesan.

Y así quisiera verlos, siempre unidos, manteniendo con fe y cariño los sagrados afectos de familia.

Al comenzar el verano, iremos a buscarlos para ha-

cer juntos una excursión que completará nuestros conocimientos de historia y geografía argentinas.

Felipe — ¡Qué bueno es abuelito! Siempre se complace en procurarnos lo que más nos agrada.

Marcos — Nosotros permaneceremos muy poco tiempo en Tucumán. Después del 9 de Julio, regresaremos a Catamarca. Nuestro único objeto es visitar a abuelita.

El abuelo (Mirando el reloj) — Faltan cuarenta minutos para la salida del tren. Van a viajar ustedes con muchísima comodidad; antes de construirse el ferrocarril, el viaje a Tucumán era largo y penoso; hoy es rápido y sumamente agradable.

Clotilde — ¿Quién construyó el ferrocarril abuelito?

El abuelo — La Argentina debe la iniciativa de su primer ferrocarril a Wheelwright.

Marcos — Nunca he oído ese nombre. ¿Hace ya mucho tiempo que se construyó? — Nadie conoce a ese señor.

El abuelo. — Wheelwright es una gloria americana: no ha descollado como militar, ni como político, pero su nombre está ligado a cuanta obra de aliento se ha emprendido en estas repúblicas sudamericanas.

«Por la naturaleza y trascendencia de sus trabajos de mejoramiento, Wheewright ha ejercido un real y saludable influjo en la condición política y social, es decir, económica y comercial», dice Alberdi.

Felipe — Nunca hemos hablado de las vías de comunicación y ya saben que hemos hecho viajes a Montevideo y a Valparaíso.

El abuelo — «Las vías de comunicación acercan los

países, no sólo por el intercambio de sus productos, sino que también estrechan las relaciones y crean vínculos de amistad.» dice también Alberdi.

Clotilde — Cuéntanos, abuelito, algo de la vida de Wheelwright.

El abuelo. — Era norteamericano. Se dedicó a la marina desde los doce años de edad y a los veintidos era capitán de buque mercante.

Al dirigirse a nuestro país, naufraga en el puerto de Buenos Aires, en 1823, cuando Rivadavia, al frente del gobierno, se ocupaba de puertos, colonias y vías de comunicación.

Llegó luego a Chile cuando Bolívar acababa de ganar la batalla de Ayacucho y pasó algunos años navegando entre Valparaíso y Panamá. En Guayaquil fué Cónsul y volvió a Chile en 1829. Inaugura en este país, en 1840, la primera línea de vapores, hace valizas, faros, muelles, explota minas de carbón, provee de agua potable, construye ferrocarriles, alumbrado a gas, hornos para la fabricación de la cal y para la fundición del cobre.

Laurita. — ¡Qué activo, qué trabajador! ¿Y cuando llegó a nuestro país?

El abuelo. — En 1860, Wheelwright comenzó a ocuparse del proyecto de un ferrocarril trasandino.

Llamado a este país, en 1854, por el General Urquiza se le hizo la concesión de la línea que se llamó *Gran Central Argentino*, con el compromiso de que quedaría terminada cinco años después. Pero la separación de Buenos Aires y la guerra civil paralizaron la obra.

«Después de la batalla de Pavón, Wheelwright, que

se encontraba en Inglaterra, se dirigió a la Argentina para saber a qué atenerse con el nuevo gobierno.

«El gobierno presidido por el General Mitre, tuvo el acierto de celebrar un contrato con Wheelwright el 16 de Marzo de 1863, sobre las mismas bases y condiciones anteriores.»

Por este contrato el gobierno autorizaba a Wheelwright para formar una sociedad anónima con el título de *ferrocarril Central Argentino*, que construyera una vía férrea para unir Rosario con la ciudad de Córdoba.

El 20 de Abril de ese año se inauguraron los trabajos con asistencia del Presidente de la Nación y muchos altos empleados.

«En medio del entusiasmo delirante del pueblo, músicas y salvas de artillería, el Presidente, dice un diario de ese tiempo, descendiendo de la plataforma, empuñó la carretilla, dió unos cuantos golpes con el pico, tomó la pala y fué a depositar la carretilla en la misma línea.»

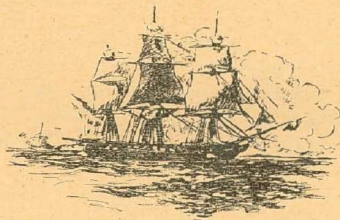
Wheelwright vuelve a Londres en 1863 y forma la compañía para la explotación del ferrocarril.

Las primeras diez millas estuvieron construidas en 1864; pero interrumpidos los trabajos por la guerra del Paraguay, se entregó la parte construida al servicio público el 17 de Mayo de 1870, con gran solemnidad. Y después de siete años de labor y contratiempos, se terminaba esta obra de civilización.

Marcos. — ¡Qué historia tan interesante!

Clotilde. — ¡Síguela, abuelito!

El abuelo. — Lo que falta se lo contarán sus primos. Ya es hora de tomar el tren. Un fuerte abrazo. Y guarden, para recordar en el viaje la memoria del primer empresario de la viabilidad argentina, cuyo nombre es tan digno de ser inscripto entre los benefactores públicos de la Nación.





¡Soy argentino!

Desciendo de aquella raza valiente que pobló la América, trazando con su espada vencedora el límite del Virreynato del Río de la Plata.

¡Soy argentino!

Mi Patria se extiende desde el trópico hasta el polo, desde los Andes majestuosos hasta el Atlántico. La Argentina es rica, libre y poderosa. Sus ríos, sus extensas pampas, sus valles fecundos, sus bosques inagotables brindan el bienestar del trabajo al extranjero que acude a esta tierra de promisión.

¡Soy argentino!

Por mis venas corre sangre de héroes, de aquellos que libertaron palmo a palmo este suelo; que lucharon con potente esfuerzo, que recibieron el bautismo de sangre y de fuego para darnos esta Patria tan hermosa, tan fecunda, tan amada por sus hijos.

¡Soy argentino!

Amo el cielo azul de mi Patria, las bellezas de su

suelo, el encanto de sus tardes serenas, la poesía de sus noches de plata y la radiante alegría de sus auroras luminosas.

¡Soy argentino!

Es mía la azul y blanca bandera, la enseña gloriosa «jamás atada al carro de ningún vencedor de la tierra», que flamea siempre libre, siempre generosa, siempre protectora de la justicia y del derecho.

¡Soy argentino!

Es mío el escudo de las manos enlazadas que brindan amparo y fraternidad a todos los hombres del mundo que quieran compartir con nosotros pesares, esperanzas y alegrías.

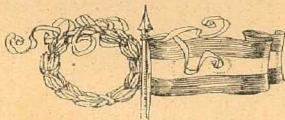
¡Soy argentino!

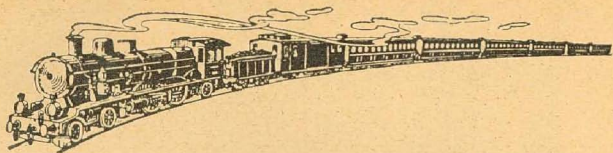
Es mía esa escarapela precursora de la libertad y de la gloria de nuestra propia bandera.

¡Soy argentino!

Quisiera recorrer el mundo llevando la azul y blanca enseña y repitiendo a todos que bajo su sombra tutelar, habita un pueblo libre, formado por hombres de fe, de varonil energía, de ánimo sereno y que, en las honradas lides del trabajo, proclaman muy alto la justicia, la libertad y la concordia, para que cada uno de sus hijos pueda decir con orgullo:

¡Soy argentino!





FERROCARRILES ARGENTINOS

El abuelo. — El proyecto del iniciador de los ferrocarriles argentinos Wheelwright, era muy vasto: la vía partiría del Rosario, pasando por Córdoba, Catamarca, Rioja, Copabana, al pie de los Andes, subiendo por su falda, tomando el paso de San Francisco y bajando por el poniente hasta Copiapó y Caldera, unidas desde 1870 por ferrocarril.

De acuerdo con este plan, Wheelwright pensó en la construcción de una vía al puerto de la Ensenada, ligando así los dos océanos. En el Pacífico, tendría el puerto de la Caldera, y en el Atlántico el de la Ensenada, a doce leguas de Buenos Aires.

Cuando obtuvo la concesión del *Gran Central Argentino*, compró la del ferrocarril de la Ensenada. Construida la línea, fué librada al servicio público el 31 de Diciembre de 1872.

Ya Moreno y Rivadavia habían ponderado las ventajas del puerto de la Ensenada.

Felipe. — ¿Por qué eligieron un puerto tan distante de la Capital?

El abuelo. — Porque precisamente, aunque distante, tenía sus ventajas. El puerto sobre el Plata es ya insuficiente para los progresos de la Capital. Día llegará

en que se verán forzados a utilizar el puerto de la Ensenada.

Felipe. — ¡Qué ingratos hemos sido con Wheelwright! Nadie recuerda su nombre.

El abuelo. — Ya le hará justicia la posteridad.

«Wheelwright ha aumentado el producto y el haber de cada hombre, en los países de sus obras, encareciendo el valor de su trabajo, por la facilidad que sus empresas de comunicación han dado a la extracción de la riqueza nativa; y ha abaratado los consumos de cada habitante multiplicando la importación de los productos extranjeros por las facilidades que sus obras de mejoramiento en los puertos han dado al comercio marítimo.»

«En todos los países de inmigración, después de la viabilidad, nada es más indispensable que el buen puerto, los muelles, los faros, como trabajos preparatorios de la colonización e inmigración» (1).

El puerto del Rosario ha sido el foco de las colonias de Santa Fe y Entre Ríos y lo será de la colonización del Sud de Buenos Aires.

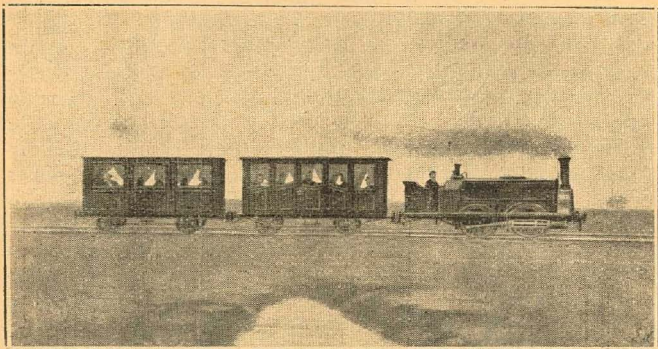
Esa es la obra de Wheelwright. Si no la completó fué porque las dificultades de la época le impidieron realizarla en su verdadera amplitud.

Laurita. — Una niña de mi grado me aseguró que el ferrocarril de Wheelwright no había sido el primero en la Argentina.

El abuelo. — Es cierto: el ferrocarril del Oeste, construido por una empresa particular, titulado entonces: *Ca-*

(1) Alberdi.

mino de hierro de Buenos Aires al Oeste, inaugurado el 29 de Agosto de 1857. Partía de la plaza del Parque y llegaba hasta Floresta con un recorrido de veinticuatro mil varas.



Primer ferrocarril que corrió en territorio argentino

Felipe. — ¡Qué corto recorrido!

El abuelo. — Piensa en que época ocurría esto: no solamente hubo que luchar con las dificultades de la construcción, sino con otros mil inconvenientes. Hasta los vecinos protestaban, creyendo que con el paso de la locomotiva se derrumbarían los edificios.

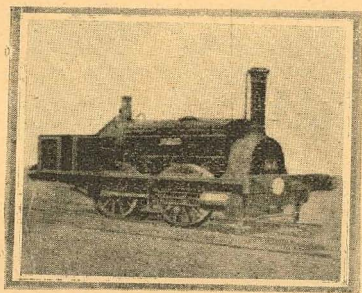
El doctor Dalmacio Vélez Sársfield fué el primero que viajó en este ferrocarril, en uno de los viajes de prueba antes de librarlo al servicio público.

Laurita. — Yo he visto en el Museo de La Plata la locomotora que se trajo para ese tren. Se llamaba *La Porteña*.

Felipe. — ¿Qué recorrido tiene ahora esa línea?

El padre. — Próximamente mil seis cientos kilómetros y cada día se extiende más.

«El ferrocarril vino a substituir a las antiguas carreteras que atravesaban la Pampa solitaria, animándola «por momentos con los chirridos agudos de sus ruedas



La Porteña

«y con todos los ruidos de sus engranajes reseco. Los «pobres troperos escapaban a veces milagrosamente de «los avances de los indios y defendían, hasta morir, «los productos de nuestro fértil suelo, la ganadería y «la agricultura».

Felipe. — Entonces será necesario construir muchos ferrocarriles para que todas las poblaciones se comuniquen y cambien sus productos.

El abuelo. — El ferrocarril es la vida de los pueblos. Ya lo dijo con elocuencia Sarmiento:

« Los ferrocarriles tienen que atravesar los centenares de leguas que separan las poblaciones para inyectarles nueva sangre y servir de arterias, para que éstas animen y vivifiquen el cuerpo social. »

Felipe. — Es muy cierto. Pero las poblaciones deben también estar preparadas para recibirlo. Por eso es necesario recordar el pensamiento del vidente estadista que recordaba abuelito: *si queréis cargas para los ferrocarriles, enseñad a leer a vuestros hijos.*





BUENAS NOTICIAS



Dorita. — ¡Buenas noticias! ¡Buenas noticias!

Felipe. — ¿De qué se trata?

Dorita. — ¡Adivina!

Laurita. — ¿Son caramelos?

Dorita. — Es algo que viene de lejos, ha viajado en tren atravesando de un extremo al otro la Patria, como nuestros primitos.

Felipe. — Es una carta, Dámela pronto.

Dorita. — ¡Alto ahí, señor! (*Levanta la manita con una carta*). Usted recibirá la carta si me da la estampilla para mi amiga Alisia.

Felipe. — No me hagas esperar. Te daré la estampilla. (*Alargando la mano*). ¡Vamos, sé buena, entrégame la carta! (*Se la da*). Tenía tantos deseos de recibir noticias de los primitos... (*La abre*). Es de Marcos, para mí. ¡Qué alegría tan grande! ¡Escuchen!

Queridísimo primo: Me parece un sueño el recuerdo del tiempo que hemos pasado juntos: así me lo repito a cada instante. Papá sonríe y dice: puede ser que les dé una sorpresa muy agradable. ¿Cuál será?

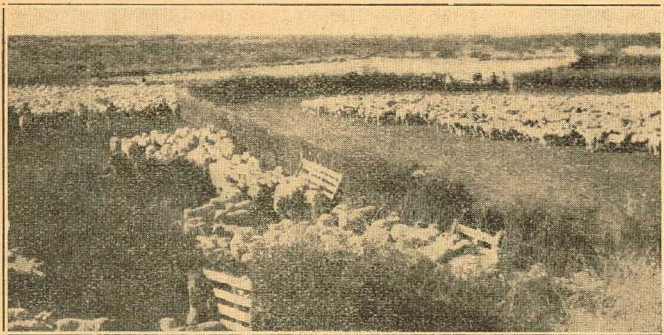
Poco puedo referirte de la noche del viaje. Lloramos como desesperados. Clotilde no quiso ni un caramelo y recordaba, en medio de sollozos, las comiditas, juegos y paseos tan gratos de Buenos Aires.

Nos dormimos en seguida y al amanecer ya estábamos despiertos. Terminado el desayuno, nos sentamos

frente a la ventanilla con nuestro libro de cuentos; pero era tan interesante todo lo que veíamos en el campo, que dejemos la lectura para conversar con papá.

Ya habíamos pasado por la ciudad del Rosario a las cinco de la mañana, cuando aún dormíamos, pero papá nos prometió que la visitaríamos en otra ocasión.

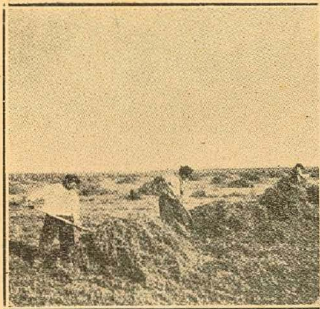
Y comenzaron a desfilan los campos llenos de hacienda, majadas espléndidas y numerosas, rodeos de



hacienda vacuna, villas pequeñas, estaciones silenciosas.....

Papá nos dijo que la Nación Argentina que posee actualmente tantos millones de cabezas de ganado vacuno, caballar y lanar, no tenía ganados cuando vinieron los primeros conquistadores, que solamente trajeron caballos y perros.

Los hermanos Goes llevaron a la Asunción los primeros ejemplares de ganado vacuno e Irala hizo traer de Cuzco las primeras ovejas y cabras.



El tren seguía con rapidez atravesando campos sembrados de trigo: hablamos de los inmigrantes que vienen a la Argentina y establecen colonias para dedicarse al cultivo de la tierra. Papá nos indicaba los diferentes sembrados de trigo, lino, maíz, cebada, maíz y otros que no recuerdo.

También nos prometió un paseo, por las colonias de Santa Fé, la provincia más

agrícola de todas las argentinas.

A las once de la mañana pasamos el Río Segundo. ¿Recuerdas tú que lo estudiamos juntos en la escuela?

Por fin llegamos a la Estación del Central Córdoba, que presentaba un aspecto semejante a la del Retiro, por la concurrencia y el ruido ensordecedor. A primera vista, es pintoresca esta vetusta ciudad, con los pueblitos que la circundan, sus paseos y sus montañas cercanas.

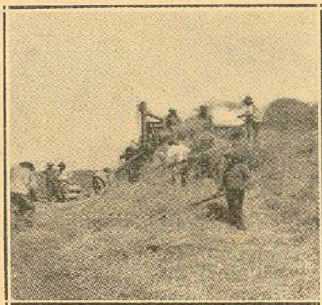
Te envió dos vistas tomadas antes de entrar a la ciudad, cuya población, nos lo aseguró papá, pasa de cien mil habitantes.

Llegamos al Hotel San Martín, desde donde te escribo estas líneas.

Visitaremos en seguida la ciudad y mañana o pasado, si los asuntos de papá lo permiten, seguiremos viaje.

Clotilde escribirá esta noche. Papá y ella envían sus más cariñosos recuerdos y yo te abrazo muy fuerte desde el corazón mismo de la Patria.

Marcos.



CÓRDOBA



Monumento de Vélez Sársfield

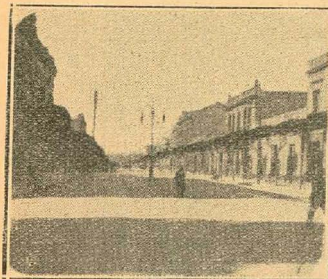
Querida Laurita:

Te envío algunas fotografías que te darán una idea bastante aproximada de las bellezas de esta ciudad.

Guardo una impresión imborrable del paseo Sobremonte, que se inauguró en 1806 y que lleva el nombre de uno de los últimos virreyes; en su centro tiene un hermoso lago rodeado de corpulentos álamos y resguar-

dado por una reja de hierro con seis puertas de entrada.

Hemos visitado la Catedral y otras iglesias; nos aseguró papá que este gran número de templos atestigua los sentimientos religiosos de los cordobeses.



Estuvimos también en la Avenida General Paz, en uno de cuyos extremos está la estatua de este valiente militar argentino y en el otro la del doctor Dalmacio Vélez Sársfield. No recuerdo con claridad todo lo que nos refirió de este prócer; pero sí que nos habló de códigos y de grandes discursos parlamentarios en

asambleas memorables.

La Universidad es muy antigua; es ese edificio que se vé al fondo de la fotografía. Allí vimos la estatua de Fray Fernando de Trejo y Sanabria, su fundador.

¿Recuerdas al escritor Rivera Indarte, que tanto se distinguió por sus artículos y folletos contra Rosas? Era cordobés y hay aquí un teatro que lleva su nombre. También nacieron en Córdoba el poeta Ascasubí, el Dean Funes, el Presidente Derqui y otros ilustres argentinos cuyas siluetas te enviaré en cuanto arregle mis apuntes.

He dejado a propósito para el final, el gran paseo de Córdoba con su hermoso lago Belgrano.

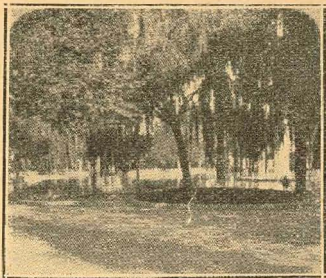
Es más pequeño que Palermo, pero tiene más encanto y alegría que todo lo que he visto. Hay bote-citos y cisnes en el lago, grutas, enramadas, follaje espeso, árboles inmensos y cuadros de verdura que dan deseos de dormirse en ellos.

Sobre este Río Primero, que atraviesa la ciudad, está el dique San Roque, obra monumental del ingeniero Casafoush. El dique defiende a la ciudad del río y la provee de agua. Este ingeniero de mucho talento y gran corazón, tuvo verdaderas dificultades para hacer triunfar esta obra colosal. Te la describiré en otra carta, después de la próxima visita que hagamos allí.

Ahora, termino preguntándote si me extrañas mucho. ¿Goza de perfecta salud mi gatita? ¿Estrenaste ya el vestido azul?

Ya es la hora de cerrar esta carta. ¡Adiós! ¡Adiós! Cariñosos recuerdos para todos de

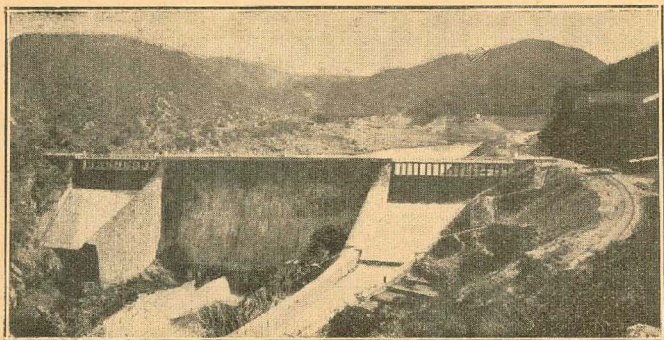
Titu.



Paseo Sobremonte



DIQUE DE SAN ROQUE



Dique de San Roque

Mi querido primo:

Ayer visitamos el dique San Roque. ¡Qué obra tan prodigiosa! Desde que el tren se puso en marcha, saliendo de Alta Córdoba y mientras contemplábamos la montaña y el río que seguían paralelos, dejando la vía en el medio, hablamos sobre Córdoba y sobre su orografía y su hidrografía tan variada como interesante. Por una feliz disposición de la naturaleza, los ríos aquí corren entre quebradas y valles espléndidos.

Desde hace poco tiempo, se han comenzado a utilizar estas corrientes como fuerza motriz, por empresas importantes, tales como la de *Luz y Fuerza* de la casa Bamba y las fábricas de carburo de calcio.

Este Río Primero es tormentoso e irregular y sus inundaciones han puesto más de una vez en peligro la capital cordobesa. Como obra de defensa y de riego, se construyó el dique San Roque.

Es una obra digna de admiración, mi querido primo: sobrepasa a cuanto pudiera forjar la imaginación. Fíjate que el murallón construído en el valle de San Roque, cerrando las dos secciones de la sierra, tiene un espesor de cincuenta y un metros en la base, veintinueve al nivel del agua y cinco en su parte más elevada. Su longitud es de treinta metros en su parte inferior y de ciento treinta y cinco en su extremidad superior. El murallón se apoya en las rocas de ambas orillas y detiene el curso del río, transformando el valle de San Roque en un hermoso lago.

Imagínate la resistencia de esta construcción y la fuerza que debe tener este dique para soportar el peso de esa enorme masa de agua. Y los años pasan sin que la previsión inteligente y la labor que este trabajo representa, hayan sido vencidos por la fuerza formidable de las aguas.

Con nosotros iba un ingeniero cuyo nombre no recuerdo y que nos dió interesantes datos al respecto, pues había sido compañero de Casafoush en la construcción del dique. Esta construcción, nos dijo, representa, en conjunto, un total de 260 millones de metros

cúbicos de agua, lo que representa un inmenso beneficio para las regiones cercanas. El dique distribuidor, Mal Paso, que es de un efecto sorprendente con su cabellera de luz que el sol descompone en mil colores, con los dos diques iguales de irrigación, completan la obra magna, realizada con inmenso sacrificio.

Mide el canal del Norte veinticinco kilometros y tiene once acueductos; el del Sur es de treinta y siete kilometros con veinte acueductos.

Cincuenta mil hectáreas de tierras, antes estériles, se han convertido en fértiles cultivos, en hermosas quintas llenas de árboles y en extensos prados, merced al benéfico riego que el dique les proporciona.

Nos admiramos al escuchar tales datos y preguntamos cuánto había costado esta obra tan importante. El ingeniero nos contestó: este dique es superior a los más grandes de los Estados Unidos y al renombrado dique de Habra, en Argelia. Y sin embargo, su costo fué escaso en relación al de aquéllos, pues apenas si llegó a cuatro millones de pesos.

¡Qué gloria para un argentino el dotar a su país de semejante obra, agregó yo!

El ingeniero sonrió tristemente y contestó: si la ganancia para el director y los que en ella intervinieron no compensó los esfuerzos materiales, la gloria fué más mezquina aún. Casafoush sufrió el destino de todos los talentos verdaderamente geniales: persecuciones, envidias, recriminaciones y hasta una prisión larga e injusta. Esa fué su compensación entonces. Hoy, después que las más altas personalidades argentinas han con-

sagrado la obra con su juicio definitivo; después que el tiempo, juez imparcial e incorruptible, que da sus fallos con inexorable verdad, ha demostrado que nada es capaz de derribar el murallón que detiene las aguas; hoy, sí, empieza la gloria a acariciar el recuerdo de aquel genial ingeniero, que ideó esta obra monumental.

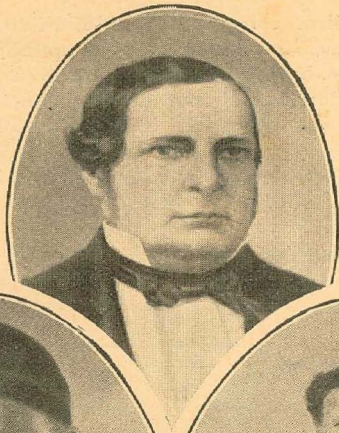
Mañana seguiremos a Catamarca y desde allí te escribiré nuevamente.

Mil cariños para todos.

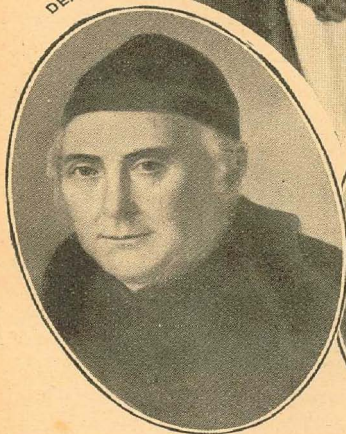
Marcos.



PRESIDENTE DERQUI



DEÁN FÚNES



POETA ASCASUBI



¿Conocéis algún pensamiento, un trabajo literario, podéis dar alguna noticia de estos ilustres cordobeses?



EN VIAJE A



CATAMARCA

Mi querida abuelita:

Vamos camino de Catamarca, lo que resulta algo triste después de haber permanecido tanto tiempo en Buenos Aires con sus mil ruidos ensordecedores y su enorme tráfico y después de haber pasado un mes en Montevideo, la bellísima capital uruguaya con sus mirajes pintorescos y su magnífico puerto. Sí, resulta triste y desolado este pedazo de suelo argentino comprendido entre Córdoba, Santiago del Estero y Catamarca. Tiene, sin embargo, una belleza desconocida para las gentes del litoral, la gran salina.

No te puedo expresar, abuelita, la sorpresa que tuvimos al ver de súbito aquel mar inmenso. Por momentos nos creíamos con el alma de Balboa, descubridores de un inmenso mar que traería la vida y la riqueza a estas regiones; y hasta nos imaginábamos los imponentes acorazados, los grandes vapores repletos de pasajeros y mercaderías, navegando en este nuevo mediterráneo.

¡Qué fantasía! A nuestros gritos vino papá y nos explicó que todo aquello era la cuenca de la gran salina, cuyos reflejos herían nuestros ojos y cuya gran extensión, siempre igual, nos daba la ilusión de aquel mar tan necesario para estas regiones.

Nos explicó papá el hermoso proyecto que existe para abrir un gran canal hasta Córdoba y Santiago, que fuera a manera de un Paraná interior, la zona de un enorme comercio de cabotaje. Este proyecto, que aun está lejos de realizarse, pertenece también a un ingeniero argentino, Huergo.

Pero la salina resultaba imponente también con sus azulados y brillantes reflejos y con la blancura inmensa de su gran extensión.

Marcos, que siempre está haciendo generalizaciones, me decía: ya ves bien la riqueza de la República Argentina, Clotilde, con el oro, la plata y el petróleo, tenemos también la sal. Y sin hablar de otras substancias, basta recordar los trigales de Santa Fe y Entre Ríos; los cultivos de Buenos Aires y de todo el litoral; la caña de azúcar de Tucumán y Salta, los viñedos de Mendoza, San Juan y la Rioja, las mil riquezas de los territorios del Sur y otras que no conozco, para admirar nuestra tierra tan heroicamente conquistada.

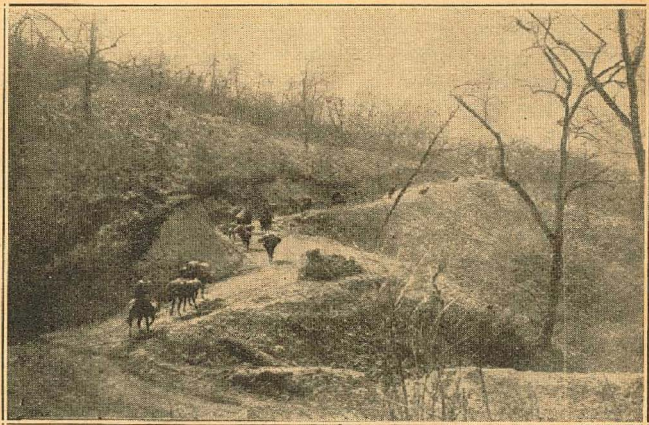
Mañana llegaremos a Catamarca, cuna del padre Esquiú, el gran orador sagrado que consagró desde la cátedra la Constitución Nacional en el célebre sermón que leímos entusiasmados en clase.

Hasta pronto, te besa tu nietito.

Virgilio.



LA CUESTA DEL TOTORAL



Un pintoresco viaje, a través de la cuesta del Totoral, partiendo desde Catamarca para llegar a Tucumán, era un proyecto acariciado hacía mucho tiempo.

Así, al oír: mañana a las seis es la partida en un carruaje de cuatro caballos y con el menor equipaje posible, no dábamos crédito a nuestros oídos; gritos de júbilo, saltos de alegría fué la acogida de los pequeños para tan fausta noticia.

Al siguiente día, en una espléndida mañana de Diciembre, todos nos levantamos al amanecer.

Tomando la vía del tranvía que une a Catamarca con la Chacarita, Villa Dolores y Piedra Blanca, seguimos camino de los valles del Portezuelo.

La alegría llenaba los corazones de todos y el viaje contribuía a aumentarla. Los vendedores catamarqueños que venían con su mercancía desde Las Chacras, cargando canastos de frutas y de legumbres, pollos y huevos en sus apacibles burritos; sus gritos y canciones regionales, los tropiezos del camino, los carros y los cuadros pintorescos de la vida rural, todo el encanto del alma campesina emanaba del ambiente llenando de júbilo a los viajeros.

Dejamos atrás Piedra Blanca; ya no teníamos a la vista los rieles del tranvía. Ahora hasta la Isla de Rodríguez, como decía el cochero, un rubio diestro y forzado, que nos divirtió durante todo el viaje con su constante buen humor.

A las nueve de la mañana llegábamos a la Isla, después de haber trepado una buena altura, por entre rocas peladas, rojizas y graníticas, de triste aspecto.

Sin embargo, la melancolía de los lugares no nos impresionó mayormente, sino los curiosos viajeros que en grupos multiformes nos salían al paso. Eran los peregrinos de las regiones más apartadas de Catamarca y Tucumán, que acudían a rendir culto a la Virgen del Valle, imagen tradicional del interior del país.

Parecían bandadas de extraños pájaros que descendían de la montaña volando por el aire tules, trapos y

toallas, bajo los inmensos sombreros protectores. Cabalgaban en mulas y caballos, hombres y mujeres, niños y familias enteras. Dos veces por año se repite la curiosa peregrinación por valles y quebradas, desafiando la lluvia y el sol abrasador, marchando muchas veces a pie. Sus pintorescos atavíos nos distraían de las horas muertas que pasaban mientras el carruaje seguía ascendiendo, cuesta tras cuesta.

El arroyo Paclín hace una curva profunda, dejando en el centro una verdadera isla. Allí descansamos hasta la hora de almorzar. El paisaje era delicioso. Una ligera lluvia de la noche anterior todo lo había refrescado; verdes estaban las faldas y más agradable el ambiente. Los gritos de los animales del corral, desconocidos de los pequeños, que nunca vieron guineas, chuñas, ni martinetas; el jardín de cada casa, los álamos frondosos de la orilla del río, eran otros tantos motivos de regocijo para los viajeros.

Tranquilamente, sin agitaciones, pues no llevábamos horario fijo, almorzamos y partimos a trote largo de nuestra primera estación, camino de Amadores, donde debíamos pernoctar.

Poco a poco el camino se iba estrechando a medida que nos aproximábamos a la cuesta. Al caer la tarde, mirando el crepúsculo de la montaña de rayos oblicuos y solemne majestad, llegamos al pueblito indicado.

Todo era nuevo para nosotros: las altas cumbres que divisábamos cercanas, la vegetación opulenta, el sol rojizo que se escondía de improviso entre peñas abruptas y lomas escarpadas.

En Amadores nos fué dado presenciar una *carneada* y la fabricación de chorizos y morcillas comenzadas en el día anterior, así como la de una buena cantidad de jabón que hervía en grandes ollas de tres patas.

Con Horacio, Virgilio y Clotilde, todo lo inquiríamos y a ello se prestaban las buenas y laboriosas gentes de este pueblito de serranías.

Aunque nadie quisiera partir al día siguiente, menester fué dejar estos lugares que tanto encanto nos producían. Al otro lado de la cuesta nos esperaban seres queridos y al amanecer salimos a galope por el valle.

Allá lejos divisamos la Merced, la última población que se levanta al pie de la sierra, antes de comenzar la ascensión a la cuesta del Totoral.

Muy pronto, aumentando las perspectivas comenzamos a subir. De un lado la mole enorme cortada a pico para ensanchar el camino, en el que caben dos carruajes a la par; del otro lado el precipicio.

Este camino antiquísimo construido por los jesuitas según unos y senda ya muy conocida en la guerra de los calchaquies, según otros, fué definitivamente abierto bajo la presidencia de Sarmiento, para poner en comunicación las dos provincias vecinas.

Caminábamos en caracol a veces, en curvas profundas otras, subiendo después, ensanchando cada vez más el horizonte y admirando las magnificencias de aspecto indescriptible. Ya en plena cumbre, sobre el puente, descendimos del carruaje. Era imposible seguir adelante sin admirar aquella naturaleza soberana, donde se recita sin querer el verso de Andrade: «Cuán grande es

la Patria, mirada desde el soberbio pedestal y cómo el hombre siente amarla intensamente en aquellas soledades y cual si fuera más libre en la altura, respira a pleno pulmón y desea volar a las cumbres nevadas que parecen estar a un paso de distancia.»

Hablamos aquí de San Martín y del paso de los Andes. Clotilde, atravesando cuestras, quiere llegar a Chile y los más pequeños gritan hasta desgañitarse, para sentir el eco lejano de la cumbre.

Luego nos invadía un profundo recogimiento, ante la pequeñez de nuestras fuerzas y las imponentes energías creadoras de esas moles inmensas.....

El aire de la montaña nos había dado apetito. Al divisar desde lo alto el ganado que pacía en las laderas, confundido por las breñas, pensamos en el rancho y en el churrasco que nos esperaba. Allá vamos entre los comentarios del viaje, la admiración barullenta de los chicos y los escondites de las lomas y de los arbustos que nos ocultan y nos muestran el pedazo de cielo tucumano que vemos del otro lado.

Ahora divisamos La Viña, como una palomita blanca encajonada en un valle, último poblado netamente catamarqueño que pasamos a trote extendido y largo.

Se baja la cuesta bien rápidamente. Así se desciende en la vida, no obstante lo penoso de la subida. Después de la última cuesta escarpada están el Durazno, posta de descanso y el río San Francisco o de Huacra, límite divisorio de las dos provincias. El lecho del río es pedregoso, el agua es cristalina y agradable al paladar. Lo vadeamos de un salto y ¡adiós Catamarca!

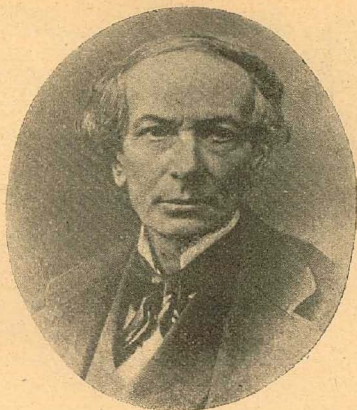
Casi en el llano, pisando suelo tucumano, recordábamos a Alberdi: por donde quiera que se penetre a esta provincia, el viajero sabe cuándo ha pisado su suelo; lo dicen sus verdes campiñas y sus laderas exuberantes de vegetación.

Hacia atrás quedaron Rumi Punco, Bajastiné, Esperanza y la Posta, estancias pobladas de fundación colonial. Por fin llegamos a la Cocha, enfrentando con el Aconquija, donde nos esperaba la casita blanca de la falda y los cariños de la tía Agustina, que allí vive.....

De noche, rendido por el cansancio y por el sueño, desfilaban las serranías, los montes verdes, las cumbres heladas y los labios se cerraron murmurando: Patria, Patria.....

Marcos.





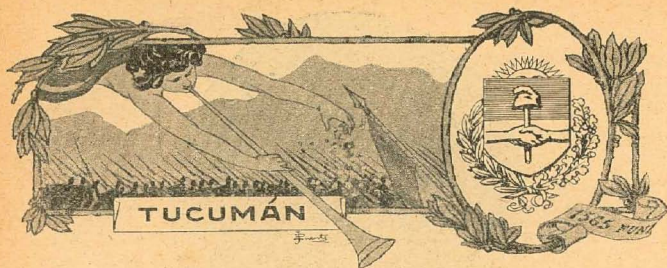
D. JUAN BAUTISTA ALBERDI

..... La intrucción sin educación, es como el *trabajo* sin *economía*. Si el *trabajo* es una virtud moral, el *ahorro* es otra virtud que sirve de ángel protector al trabajo.

Esperar a que una joven esté educada para darle reglas de educación, es como dar un molde para cortar un vestido nuevo, después que el vestido está hecho según la moda antigua.

Es a las madres, no a las hijas, a quienes deben ser dirigidos los avisos sobre la educación de las mujeres.

Alberdi.



Queridísima prima:

Ya estamos en Tucumán contentísimas de visitar a abuelita que lloraba de alegría al abrazarnos. Es una espléndida ciudad Tucumán. La naturaleza ha sido pródiga en dones para con ella: al frente el Aconquija siempre verde; un cielo azul, intensamente azul; una vegetación que abrumba, por lo exhuberante y variada.

La belleza de sus paisajes va unida a los recuerdos históricos. La mole formidable de la montaña, parece una barrera inaccesible; pero a poco andar por la vía férrea, llegamos a su falda, viendo sus tortuosos caminos, sus valles cultivados y sus poblados esparcidos por toda la extensión de su suelo. Allá en la cumbre, Villa Nogués con sus casitas blancas como bandadas de aves diseminadas sin orden, irradiando su brillante luz, ya sea que el sol la hiera con sus rayos o ya que los focos eléctricos denuncien en las noches estrelladas el avance de la industria y de la civilización.

Nada más pintoresco que este hermoso camino donde el horizonte se dilata abriendo mirajes seductores

a los ojos del turista. Las plantaciones de caña de azúcar que suben hasta las laderas altísimas, pues por aquí parece que no se pierde ni un pedacito de tierra; los tomatales y los campos de mandarinas, completan el cuadro de esta laboriosa y pequeña provincia de Tucumán.

En cuanto a sus recuerdos gloriosos, piensa que existe aquí la reliquia más grande de la Patria, la casa donde se juró la Independencia Nacional. «Recuerda también que aquí nacieron Alberdi, el gran publicista, autor de las *Bases*; los presidentes Avellaneda y Roca; el General La Madrid; el brillante escritor Monteagudo; el Presbítero Colombres, que firmó el acta de la Independencia y cultivó los primeros cañaverales; el pintor Bas, conocido por sus miniaturas; Millán, heroico patriota que figuró en los Ejércitos de la Patria; Molina, uno de sus buenos y escasos versificadores; Muñecas, patriota ferviente, como su hermano el cura y guerrillero boliviano; Marco Avellaneda, el mártir de la tiranía, cuya cabeza expuesta en la plaza pública, fué robada una noche con piadoso civismo por la matrona tucumana Doña Fortunata García».

En fin, Laurita, no terminaría hoy mi carta, si evocara detalladamente todos los recuerdos históricos de esta fecunda tierra. No en vano se llamó Tucumán, (*tucu*, luciérnaga, *mán*, país), como si dijéramos el país de la luz, según explica un historiador.

Sígueme con el pensamiento hasta la Avenida Mate de Luna, de más de tres leguas de largo, con doble camino y tres filas de frondosos árboles criollos. Verás a ambos lados jardines, chalets, el jardín zoológico, el

parque municipal, etc., hasta llegar a la Yerba Buena en la falda misma del Aconquija. Allí, entre esos bosques de naranjos, Alberdi paseaba y estudiaba en sus vacaciones. Esta Avenida corta el secular camino del Perú, por donde pasaban las tropas a Bolivia y cruzaban las mercaderías que debían pagar en Jujuy, Salta y Córdoba, el duro derecho de aduana y de tránsito.



Volvamos al centro de la ciudad, a su hermosa plaza Independencia, que conserva sus bellísimas naranjales que saturan el aire de azahar. En el centro, se levanta el monumento a *La Libertad*, obra de la escultura tucumana, *Lolamora*, que ha hecho también la fuente del Paseo 9 de Julio, en la Capital. Encuentro un placer indecible al contemplar otra obra de esta mujer laboriosa: la estatua de Alberdi, en la plaza de su nom-

bre. Es la imagen del pensador, como lo muestra su cabeza soberana. Tiene cuatro angelitos tan hermosos y con tal expresión de vida en sus ojos, que no podíamos dejar de contemplarlos.

Al otro lado está la Plaza Urquiza, con bosques y lagos en su centro y al frente el espléndido teatro, el colegio nacional, el palacio episcopal, y la penitenciaría. Por la Avenida Sarmiento, amplia y hermosa, con pavimento de madera y edificación modernísima, hacia el poniente el Parque Centenario formado por bosques naturales; todo el conjunto modernizado, tranvía eléctrico, luz eléctrica, aguas corrientes y obras sanitarias; las escuelas, muy hermosas y la Universidad de reciente creación y en la que, según me dicen, no se reciben doctores como en la de Buenos Aires, sino agrónomos, químicos y farmacéuticos: en una palabra, Laurita, como decía Belgrano, esta ciudad merece ser cuna de la libertad y sepulcro de la tiranía, pues si conserva la Casa Histórica donde se reunió el Congreso en 1816, se puede ver también el Campo de la Ciudadela, donde quedó sepultado el poder español en la batalla del 24 de Septiembre de 1812. Ahora podríamos agregar que es el gran emporio de riqueza del norte y la ciudad de invierno para la gente friolenta de Buenos Aires.

Muchos cariños te envío, pues aquí interrumpo lo que no es fácil terminar cuando se comienza a describir este hermoso pedazo de la Patria.

Tita.



(Crónica postal)

Mi querida Clotilde:

La fiesta de las Escuelas del Consejo Escolar 3º, realizada ayer, conmemorando el aniversario de nuestra independencia, resultó muy hermosa.

Te envío a continuación el discurso de nuestra directora que me lo cedió para que te lo copiara en mi carta. Próximamente irán detalles y un lindo número literario, *La República* y la *Inmigración*. Te envié los diarios que hablan de la fiesta.

He aquí los párrafos principales del discurso que yo me lo sé de memoria ya:

«Señores:

Podrán la indiferencia pública y el indiferentismo que todo lo absorbe y lo transforma, hacer que el pueblo olvide sus glorias; pero no impedirá que la Escuela Argentina, velando por el pasado de nuestra noble historia, suprima de su labor ordinaria la fiesta de la Patria.

Niños con sangre de todas las razas, nobles sentimientos encarnados en todas las banderas y en todos los símbolos, himnos a la libertad que amaron y de-

fendieron todos los héroes de la historia, epopeyas de todos los oprimidos contra todos los opresores y maestros que enseñaron, la justicia y el bien social, no podrán faltar en este día, aquí donde la civilización ya que no es palabra vana, ha destrozado las zarzas del camino y ha encendido antorchas luminosas y guiadoras.

Porque el silabario tiene su historia, aquí donde la barbarie ensangrentó medio siglo de vida nacional; porque la Pampa, el Plata y el Andes, no son el escenario vulgar de una nación de ilotas y retrasados; porque hay energías invisibles que trabajan, mientras los obreros cooperan pacientemente en una obra inmensa; porque el porvenir llama con las fábricas, con los campos cubiertos de rubias mieses, con las universidades, con la grandeza moral de nuestros hombres públicos, con la fortaleza edificante de las madres; porque el porvenir apura, urge, exige, que seamos más cultos, más productores, más fraternales y más grandes; por eso, el pecho vibra, los niños cantan, los pensadores preludian nuestros destinos futuros, y algo nos dice que nuestros descendientes saludarán en dos generaciones más al pueblo más virtuoso y más activo de Sud América.

Nosotros estamos preparando la tierra para que la semilla fructifique.

Ved, niños de las Escuelas Públicas, cómo se os habla: se os dice que tenéis un destino que cumplir como pueblo y como misión histórica.

Se os dice que debéis conservar puras vuestras banderas; que debéis perfeccionar el espíritu en el estudio, alumbrando vuestra razón; que debéis volver al recuer-

do de las virtudes del viejo hogar de vuestros abuelos que no consiguieron apagar las luchas de nuestra democracia turbulenta; que debéis perfeccionar el ser moral, que, en último análisis, todo lo puede, si todo lo quiere; que debéis formar una conciencia individual, que no será sino la conciencia colectiva de nuestra patria; y que debéis subordinar todo, absolutamente todo, intereses, pasiones y hasta la vida misma, al principio de la verdad y al principio del honor, sin los cuales se pierde la razón misma de vivir.

Se os dice que respetéis a la mujer, que ayudéis al débil, que luchéis por vuestras convicciones, que seáis hombres, en una palabra, dignos de la República.

Se os dice, niñas, que imitéis a las matronas que vendían las joyas de inútil vanidad y vaciaban sus contadas economías, para equipar los ejércitos; que conservéis en el hogar el fuego santo de la humildad, de la virtud y de la veneración; que seáis mujeres, en una palabra, dignas de servir de providencia real a la generación en que vivís.

Esta fiesta realizada con el concurso de las escuelas del Consejo Escolar 3º, tiene un alto significado para nosotros: confortar a nuestros niños y recordar a los que vienen a honrarnos con su asistencia, que aún está fresco y vivo el recuerdo de nuestros antepasados, el de la Patria vieja «coronada su sien de laureles», y que, mientras el indiferentismo borra la huella de los sucesos pasados, la Escuela Argentina cumple su deber de perpetuar, de rehacer, de purificar, realizándola, esta Nación que imaginamos para el porvenir, que, en

verdad no puede ser edificada sino sobre las bases de granito propuestas por el Congreso de 1816.

Suspendamos, pues, nuestros corazones para evocar el pasado glorioso y reconfortar nuestros propósitos de vivir para nuestros niños que son la Patria de mañana».

Vuelve a leer esas palabras, mi querida Clotilde. Las siento más que las comprendo y me dan el deleite de las cosas que se saborean con unción y con respetuoso cariño. Con esta página copiada para que la recites muchas veces, nuestra directora, me dice te manda lo mejor de su alma.

Adios y hasta pronto, primita

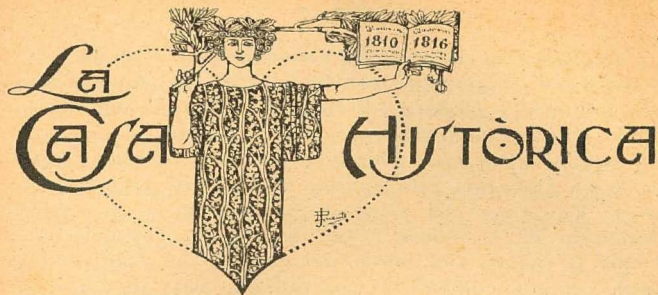
Laura.





D. BERNARDO MONTEAGUDO

La verdad como la virtud tienen en sí mismas su más incontestable apología; a fuerza de discutir las y ventilarlas aparecen en todo su esplendor y brillo.



Mi querida prima:

Continúo hoy con mi interesante paseo, del que tan instructivas enseñanzas he sacado; ¡Y cuántas emociones Laurita! Me sentía tan conmovida, que hubiera llorado en presencia de todos los visitantes, si no me hubiera contenido.

Sale uno pequeñita de estas visitas a los lugares, con tanto recuerdo histórico, como tiene esta ciudad de Tucumán.

Desde la calle Buenos Aires, donde vivimos, hasta la Iglesia Matriz, hay pocas cuadras. Nuestro paseo se inició a pié por las calles más animadas de la ciudad que tiene tanta vida y tanto tránsito como un barrio central de la Capital Federal.

Las joyerías, tiendas y jugueterías, adornan sus vidrieras con verdadero gusto artístico, atrayendo las miradas de los que pasan. Y los coches, carros y automóviles también nos interceptan el paso como en Buenos Aires.

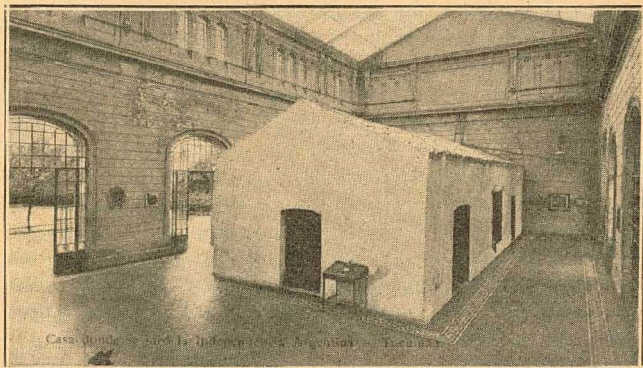
La Matriz no es el templo más bello y rico de Tucumán: San Francisco, que hace cruz con aquella, es más suntuoso y moderno, lo mismo que Santo Domingo, donde he escuchado las voces de un órgano magnífico. Sin tener las riquezas materiales de otros templos, conserva sin embargo, esta Iglesia Matriz, dos grandes tesoros: los restos del General *La Madrid*, y la *Cruz* fundadora de la ciudad. Con respetuosa emoción contemplé la tumba del héroe, recordando su valor indomable en mil combates y su humilde vida de trabajo en su peregrinación por el litoral, en Entre Ríos y especialmente en Paraná, donde vendía personalmente velas fabricadas por sus manos para vivir, conservando así su digna altivez antes de implorar la caridad pública, entre los hombres que lo habían visto pelear en Caseros.

De la Matriz a la Merced hay solamente una cuadra de distancia. Allí fuimos a conocer la imagen de María de las Mercedes, que tiene el bastón de marfil y mango de oro que Belgrano le regalara después de la batalla del 24 de septiembre de 1812. Y la imagen tan discutida en estos últimos tiempos conserva, como fiel guardiana, el bastón confiado a su custodia.

Guarda este templo otra reliquia histórica: las banderas tomadas a los españoles, en la victoria de Salta, ¡Cuánta lucha, cuánta hazaña inmortal, revivimos con la imaginación y el recuerdo al ver estos trofeos!

Pero aún nos faltaba para evocar enseñanzas y conmover más profundamente nuestros corazones, visitar la *Casa Histórica*, donde nuestros padres juraron la Independencia Nacional.

Desde luego, llama la atención su arquitectura exterior, imitación de la *Casa Rosada*, bella y elegante. Hay un jardín al frente y a ambos lados se destacan los altos relieves que tanta fama dieron a la escultora, Lolamora. El de la derecha es el «Grito de Mayo»: allí están los patriotas de la Plaza Victoria, resguardados bajo sus paraguas, el Cabildo y los miembros de la Primera Junta.



El de la izquierda, representa la Jura de la Independencia. Se destacan los valientes congresales de 1816 en actitud memorable. Son tan expresivos estos altos relieves, que parece emanar de ellos la vida misma.

Estábamos preparados, con verdadera unción cívica, para penetrar en la histórica y vieja casa. Porque allí está, como en un estuche, dentro del monumento moderno, el viejo rancho con sus paredes de adobe y su techo de tejas de canaleta. Parece que los años no han dejado su huella sobre aquellas reliquias sagradas, conservadas con veneración religiosa.

En sus paredes se cuelgan los retratos de los ilustres congresales: Laprida, Castro Barros, Anchorena, Medrano, Paez, Gazcón, Colombres, Bulnes etc. Allá el sillón del célebre Presidente, aquí el escritorio donde se firmó el acta memorable, las placas, los recuerdos de las peregrinaciones que llegan de toda la República.

Saliendo del salón, que resulta hoy pequeño para el crecido número de peregrinos que lo visita todos los años, hállase una elegante balconada, amplia y cómoda, desde donde se pronuncian las oraciones patrióticas, en las grandes solemnidades de Julio. Fuera de la sala, sobre una mesita especialmente colocada, está el álbum que encierra los pensamientos de los argentinos ilustres, de los extranjeros, de los visitantes todos, que rinden culto a sus dioses patrios.

En aquel humilde recinto se labró el acta inmortal de nuestra Independencia, en momentos de dura prueba para los patriotas. Parecíame que aquellos retratos se animaban, que el recinto se poblaba de voces, que aquel fraile ilustre y vidente, natural de San Juan, Fray Justo de Santa María de Oro, de rudo temple, arengaba a

los vivos todavía; y el Presidente Laprida, con su mesura; Castro Barros, con su elocuencia, y todos los otros ilustres congresales, nos asombraban aún, con los rasgos viriles de su voluntad heroica. Y salimos, dominando nuestra emoción.....

La Casa de Gobierno, de arquitectura moderna, está construída sobre una gran armazón de hierro con un frente muy semejante al que da al Paseo de Julio de la Casa Rosada.

Desde este edificio hicimos en carruaje, por la calle 24 de Septiembre, el mismo recorrido que hace todos los años en ese día la procesión cívico-religiosa hasta la Plaza Belgrano, frente a la Ciudadela, llevando la imagen de la Virgen hasta el Campo de las Carreras, como se le llamaba entonces.

El célebre pacará donde descansó Belgrano después de la batalla, ya no existe. Hay en su lugar una gran casa de comercio.

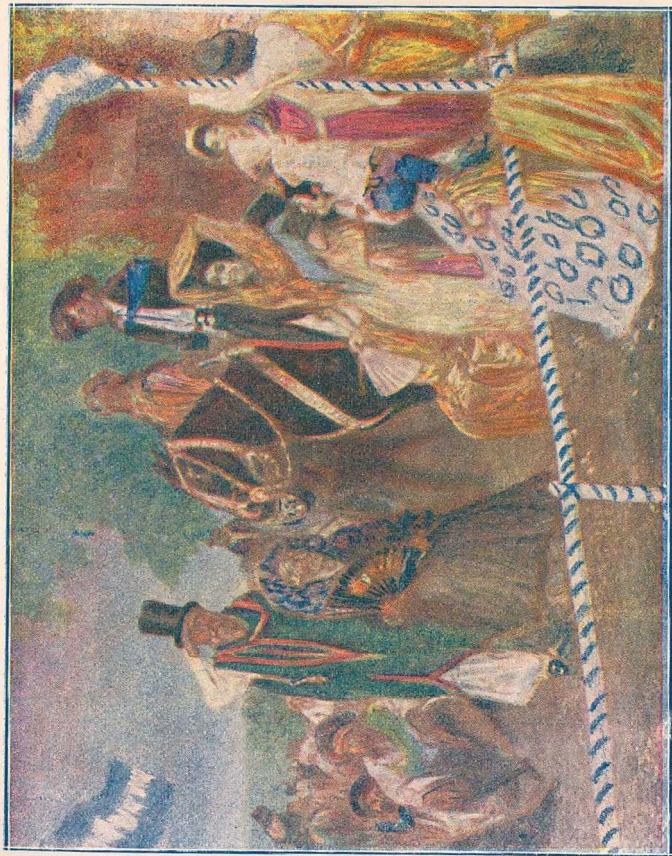
En la plaza Belgrano está la estatua del héroe y la columna conmemorativa de su brillante triunfo. Cerca de ella, han colocado últimamente otra los *boy scouts* (muchachos exploradores). Y muy cerca, el antiguo convento de las Esclavas, que aún conserva la sala donde Belgrano descansó y vivió, y sus muebles antiquísimos. Las buenas monjas veneran su recuerdo.

¡Y cuánta verdura, follaje y flores hay en profusión por todos lados en esta ciudad! Ya ves, Laurita, cómo he revivido con esta visita al través de los re-

cuerdos históricos que guarda esta industriosa y bella ciudad. Quisiera estar contigo para deleitarme con tu compañía viendo todo lo que he visto en este día. Pero como esto es imposible, tendrás que soportar esta larga y pesada carta de tu prima que tanto te quiere.

Clotilde.





Carreras de sortijas en días patrios



República Argentina e Inmigración ⁽¹⁾

(La Argentina, Libertad, Agricultura, Industria, Comercio, Educación, Inmigración)

La Argentina (en actitud meditativa). ¿Qué debo hacer para mejorar mi suerte? ¿Cómo avanzar en alas del progreso, para llevar a mis hijos hasta la cumbre del bienestar, de la paz y de la felicidad? ¿A quién llamaré en mi auxilio?

La Libertad. Destrocé los hierros de la tiranía y rodó a mis pies la esclavitud. Mi genio vaga errante por todas las edades, redimiendo al cautivo y destruyendo los odiosos privilegios y los tronos carcomidos. Airada, levanté mi testa coronada de laureles en Platea y Salamina, y, generosa, derramé a raudales la igualdad civil y política y los derechos individuales desde la histórica Bastilla hasta las llanuras del Potomac.

Arranqué a esta América de la garra obscura del coloniaje y los héroes del continente me proclamaron vencedora en los campos de Tucumán, Chacabuco y Ayacucho.

Legislo en la paz e incendio las guerras santas de la

(1) Imitación del cuadro publicado en una revista francesa.

justicia, contra los odios de la tiranía y el despotismo de los tiranos.

Sin mí, falta a los pueblos el aliento de la vida, porque soy aire, calor y luz en la historia.

Combato el pasado con todos sus errores y preocupaciones, dirigiendo mi brújula, rumbo al porvenir, camino de los grandes destinos de esta tierra.

¡Yo soy la Libertad!

¿A mí me buscas?

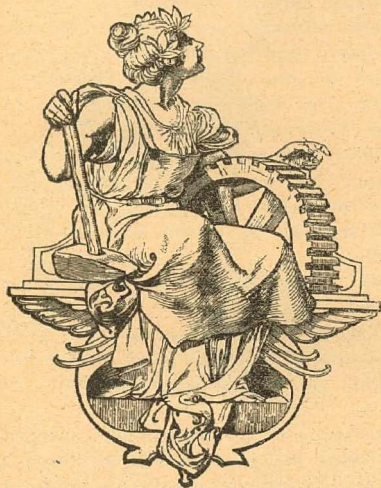
La Argentina. — Sí, eres grande y bella, noble y fuerte; sin tí no hay felicidad posible para mí; pero no me bastas. Yo anhele algo más.

La Agricultura. — Yo soy la Agricultura, que amanta y crea con las riquezas las virtudes republicanas. Entregué a Cincinato mi arado y a Wáshington mi civismo y mi lejano imperio oriental aún bendice religiosamente la hierba que nace de mi surco.

« Yo tejo al verano su guirnalda
« De granadas espigas; yo la uva
« Doy a la hirviente cuba;
« No de purpúreo fruto, o roja o gualda
« A tus florestas bellas
« Falta matiz alguno; y bebe en ellas
« Aromas mil el viento;
« Y greyes van sin cuento
« Paciando tu verdura, desde el llano
« Que tiene por lindero el horizonte,
« Hasta el erguido monte
« De inaccesible nieve siempre cano. »

Vos, que miráis el porvenir, patria de prosapia secular, no olvidéis que si habéis hecho el desmonte de la tiranía, aún falta a tu suerte el desgarramiento de tu tierra virgen.

Soy la Agricultura. Yo te haré rica y dichosa. ¿Es este el brazo que necesita la Patria?



La Argentina. —

Medio siglo hace que te llamo con los brazos abiertos, porque sé que tu soberanía es mi gloria. Avanza triunfante, que te espera la extensión desolada, la montaña de ignorada riqueza, la pampa silenciosa, inmensa.

La Industria (en traje de carácter). —

No te extrañe mi aspecto rudo, ni mis modales torpes. Lucha es mi vida, y mi ambiente está saturado con el aceite

de las máquinas y el carbón de las fábricas.

En los siglos que pasaron, destrocé, uno por uno, los resortes del feudalismo y emancipé los hombres y los pueblos; porque vivo donde vive la libertad y sigo

en mi camino la huella luminosa de la ciencia y las naciones me han coronado como reina, con súbditos, ejércitos y templos.

Yo levanto en alto la copa de la abundancia para derramar mis prolíficos dones: alimentos, vestidos, viabilidad, máquinas, ahorro de la fuerza, bienestar del obreiro, fortuna del propietario, riqueza nacional.

Contemplad mi belleza soberbiamente esculpida por el genio. No tiene la suave ondulación de una ondina, ni el irresistible encanto de una Venus de Milo; pero sus gracias bronceadas por el humo y el carbón, las tallaron Lavoisier, Papin, Gutemberg, Edison y Marconi; y mi alma, sencilla la engendraron los Palissy, los Mongolfier, y los Fulton. No temais ya la guerra, patria de la Libertad, que mi insignia es la paz, mi lábaro el trabajo y mi escudo secular, la acción edificante del pueblo y para el pueblo.

Yo soy la industria. — Por tu gloria ofrezco este brazo fuerte.

La Argentina. — Llega pronto y ocupa mis ciudes y mis campos; ahuyenta la anarquía y el ocio, mientras duermen mis pasadas glorias, tú velarás solícita mi porvenir.

El Comercio. — Yo suprimí las distancias, uniendo con brazos de hierro todos los pueblos de la tierra y arrojando al torrente circulatorio de productos, todo lo que los hombres producen para su bienestar. Mi historia, es la historia de la actividad humana. Mis defensores son los defensores de todas las instituciones y los defensores indirectos de la fé. Recordad a Marco

Polo, a Cosme de Médicis, al genovés Doria y sabed que éstos representaron la cristiandad en el lejano Oriente.



Sirvo al agricultor, dándole semillas e instrumentos, suministro al industrial la materia prima, que se transforma en el objeto útil al consumidor, que está al alcance de todas las manos y que proporciona lo superfluo y lo deleitable.

Sirvo al Estado con mi renta segura; traigo la abundancia a todos e invito a las naciones al festín del trabajo bienhechor.

Con la carga pesada del camino de hierro o del vapor, van las ideas; las ideas, que son las fuerzas propiciadoras del

progreso y la producción del artífice humano; la producción, que no es sino la libertad individual, puesta al servicio de los pueblos.

Soy el vehículo de la vida universal; y la economía de su organismo, es como la sangre de mi cuerpo gigantesco. Preguntar a Fenicia y a Cartago, a Venecia, a

Inglaterra y a Estados Unidos, lo que deben a mi brazo fuerte; preguntar si sus millones están acumulados con mis músculos y mis previsiones, y podréis decirme luego si hago falta a tu porvenir, República valiente de heroica historia.

Tómame y arrójame a tus ciudades y a tus campos sin vacilar si buscas la riqueza, si deseas afianzar la propiedad y quieres libertar a los individuos de la miseria y del delito.

Libre entrada tengo en tus ríos, que pasean triunfantes las riquezas privilegiadas de su suelo fértil; libre debe ser mi circulación incesante, desde la Quiaca hasta el Estrecho, desde la Mesopotamia hasta los Andes.

¡Soy el Comercio!

¿A mí me buscas?

La Argentina. — Sé lo que vales, adolescente viril de mi soberanía. Tuyo es el porvenir. Avanza, que aún debo anhelar horizontes más lejanos. Aún debo conquistar glorias más puras.

La Educación. — Encarno la redención de las modernas sociedades. Combato la tiniebla con la luz, la espada con la idea, la corrupción con el silabario.

En mis talleres se oye el martilleo de las almas y se funde el bronce de los genios. He dicho que no sólo de pan vive el hombre, sino también del espíritu, del verbo que transforma lo bestial en inteligente y que enciende en la materia la chispa divina del ideal.

He inspirado a Sócrates cuando dialogaba con las muchedumbres de Atenas; he vivido en Jesús cuando

evangelizaba en la Judea, hablé con Pericles, para contar después las grandezas de su siglo; y en días horribles para los pueblos y los individuos, he curado las heridas abiertas en las luchas, enseñando la cartilla y labrando, uno por uno, los elementos de la maquinaria humana, compleja y difícil, en la purísima alma de los niños.

Acompañé a Rivadavia, salvando su memoria en la historia patria; y Sarmiento, mi obrero predilecto, no vaciló en preveniros a vos y a la América entera, que se agotarían sus industrias, que se aniquilaría su comercio, que huiría fatalmente su agricultura y que se apagaría el sol de sus libertades, si vos, invicta señora, no fundábais escuelas y desparramábais, más que semillas, maestros y bibliotecas públicas.

Tengo pues, el derecho para preguntaros si *La Educación* es lo que buscáis para ser más grande.

La Argentina. — ¡Oh! Esta es la predilecta y la mimada de mi historia, la que va a salvar sus pecados seculares, la que **va** a amasar el porvenir.

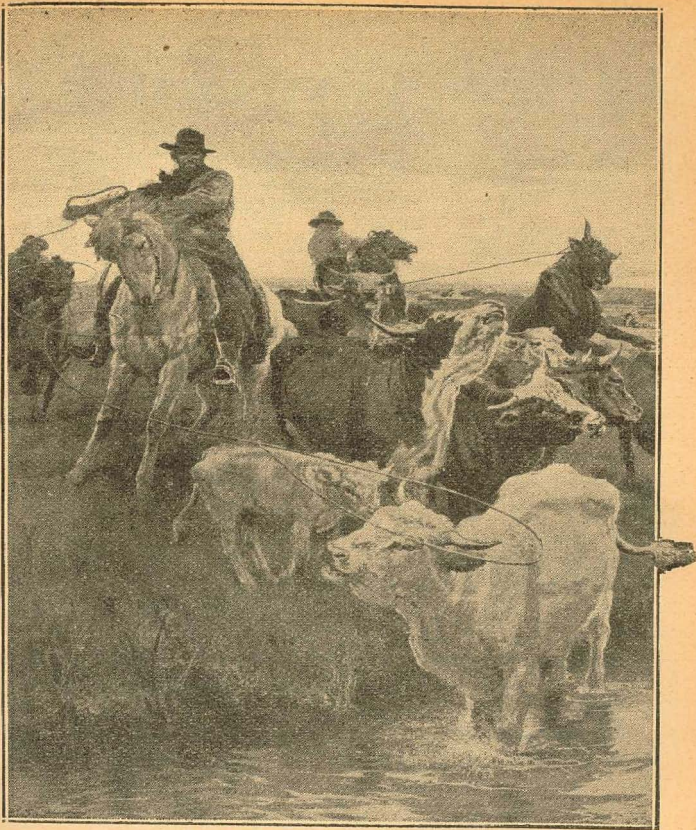
Elijo la semilla que su mano dadivosa arroja al fondo de las almas, para proteger la libertad, para «dar carga a los ferrocarriles», para fomentar la industria y aumentar el dominio del agricultor. Elijo su simiente fecunda para matar los odios, practicar justicia, enseñar la verdad y llamar a todos los hombres libres del mundo que quieran compartir conmigo, la vida, la esperanza y el ideal.

El Comercio. — Sí..... Y veo, augusta señora, cómo asoman en tropel las banderas, y los escudos de todas las naciones, trayendo desde la colonia agrupada en tor-

no de una lengua y de una raza, su contribución civilizadora.

La Argentina. — Bien venidos sean los trabajadores de todas las razas que asoman a nuestras playas; españoles, italianos, franceses, ingleses, rusos y alemanes, suizos y holandeses, venid a pregonar aquí las comunes glorias, a gozar de los comunes recuerdos en este sitio de fraternidad, bajo esta bandera sin odios, en esta tierra abierta a vuestras iniciativas fecundas. Venid y labremos juntos el porvenir! (*Rodean y abrazan todos a la patria*).





Gauchos argentinos enlazando en un rodeo.



La Marina, 9 de Julio.

Mi querido primo:

¡Cuán distante el bullicio turbulento de la ciudad, en esta estancia sin límites donde paso mis vacaciones semestrales! Y debo referirte que esto es pampa y bosque; a veces un horizonte abierto y limpio, a veces el monte espeso y obscuro.

He dado caza con una trampa a un espléndido zorro que se había habituado a comerse todos los huevos y las gallinas de la finca. He presenciado una boleada de avestruces que casi costó la vida a un buen criollo amigo mío. He pescado en el arroyo peces de agua dulce de forma y sabor que no los había visto jamás en la playa. Y hasta he tenido la suerte de asistir a una parada de rodeo, exponiéndome, por ver algo propio de nuestra tierra, a la embestida de alguna tropilla de animales bravíos, de arreo difícil y de peligrosa sociedad.

Vivo de sorpresa en sorpresa, pues, como debes imaginarte, la vida de la estancia no es la misma referida en historias que vivida en la realidad.

La pulpería es el centro social de los peones y de los habitantes de los puestos y ranchos de los alrededores: allí se reúnen las autoridades locales; se conciertan carreras, negocios, se reciben noticias y se leen

los diarios; es el centro de propaganda política y de reuniones domingueras. Es el único punto de contacto entre la ciudad y la campaña y yo mismo recurro a ella para buscar y dejar tus cartas, que en los largos y monótonos días que voy pasando, son más esperadas que la luz de la mañana.

Yo nunca he comprendido con más claridad aquella célebre frase del Chacho, contestación a una pregunta de Sarmiento: *¡cómo me ha de ir amigo, en Chile y a pie!* La vida de nuestras campañas es inconcebible, efectivamente, sin el caballo, que es la segunda naturaleza del paisano. Se amanece y se anochece cabalgando. Hasta los niños saben gobernar las riendas y galopar con gallardía.

He presenciado varias veces una doma de potros, sin poder dominar mi emoción ante el coraje y la sangre fría con que nuestros criollos afrontan el peligro.

Al amanecer recorremos el campo en una gran extensión, volviendo al corral para examinar y dejar libre la hacienda encerrada. Desde la tranquera observo los trabajos de la peonada. A medio día volvemos a la estancia donde nos espera un succulento almuerzo, o nos arrimamos a algún rancho donde tenemos invitación para la carne con cuero y los pasteles, sobre todo cuanto hay casamiento y bautizos.

¡Qué pesadez y qué quietud la de la siesta! No canta sino el boyero a lo lejos, pues ni las gallinas cacarean, ni los gatos maullan, ni los perros ladran, ni los toros braman. Sólo el cotorreo de las mujeres de servicio que andan de un lado para otro en los quehaceres de la

casa, o preparan el mate amargo para la tarde, se siente a esta hora de luz y de sol plenos, en la que desearía tener un pulmón enorme para absorberme todo el aire puro de la pampa. La gente se despereza poco a poco y algún aficionado toca el organillo, pone todas las piezas de su repertorio de vidalitas, gatos y zamacuecas al fonógrafo y rasga afinando interminablemente la guitarra.

Al caer la tarde las majadas comienzan a balar a la distancia y es preciso salir nuevamente al campo a recoger las haciendas y atar los terneros. Por mi parte prefiero galopar largo y tendido hasta la Estación a esperar al tren y buscar algún rostro conocido, alguna vez el de un cuatrero cogido en su vil oficio de robar la hacienda ajena o el de un amigo que regresa al colegio.

Cae la noche. La hora de la oración es solemne y grave en el campo. Diríase que todas las cosas se recogen y vuelven al silencio privadas de la luz del día. Luego la comida en el patio alumbrado por una espléndida luna, algún rasgueo de payadores que recuerdan las estrofas de Martín Fierro y el consabido cuento de algún peón viejo de la estancia, que refiere aventuras de indiadas y aparecidos. En una de esas noches de buen humor y de luna, a un criollo se le ocurrió entonar décimas como ésta, que nos conmovieron a todos, hasta al mismo payador que parecía llorar cuando cantaba.

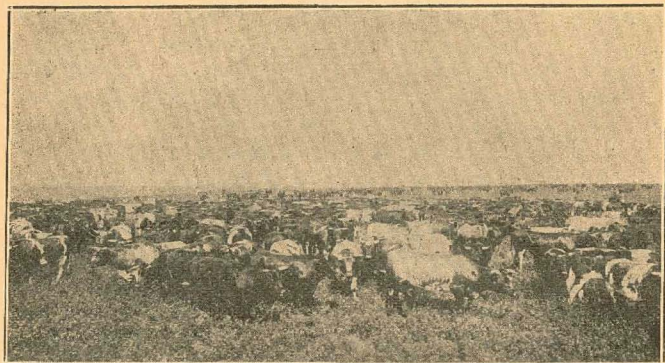
El hondo pesar que siento
Y ya el alma me desgarr,
Solloza en esta guitarra
Y está llorando en mi acento.
Como es mi propio tormento,
Fuente de mi inspiración,
Cada pie de la canción.
Lleva del alma un pedazo;
Y, en cada nota que enlace,
Se me arranca el corazón!

Averigua a papá, te lo ruego, si estos versos son de un poeta argentino, y si los tiene en la biblioteca envíamelos por correo. Siento que el espíritu del gaucho me invade poco a poco. Yo mismo creo serlo en parte y para los amigos que aquí tengo, todos peones que me cuidan y miman como a un niño de ciudad, es el libro de versos que te encargo.

Al terminar, recuerdo que en esta misma hora los severos Congresales de 1916 firmaban el acta de la Independencia Nacional. No eran gauchos aquellos padres esclarecidos de la Patria: eran doctores de Chuquisaca y de Córdoba; pero creo que tenían el corazón argentino tan bien puesto como estos dominadores de la Pampa, que ahora doman potros y corren libremente bajo la sombra de la bandera que «no arreó ningún vencedor de la tierra»...

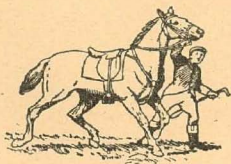
Hasta pronto, mi querido primo.

Luis Alvarez.



Ganados argentinos

Expresad vuestras ideas sobre la ganadería argentina.
Buscad datos estadísticos sobre exportación de animales
en pie, carnes y otros productos de la misma naturaleza.





HEROISMO SALTEÑO.

(Leyendas de la guerra Gaucha)

Queridísimo primo:

¡Albricias! ¡Albricias! ¿Adivinas?... A la una, a las dos... Allá vá la noticia.

Papá nos llamó hoy a su escritorio y nos dijo: «acaban de encomendarme un trabajo que me obliga a radicarme en Buenos Aires.»

Oímos esto y saltamos como locos. Papá nos dijo entonces que tal proceder era incorrecto y que las alegrías como las penas no deben llevarnos a manifestaciones tan exageradas.

Corrió cada uno por su lado a preguntar cuándo nos pondríamos en viaje; y al saber que no se realizaría antes de dos meses, moderé mi entusiasmo y continué mi carta describiendo las postales que completarán mi colección.

Tucumán fué llamada «la ciudad histórica» «jardín de la república» «sepulcro de los tiranos» y yo la llamaré «ciudad heroica» y «paraíso argentino», con justicia, porque a su exhuberante vegetación y espléndida be-

lleza, encuadrada entre montañas, une el mérito de presentar a cada instante, recuerdos de la época heroica.

Envíote también seis postales de Salta. Al examinarlas, volverán a tu mente todos los recuerdos históricos que guardan estos lugares, pero no conocíamos las tradiciones tan hermosas, los actos heroicos oscuros y casi ignorados, la fé y la valentía de aquellas nobles mujeres, el valor y heroísmo de aquellos soldados salteños, que ahora conozco.

Entre esas tradiciones, te envío ésta referida por una octogenaria que conoció a Güemes y las cosas de su tiempo. (1)

María era una hermosísima criolla, casada con uno de los famosos gauchos de Güemes, Remigio Gil, asistente del General.

La vida de sorpresas, luchas y privaciones era a veces fácil y agradable, por la abnegación y por el valor de las mujeres.

En un pasaje de la sierra y en sitio convenido de antemano, María depositaba las cartas de su *amita*, como llamaba a la esposa de Güemes, el tabaco y algunas provisiones difíciles de adquirir en aquellos contornos.

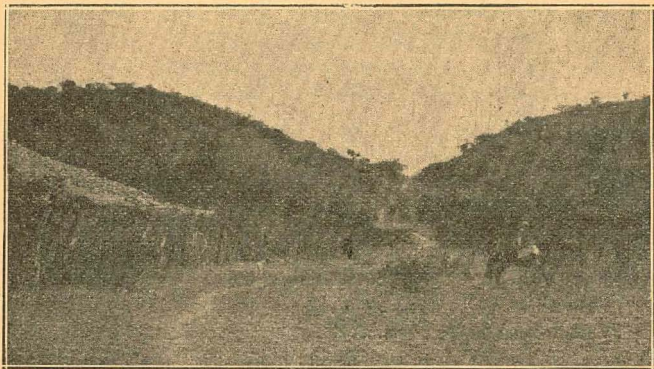
En una noche de luna, clara y hermosa, cabalgaba María, vestida de hombre, por el espeso bosque, que se extiende hacia el norte de la ciudad.

¿Qué motivo había decidido a María a realizar tan peligroso viaje y a hora tan desusada?

Hacia muchos días que se notaba inusitado movimiento en la ciudad. El negro vendedor de *arrope*, ha-

(1) Referida a la autora por doña Juana Manuela Gorriti.

bía anunciado una excursión de los godos preparada silenciosamente y con toda clase de precauciones, para sorprender a los gauchos acampados a pocas horas de la ciudad.



María resolvió inmediatamente su viaje y salió de noche, a pesar de las observaciones de su ama.

«Esta clarita la noche, patrona», respondía a todas las objeciones que le hacía su buena señora.

Después de varias horas de marcha, sintió algunos ruidos que la alarmaron, detuvo su caballo, examinó la cincha y volvió hacia atrás para tomar otra senda que conocía mejor, pero que retardaba su llegada. Verdad es que estaba segura de que allí no podrían sorprenderla.

Después de haberse internado en la sierra, bajó del caballo, lo condujo a una hondonada, ocultándolo perfectamente, esperó largo rato y los ruidos sospechosos no se repitieron. Se decidió entonces a continuar su viaje, pues ya faltaba muy poco para llegar al lugar de las entrevistas: era día domingo y hacía más de una semana que no llevaba noticias. Remigio debía esperarla ansiosamente. Un paso más y vería al bravo gaucho, su ambición y su vida.

Desmontó lentamente aguzando el oído: todo era silencio y calma y podía sin temor hacer la seña convenida. Escuchó aún... por fin, imitó tres veces el grito de la lechuza.

En ese momento, sintió que dos brazos robustos la aferraban con violencia, profirió un alarido desesperado: los godos! los godos! Tambaleóse y cayó pesadamente herida por el puñal enemigo, que creía habérselas con un robusto mocetón, engañado por el traje.

Cuando despertó María de su largo desmayo, la escena había cambiado: aquí y allá varios muertos, dos caballos heridos y tres españoles atados con fuertes lazos a los árboles más próximos.

El General Güemes la contemplaba con la cabeza descubierta, mientras Remigio, arrodillado, mojaba con lágrimas sus manos.

Sacó trabajosamente de su pecho los pliegos llegados de Buenos Aires para el General y entregándoselos,

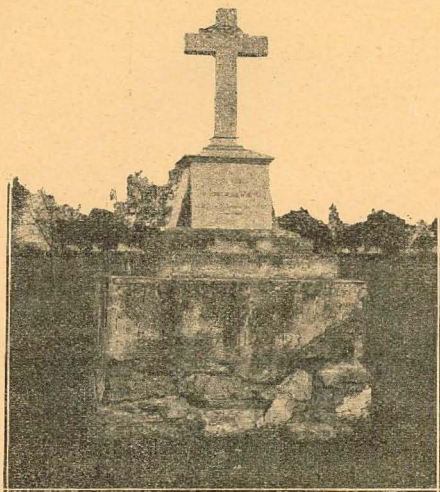
dijo: «los enemigos huyeron, la Patria se salvará». Y expiró después de breves momentos.

¡Qué mujeres aquéllas, Felipe! Si eran más hombres que los hombres.....

Un fuerte abrazo de tu primo

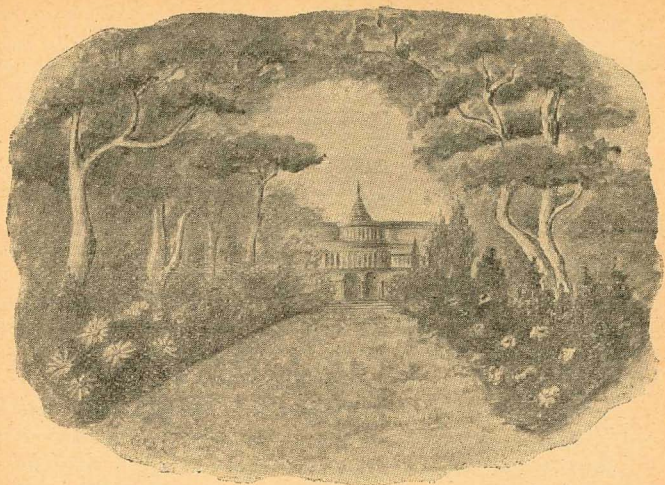
Marcos.





La cruz en el campo de Castañares

Juzgad el acto que conmemora y escribid una composición que tenga por título la inscripción que lleva este sencillo monumento.



¿SUEÑO O REALIDAD?

Marcos. — La verdad es que no soy muy hábil narrador y que, después de haber escuchado tan lindos cuentos, estoy desanimado, pensando que me será difícil cautivar la atención de mis oyentes.

Carlitos. — Eres muy modesto, amigo mío; tu relatas muy bien; comienza, pues, no te hagas esperar.

Marcos. — Voy a contar un sueño y aseguraría que no fué tal, por la profunda impresión que ha dejado en mi espíritu.

Todos. — Cuenta pronto.

Marcos. — Comienzo:

Caminaba por ancha y hermosa calle, formada por árboles frondosos y alfombrada de trébol, violetas y margaritas. Aspiraba con delicia el perfume de las flores. Me sentía feliz, mimado por mis buenos padres, querido por mis hermanos, primos y amigos y sin preocupaciones de ninguna especie. Sin embargo, allá en mi conciencia, sentía un pequeño escozor, pues había descuidado algo de mis deberes escolares. La composición aquella, explicada por el director, que debíamos llevar el lunes pasado, me había preocupado. tanto, que hasta en sueños me acordaba de ella.

Felipe. — Un buen patriota... Era difícil ¿no es verdad?

Marcos. — Así es, y mucho más para mí que no tenía a quien consultar sobre el tema: papá estaba ausente, mamá enferma y todas las personas a quienes interrogaba, me contestaban lo mismo, como si se hubieran complotado en mi contra. Ya sabrás lo que es un buen patriota cuando seas hombre.

Yo me impacientaba, murmurando contra el buen director que nos había dado un tema tan difícil y al parecer tan poco adecuado a nuestra capacidad.

Un buen patriota... ¿Qué diría? Se me habían ocurrido mil ideas que desechaba luego. Esa noche había pensado largo rato antes de dormirme, y por fin dije, repitiendo las palabras que había oído: ya sabré lo que

es un buen patriota cuando sea hombre. Mientras tanto, seguiré los consejos que me dan: jugar, divertirme y comer muchas golosinas.

Felipe. — ¡Qué buenos consejos! Pero no me parecen tan acertados para nosotros.

Carlitos. — Sigue contando tu sueño.

Marcos. — Marchaba, pues, por aquella hermosísima Avenida, pensando, aún dormido, en las dificultades de mi composición y resuelto a no hacerla, cuando repentinamente apareció una hermosa señora. Sin hablar tomó mi mano, señalándome con su diestra un gran edificio que se veía a lo lejos.

Caminamos hacia él. Después de un largo rato de marcha, entramos en la casa más imponente que pueden ustedes imaginarse. Atravesando amplias galerías y grandes jardines, llegamos a un inmenso salón donde había algunas personas.

Todos se ponen de pie a nuestra presencia: en el primer momento me deslumbra la luz del salón. Después miro hacia el frente y, asombrado, reconozco a Mariano Moreno, contemplo su rostro dulce y pensativo..... Escribía leyendo a media voz. Alcancé a oír: *libertad, riqueza nacional, porvenir de la Patria.*

Sentado a su derecha, Rivadavia hojeaba un album. Admiré su despejada frente y su severa fisonomía, idéntica a la del retrato que tenemos en la escuela. Estaba vestido con su habitual pulcritud. Distinguí estas palabras escritas con grandes caracteres en el álbum

que hojeaba: *instrucción pública, beneficencia, hospicios, viabilidad, inmigración, crédito público.*

Más cerca estaban otras dos personas conocidas: Belgrano con la mirada bondadosa y soñadora de sus grandes ojos azules, examinaba dibujos y planos de edificios escolares, al parecer.

A su lado San Martín, con gesto enérgico trazaba líneas y marcaba caminos sobre un gran plano; se detenía a veces y escribía: *independencia, heroísmo, desinterés, bibliotecas, expedición al Perú.....*

A su derecha Las Heras desplegaba una gran cinta llena de anotaciones y nombres donde se leía: *Cancha Rayada, Chacabuco, Cerro del Gavilán, Curapaligüe.....* Había otros que no pude distinguir.

Seguían entrando personajes de ambos sexos que saludaban respetuosamente a la matrona que estaba a mi lado.

Yo abrí mis ojos asombrado, al reconocer a las señoras María Sánchez de Thompson, Escalada de San Martín, de la Quintana y muchas otras de nuestras ilustres patricias; a Fray Cayetano Rodríguez, al doctor Vicente López y Planes, al doctor Esteban de Luca, Fray Luis José Chorroarín, a Brown, a Arenales y a muchos otros patriotas cuyas nobles vidas estudiamos diariamente en la escuela.

Mi acompañante se inclinó hacia mí y, señalando a todos los presentes, hablóme así: niño, vedlos aquí reunidos en esta casa que es el Panteón de la Historia; son

mis hijos predilectos; son tus gloriosos antepasados; algunos te son familiares, porque sus retratos están en las aulas de clase de tu escuela.

¿No te dice algo la vida de estas sombras? ¿No fueron ellos buenos patriotas?

Trabaja, niño querido; tengo siempre la esperanza fija en la niñez, en la juventud y en los maestros. Piensa en mí en tu solitario cuarto de estudio, en el recogimiento de la clase, o en el bullicio del recreo. Piensa en mí cuando el maestro te explique los deberes del ciudadano y cuando te hable de mi próspero porvenir.

Amame por sobre todas las cosas y aunque no llegues a ser grande como los que te rodean en este instante, merecerás, sin embargo, el nombre de buen patriota.

—¿Cómo se llama usted, señora?— pregunté inclinandome hasta caer de rodillas.

Puso una mano sobre mi frente y contestóme:

—Soy la Patria Argentina y aquí estoy velando mis glorias inmortales.

.....

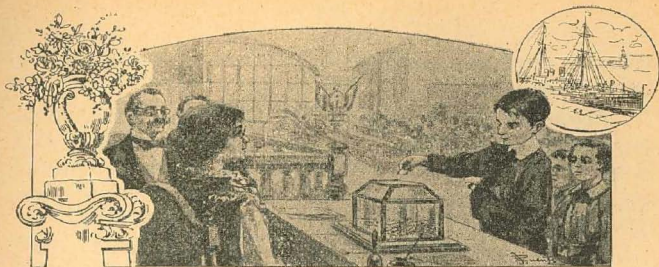
Desperté. La luz del día entraba por mi ventana. Una y mil veces recordé mi sueño. Vestíme apresuradamente y marché como autómatas a la escuela, donde pasé el día en una especie de inconciencia, que tanto me cambió que me creyeron enfermo.

Regresé a casa y escribí la composición *Un buen*

patriota, que tanto aplaudió el maestro, y que muchos de ustedes creyeron que había sido hecha con ayuda de papá, recién llegado de su viaje.

No fué mi padre, sino mi madre querida, la Patria, la que me dictó los mandamientos del deber cívico en esa composición.





El voto secreto y obligatorio

LUNES 20

Felipe. — Papá, una gran novedad. El Consejo Escolar ha resuelto fletar un vaporcito de los que hacen la carrera por el río Paraná, para realizar una excursión cívica a San Lorenzo, a ver el Convento en cuyo frente se libró la primera batalla dirigida por San Martín, el día 3 de Febrero de 1813.

Irán los maestros, los directores y seis niños de cada escuela del distrito. Como todos querrán ir en la excursión los alumnos de cada clase elegirán mañana, entre los más correctos y estudiosos de sus compañeros, los que puedan representarnos dignamente.

Mañana, al entrar a clase, procederemos a la votación, usando el mismo procedimiento que está indicado en la Ley Nacional de Elecciones, que todo el mundo debe conocer.

El padre. — Muy interesante es tu noticia y la excursión será todo un éxito, si van con ustedes algunas

señoras, cuya asistencia y vigilancia son necesarias en estos casos.

Felipe. — El director nos ha prevenido que cuando se trata de nombrar un representante, debe darse el voto al que más lo merezca, y no al que lo quiera conquistar por medios ilícitos o que no se basen en los méritos propios del elegido.

Marcos. — Nos encontramos en la calle con Carlitos Hernández, que, ofreciéndonos un barrilete azul y blanco, nos pidió que votásemos por él. Es uno de los peores alumnos del curso y por esto Felipe, mirándolo muy disgustado le dijo: vergüenza debías tener en proponer nos tal cosa.

Felipe. — Fué luego a hacer la misma proposición a varios otros compañeros que venían detrás.

El padre. — Tienen razón en rechazar a Carlitos. El sufragio es el derecho más sagrado que posee el ciudadano y debe darlo siempre libre y espontáneamente, sin reparar en intereses mezquinos y personales.

Ahora se trata de una excursión escolar; pero cuando sean ciudadanos, contribuirán con su voto a llevar al poder al ciudadano más idóneo y más digno.

Marcos. — Así lo entendemos nosotros; yo ya tengo mis candidatos, que seguramente triunfarán, pues son los mejores alumnos del grado.

MARTES 21

Felipe. — ¡Qué alegría!

Marcos. — ¡Qué suerte!

La madre. — ¿De qué se trata?

Marcos. — Nos han elegido para ir en la excursión.

El padre. — Cuánto me alegro, hijos míos. Refiérenos, Marcos, cómo ocurrió el caso.

Marcos. — Después de la lista, el maestro nos habló en esta forma:

Quiero llamar la atención de ustedes sobre el acto que vamos a celebrar, a fin de que lo realicen con la mayor seriedad posible. Van ustedes a elegir los representantes del grado y recuerden que en la vida pública, el sufragio es la intervención que toma cualquier ciudadano o extranjero en el nombramiento de los representantes del pueblo.

El sufragio es un derecho y es un deber. El ciudadano tiene derecho de tomar participación en los negocios públicos y el deber de hacerlo en una forma tal que contribuya a mantener y defender los derechos y deberes creados por la Constitución.

Según las leyes, el voto es secreto y obligatorio, tanto en elecciones nacionales como en todas las provinciales, según los requisitos que están indicados en las mismas.

Sé que no están ustedes en edad de votar; pero es necesario que aprendan a practicar, ensayando, todos los actos de la vida cívica. En seguida nos explicó el procedimiento del voto y las precauciones que es preciso tomar para que se conserve el secreto y se eviten los fraudes, así como las penalidades a que se hacen acreedores los que no cumplen con este deber cívico.

Felipe. — Luego hizo llevar a la clase una urna, exact-

tamente igual a las que usaron en las elecciones del domingo pasado en la escuela que dirige nuestra tía América. Nos repartieron papel y escribimos los nombres.

Carlitos Hernández tenía su banco cargado de trompos, calcamfonias y qué sé yo cuánta cosa, sin duda para comprar votos.

A pesar del silencio que reinaba en el aula, no podíamos mirarlo sin sonreírnos, pues a cada momento parecía más contrariado por el éxito.

Marcos. — El señor director, que concurría a todas las clases para presenciar la elección, llegó en el momento del escrutinio y llamó a dos alumnos para leer los nombres que salieran.

Los primeros fueron los de Felipe y el mío; en seguida el de Perico Rodríguez, siguiendo el nombre de éste hasta quince veces. Yo iba haciendo rayas en mi cuaderno por cada vez que salían nuestros nombres. Terminado el escrutinio, se escribió la lista en el pizarrón. Felipe, Perico y yo tuvimos veinticuatro votos cada uno, Conrado, veinte; Luis, veintidós; Héctor, veintitrés, y Carlitos Hernández, dos votos solamente.

Felipe. — Esta tarde vendrá el maestro a hablar contigo para pedirte el correspondiente permiso y arreglar los detalles del viaje.

El padre. — Tenéis bien ganado el hermoso paseo. En el convento de San Lorenzo y bajo el pino en que San Martín descansó de las fatigas de la batalla y escribió el parte lacónico de la victoria, meditaréis en la obra de progreso y de civilización que encomienda el pueblo a los que resultan ungidos por el voto libre de las urnas.

El Padre. — Pues el público era muy inteligente y seguramente habrá aprovechado el discurso, guardando en la memoria los hechos tan interesantes que ha referido Felipe. Oigamos a Héctor y si flaquea su memoria, seguirá Virgilio, que por ser Argentino, hasta de nombre, tiene más obligaciones para la historia de su patria.

Héctor. — Comienzo. Según la palabra autorizada de Felipe, que estudia más que nosotros, el Virrey Vértiz, en el año de 1783, introdujo aquí la primera «Imprenta de los Niños Expósitos», y desde 1801 hasta 1810, vieron la luz pública por ella, primero: «El Telégrafo Mercantil, Político, Económico e Historiógrafo del Río de la Plata».

Virgilio. — No, papá. La primera imprenta no fué esa, sino la que los jesuitas llevaron a las Misiones del Paraguay.

Héctor. — Convenido. Pero yo hablo de lo nuestro y continúo. Su director fué don Francisco Antonio Cabello y sus colaboradores el doctor en derecho don Manuel Belgrano, el poeta Labarden, el Déan Fúnes, Araujo y Cerviño y otros.

Después vino el «Semanario de Agricultura, Industria y Comercio», cuyo redactor fué don Hipólito Vieytes; más tarde «La Gaceta de Gobierno», encargada exclusivamente de la publicación de los documentos oficiales, y «El Correo del Comercio», redactado por Belgrano.

Virgilio. — La revolución de 1810 señala nuevos rum-

bos a todas las manifestaciones del pensamiento argentino.

Héctor. — Ciertó es. Moreno fundó «La Gaceta de Buenos Aires», donde exponía la doctrina de la revolución, queriendo «remediar los males que afligen al Estado, excitar y dirigir el espíritu público, educar el pueblo, destruir sus enemigos y dar una nueva vida a las provincias».

Laura. — Escuchen, a propósito, lo que dice mi libro de lectura, en una página firmada por don Juan María Gutiérrez: la literatura, la geografía y la economía política, hacen sus primeros ensayos en las páginas populares de periódicos desde el primer año del presente siglo, merced a la benéfica institución de Vértiz. Y cuando es necesario levantar el espíritu público en defensa del territorio invadido, vemos que entonces se mueven con desusada actividad los brazos de los huérfanos para que circulen por todas partes las proclamas de los jefes militares y los cantos de nuestros poetas celebrando el «Triunfo Argentino».

Rosa. — La prensa es el cuarto poder del Estado, dice enfáticamente Felipe. Pido a estos patriotas que tanto saben una explicación de lo que no entiendo, ya que enseñar al que no sabe es obra de misericordia.

Silvia. — Deja a un lado la broma, Rosita, que hay recuerdos que no deben ser profanados ni con una palabra de ironía. Yo te lo diré: nuestro gobierno se compone de tres poderes: el legislativo, el ejecutivo y al judicial; la prensa, que gobierna la opinión pública y la

ilustra, es un otro poder que ocupa el cuarto lugar, según dice Felipe.....

Héctor. — Después de la Gaceta de Buenos Aires, se publicaron numerosos diarios, bisemanales y semanales, que vivían un mes ó un año, sirviendo de órgano a los intereses sectarios de la revolución y sin tener el valor literario de las primeras publicaciones nombradas. Son célebres por su corta duración y su violencia de expresión los periódicos del padre Castañeda, en la época de Rivadavia.

Virgilio. — Durante la época de Rosas, es decir, desde 1829 a 1852, desaparece la prensa culta de Buenos Aires.

Héctor. — Es que todas las tiranías temen la libre palabra escrita y Rosas perseguía en toda forma a los periodistas argentinos que desde Montevideo y Santiago de Chile fustigaban su gobierno arbitrario y sangriento. Pero después de Caseros, las cosas cambiaron completamente. Aparece «El Nacional», redactado por Sarmiento y Vélez Sársfield; «Los Debates», redactado por Mitre; «El Orden», por Félix Frías y Luis Domínguez; «La Tribuna», por Juan Carlos Gómez y Héctor y Mariano Varela; «La Reforma Pacífica», por Nicolás Calvo; «La Nación Argentina», por Juan María Gutiérrez; y otros tantos diarios de menor circulación e importancia, pero que bien reflejan las luchas políticas de la época en que Buenos Aires, separada de la Confederación, bregaba por conquistar la hegemonía de la Nación organizada y unida. Y ya he olvidado los nombres de los periódicos que se publicaban en Concepción del Uruguay

y Paraná, inspirados por Urquiza y de las revistas que iniciaba la prensa seria y sesuda de los historiadores y de los literatos.

Tita. — Yo tendré el honor de mencionar los dos grandes y noticiosos diarios de nuestro país: «La Prensa», fundada en 1869, y «La Nación» en 1870, por el doctor José C. Paz y por el General Mitre respectivamente. En esas columnas está reflejada la vida nacional de los cuarenta últimos años y en ellos escriben los hombres más eminentes de América y Europa. Los servicios para el público que tiene organizados la primera y la vulgarización literaria de la segunda, con los libros baratos de su «Biblioteca», bastan para considerar a esos dos colosos de la prensa argentina como verdaderas instituciones de beneficencia popular, incorporadas definitivamente a nuestra vida diaria.

Héctor. — Ustedes olvidan «El Diario», con sus espléndidos números ilustrados; «La Razón», «La Argentina», «La Epoca», así como los diarios españoles, franceses, italianos, alemanes, ingleses, israelitas y hasta turcos que tienen plena circulación en algunos barrios y en muchas provincias.

Rosa. — Y olvidan lo que por ser de mi mejor gusto y alcance se deja para el final: «Caras y Caretas», «El Hogar», «Fray Mocho», y todo lo que viene con figuras, con versos, con cuentitos lindos y con modas!.....

Dora. — La charla de Rosita bien podría recordar lo que han olvidado todos ustedes: los operarios que trasnochan y los pobres *canillitas* que al amanecer nos

ensordecen para que nos desayunemos espiritualmente con todo lo que han impreso por la noche.....

El Padre. — Bien está todo. Pero el conferenciante debe decir a este público que tanto ha aprendido con el ensayo, el consejo de los viejos: leer mucho, pero no muchos periódicos.

Dora. — Yo no leeré más que «La Razón», que trae tantas noticias de la guerra.

Tita. — Yo no leeré ninguno por obligación ni por afición, aunque prefiero «El Hogar».

Marcos. — Mi diario es «La Nación».

Felipe. — Y el preferido mío «La Prensa».

Laura. — Yo leo de todos, los que tienen versos tristes y chistes salados.

Rosa. — Y yo digo a ustedes que una de las grandes satisfacciones que debo a mi patria, es el placer de leer «Caras y Caretas». Piensen ustedes en lo que la historia diría de las reuniones sociales de las patricias antiguas, de las modas y de toda la vida de Buenos Aires, si mi revista hubiera salido desde 1810.

Virgilio. — Y yo, aunque ustedes no lo crean, seré un periodista como Moreno, y ahora leo los artículos de Sarmiento, en las colecciones de la Biblioteca Nacional, para aprender cómo se sirve a la Patria, no en broma como Rosita, sino en verdad, escribiendo para ilustrar la opinión pública, con valentía, con cultura y con juicio.



DECÁLOGO ESTUDIANTEL

*« Un hermano es un amigo
» que nos da Naturaleza
» y un amigo es un hermano
» que nos da la Sociedad».*

- I.-Ser puntual y asíduo, es decir, no llegar tarde ni faltar a la Escuela, asistiendo diariamente a clase con el cabello corto, el cuerpo limpio, los zapatos lustrados; no olvidar el pañuelo, ni el secante, ni el limpiaplumas; vestir el guardapolvo blanco y procurarse todas sus herramientas de obrero intelectual;
- II.-Llenar el alma de entusiasmo y de constancia; confiarlo todo a sí mismo y tener fe absoluta en el porvenir; cumplir con sus trabajos prácticos y estudiar con ahinco en el hogar; sin distraer un segundo en juegos incorrectos ni con malas compañías;
- III.-Tener suficiente coraje de ser prudente en el peligro, justo ante todo y sobre todo, y de no mentir jamás; no pelear por nada ni con nadie; ser valiente y saber dominarse; ser acreedor al respeto porque nunca dejó de respetar;
- IV.-Ser honrado a carta cabal;
- V.-No escribir, ni decir, ni pensar palabras feas;
- VI.-No jugar por interés;
- VII.-Cuidar de su propia salud; no fumar;
- VIII.-Amar la vida; y amar entrañablemente a sus padres y sinceramente a sus maestros; ser amigo de

sus hermanos y hermano de sus amigos;-ser noble con sus camaradas y ayudarse mutuamente;- ser atento y solícito especialmente con las señoras y los ancianos;-proteger al humilde, amparar al débil, socorrer al enfermo;

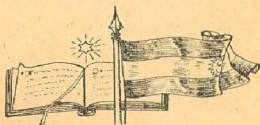
IX-Ser compasivo con los animales y afecto a las plantas;

X.-Ser, en fin, tenaz en el empeño y exacto en el cumplimiento del deber;-y encarnando a todo un caballero sin tacha, llevar siempre la frente alta como una estrella, la conciencia pura como un cristal y el corazón alegre como una golondrina.

LEMA: «AMAR, HONRAR Y SERVIR A LA PATRIA»

Buenos Aires, Centenario de la Independencia.

F. JULIO PICAREL





Laura. — Explicame, mamá, algo sobre las primeras escuelas de la República Argentina. Ya sé que el primer maestro laico que tuvo Buenos Aires fué don Francisco de la Victoria; que hubo un Colegio de San Carlos, donde enseñó el maestro Chorroarín; y nos han hablado también de las universidades de Chuquisaca y Córdoba, donde estudiaron Moreno y el Deán Funes; pero nosotros queremos saber algo de las escuelas primarias y de la enseñanza que se daba a la mujer en aquel entonces.

Clotilde. — Me interesa de veras este asunto, Laura; yo sé que doña María Sánchez de Thompson no concurrió a ninguna escuela y que fué educada por su propio padre. Y me he preguntado muchas veces dónde estudiaban las niñas de aquella época.

Marcos. — Yo no puedo darte noticias de lo que se refiere a las niñas; pero sí te aseguro que los varones concurrían a las escuelas de frailes en cada parroquia. En aquel tiempo se enseñaba a leer, escribir, rezar y a contar; López dice que concurrían quince mil niños en todo el país a esas escuelas del coloniaje. Los maestros no eran tan blandos con sus alumnos por-

que creían que «la letra con sangre entra», y daban un palmetazo por no saber la lección, otro por no saber persignarse, otro por cualquier diablura de los escolares.

La Madre. — No exageres, hijo mío. Había también sacerdotes bondadosos que no tocaban a sus niños. De todo hay en la viña del señor, dice el Evangelio.

Marcos. — Pero yo puedo mostrarte, mamá, la fotografía de la palmeta usada en aquella época. Me han prometido regalármela y debe existir algún ejemplar en el Museo Histórico.

La Madre. — Las niñas del pueblo no recibían, sino muy raras veces, la instrucción que los varones recibían en esas escuelas; y las que pertenecían a familias acomodadas, costeaban un sacerdote o se educaban en los conventos de monjas.

Corresponde especialmente a Rivadavia la iniciativa de la educación femenina. Al crear la Sociedad de Beneficencia, no solamente dió finalidad a los sentimientos caritativos de la mujer, sino que mejoró su educación poniéndola bajo la custodia de las damas de esta Sociedad que estimularon siempre la contracción y el estudio en las niñas asiladas, en sus diversos establecimientos, no siendo raro el caso de que muchas de ellas hayan alcanzado títulos universitarios y normales en nuestros días.

Sin embargo, en otras provincias, en San Juan, por ejemplo, Sarmiento aprendió a leer en la escuela del maestro Peña, y después de caída la tiranía, fundó una escuela superior para las niñas, donde se aprendían idiomas, pintura, música y las materias instrumentales. Una



Sin pan y sin trabajo

amiga de mi madre me ha referido que esta escuela era concurrida por lo más selecto de la sociedad sanjuani-
na y funcionó casi hasta nuestro tiempo.

Clotilde. — Y ahora cuántas cosas puede estudiar la mujer: el magisterio, la medicina, la química, el derecho las letras, las ciencias de la economía doméstica, la música, las lenguas, los oficios diversos: qué campo tan vasto se ofrece a nuestra actividad, aún sin contar con lo que es puramente nuestro: la casa, la costura, el bordado, la cocina.

Laura. — Si pensarían las damas que conspiraron en el complot de los fusiles que sus nietas habían de tener tantos medios de libertad y de cultura como tienen las mujeres argentinas.

La Madre. — Seguramente que no. Pero anhelaron para sus hijas lo que hoy comenzamos a tener realmente: una escuela nacional.

Clotilde. — ¿Y por qué no querrían una escuela provincial, local o comunal?

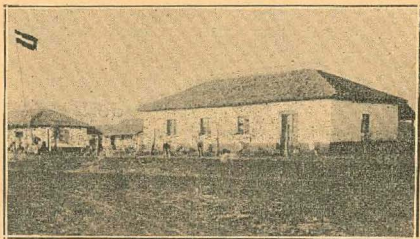
La Madre. — Porque una escuela nacional, es decir, argentina, es parte integrante de nuestra nacionalidad. Quiero decir, que para organizar definitivamente el país el estado necesita para todo grupo de cuarenta niños, un maestro argentino, que enseñe en el idioma nacional la historia y la geografía de la Patria; que predique el significado de la bandera, del escudo y del himno nacional; que instruya a los niños extranjeros y argentinos en todos los conocimientos que necesite un ciudadano y ame y haga amar esta tierra que tantas veces regó la sangre generosa de nuestros héroes; y que,

en fin, eduque a sus alumnos en el culto del honor y del bien privado y público.

Clotilde. — Me late fuerte el corazón, mamá, cuando así hablas; porque recuerdo aquella pequeña escuela de la sierra que visitamos y aquella otra solitaria de la pampa, cuyos alumnos izaban la bandera al amanecer y la arriaban a la hora de la tarde, entonando cantos patrióticos y nacionales.

La Madre. — ¡Qué haya siempre un maestro, con su bandera, con su lengua, con su historia, enseñando en la escuela solitaria de la pampa los conocimientos necesarios para formar el ciudadano!

Laura. — ¡Y para formar la mujer, ciudadana también y como tú sabía, madre mía!



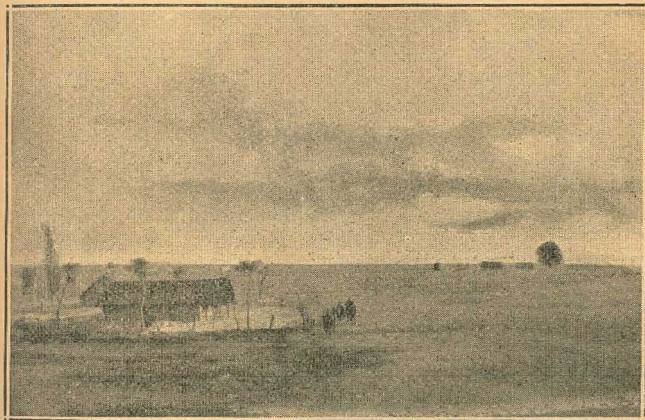
Escuela en la Pampa

MENDOZA

Mi querida Tita:

Te escribo desde Mendoza, aún con el encanto de todo lo que he visto: la ciudad es hermosa, el aire fresco y seco y las gentes llenas de bondades.

Pero quiero ordenar mi relato desde la salida de Buenos Aires: ya conoces el camino hasta Hurlingham,

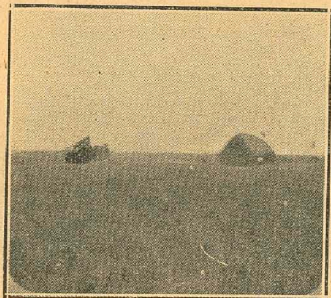


Rancho en la Pampa

el pueblito nuevo y pintoresco que visitamos: terrenos bajos arrebatados al río, hermosas quintas rodeadas de

árboles, jardines floridos y por fin Bella Vista. Desde aquí ya no hay amontonamiento de casas y comienzan los cultivos característicos de una de las zonas más ricas de la primer provincia argentina, donde florecen los hermosos centros de población: Mercedes con 15.000 habitantes Chacabuco, con 7.000 y Junín con 20.000.

Luego entramos en plena pampa, que no tiene hoy, por cierto, el aspecto salvaje de la antigua, aquella verde e interminable llanura sin límites que parecía un mar en calma. No aparece ni un ombú. En cambio, los trigales en sazón, rubios y movedizos en la superficie, son como las islas de este mar interminable, donde los objetos se agrandan a la distancia y donde el vagón en que voy parece ir formando círculos para que las casas que rodean giren alrededor.



Trigal en la Pampa. Parva
y trilladora.

De trecho en trecho se ven magníficas estancias, rodeadas por un corte de ranchitos de edificación primitiva. Bandadas de gaviotas y flamencos pueblan las lagunitas a lo lejos como flores blancas y rosadas que flotan sobre las aguas.

Por la noche contemplé un incendio colosal. Al principio parecióme ver una ciudad con puntos luminosos aquí y allá, como de buques situados en una inmensa

bahía: después se acercó la humareda gris surcada de llamas arrasando todo a su paso. Era un incendio en los campos resecaos por el sol. Dicen que estos incendios son muy frecuentes en la pampa.

Seguimos nuestro viaje llegando a San Luis a las doce de la noche. El terreno es blando y el polvo nos molesta, siendo cada vez más desolada la región. Al despertar sigue el mismo paisaje monótono y triste, donde evoco la figura sombría de los caudillos que lo recorrieron cien veces, desde la Rioja, con Quiroga y el Chacho a la cabeza.

Poco a poco la civilización va animando las cosas.

Ya pisamos Mendoza: bien lo conocemos por su cielo límpido y sereno, por su vegetación cada vez más rica y por las extensiones de tierras labradas al lado de las vías.

De pronto, un deslumbramiento! Ahí están los Andes, recostados en el sereno azul del cielo, coronados de nieve y allá lejos la enorme mole del Aconcagua. Es una impresión de fuerza y de orgullo por las bellezas de la Patria; algo que penetra hondo en el corazón y que no es posible explicar en una carta.

Los viñedos con sus abundantes racimos casi maduros, las praderas verdes, los alfalfares, las líneas interminables de álamos, los arroyos que se precipitan bulliciosos y turbios, los poblados y rancherías que suben hasta la falda; todo es aquí encantador y nuevo en estos sitios.

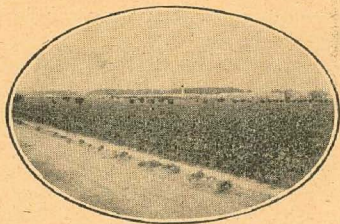
Estamos ya a las puertas de la ciudad histórica, de Mendoza, donde San Martín vivió y creó el gran Ejér-

cito de los Andes, libertador de tres naciones americanas.

En mi próxima carta te informaré de todo lo que vea en nuestra excursión por la ciudad, tan llena de recuerdos y que tanto conocemos por las referencias de nuestra escuela.

Tu tía que te envía con ésta todos sus cariños.

América.





SERÁS LO QUE DEBES SER
Y SI NO
NO SERÁS NADA

MAXIMA DE SAN MARTIN



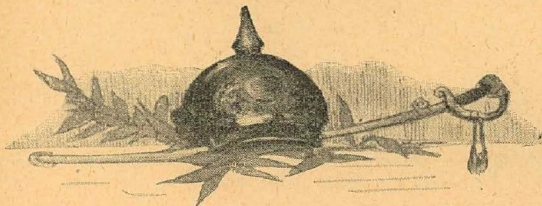
UNA VIDA ARGENTINA

Someterse resignado y bravamente al destino que le impusiera la historia; labrar paciente y tenazmente la obra propia que le tocó en suerte; llenar la vida en forma digna, sin apresuramientos, sin fracasos, con el sabio y prudente convencimiento de lo que se puede y de lo que se debe; no desesperar del éxito, que es la reacción del bien sobre el mal, cuando se ha hecho el bien sobre la tierra; reacción que viene cumpliendo una ley natural, tarde o temprano, a glorificar a los muertos y a estimular a los vivos; prepararse a *ser lo que debe ser*, ya que el hombre se agita y la humanidad lo conduce, y no rebelarse contra la fortuna, si no pudo alcanzar un girón de gloria. Someterse humildemente al olvido, al destierro, a la ingratitud de los contemporáneos, sin proferir quejas inútiles, extrañas a un alma viril, esperando silencioso la justicia póstuma; tal fué la conducta y la naturaleza moral de San

Martín, que, como dice su biógrafo, sintetizó en un proverbio su vida, su muerte y su resurrección: *serás lo que debes ser o sino no serás nada.*

Por la copia

Carlos Hernández.





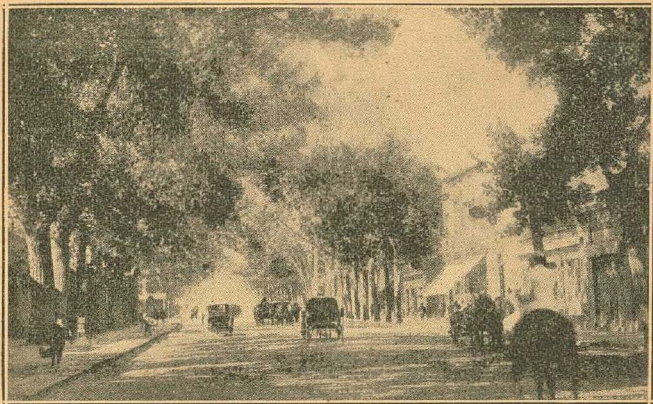
Mi querido Marcos:

Estoy cada día más prendado de esta ciudad, que tantos atractivos tiene para el viajero.

La disposición de sus calles es como la de todas las ciudades nuevas de América, en forma de tablero de ajedrez, con vistosas avenidas de álamos y de acacias: la acequia o canal que corre murmurando por ambos lados, da a las plantas vigor y frescura y produce la música de las hojas que nos recita mil cosas pasadas al oído. En una de esas alamedas en la que lleva el nombre de San Martín, plantó el héroe los primeros álamos, como Sarmiento plantara las primeras palmeras de Palermo. Y un poco más lejos, se yergue el pino cuyo ramaje fué la tienda del Libertador, envejecido por el tiempo como las ruinas de las iglesias destruidas por el terremoto de 1861, de las que apenas van quedando restos informes.

He pisado el mismo sitio, que es hoy plaza pública donde prestó juramento a la Bandera el primer Ejér-

cito de los Andes. Todo este barrio que forma un arrabal de la ciudad nueva, es hoy un lugar muerto de escaso comercio y movimiento.



Alameda San Martín

He visitado también y he visto con mis propios ojos, en la Casa de Gobierno, la *Bandera de los Andes* que tantas veces describimos en clase y vimos reproducida en dibujos y en láminas,

Vimos también el Hospital Nuevo, la Escuela Normal, el Colegio Nacional y la *Bodega Tomba*, que elabora unos 150.000 litros de vino cada año. Por todas partes frutas, flores, mucho sol y mucha alegría. No

sin razón el escudo de la Provincia lleva el cuerno de la abundancia: la naturaleza pródiga con los laboriosos mendocinos que tanto han trabajado su suelo para despojarlo del cascajo y de la piedra, les concede sus dones a manos llenas.

He visitado el *Parque del Oeste*, de 300 hectáreas de extensión, con un lago artificial de un kilómetro de largo. En su interior hay un jardín zoológico en formación, hermosas arboledas y muchas corrientes de agua.

Al fondo el cerro del Pilar, bautizado, con el nombre de Cerro de la Gloria: en su cúspide se levanta el monumento al *Ejército de los Andes*.

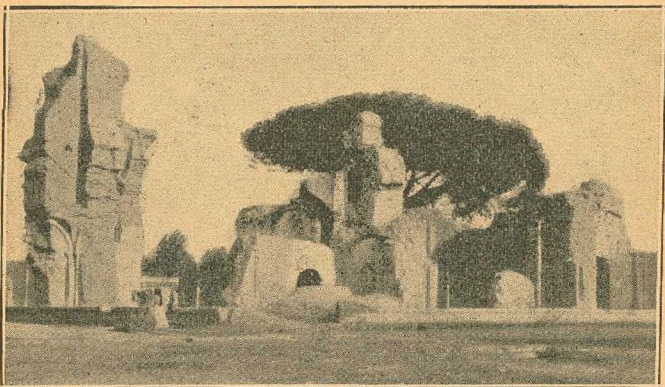
Aquí evoco la figura grandiosa de San Martín, en su creación más original y más hermosa. La recuerdo como la describe el General Mitre en la página que hemos leído juntos.

«Poniendo en práctica su máxima de que los soldados destinados a vencer, solo se forman en los campos de instrucción, estableció un campamento como a una legua al norte de la ciudad, en un sitio pintoresco llamado *El Plumerillo*. Era un hermoso valle cubierto, de árboles, que fué desmontado, construyéndose en él espaciosos cuarteles y almacenes, a cuya crección contribuyó el vecindario con cuantiosos donativos y materiales. Allí se trasladó San Martín con todo su ejército, en los primeros días de la primavera de 1816. Desde ese momento, aquel sitio, antes desierto y silencioso, ofreció el espectáculo del trabajo incesante y de una actividad precursora de la gran campaña de que era la

«primera etapa. Al toque de diana, con las primeras luces del alba, se disparaba un cañonazo. A esta señal, «todos los cuerpos llenaban la gran plaza de armas en «el centro del campo de instrucción y se dividían en grupos: unos evolucionaban, otros se ejercitaban en el manejo de las armas o en tirar al blanco, a cuyo efecto se «había levantado un espaldón en medio de ella. El general se dirigía de preferencia a los pelotones de reclutas y especialmente a los granaderos a caballo; «pero su predilección eran los negros libertos, a quienes proclamaba, poniéndose al nivel de ellos, con el «charlatanismo de un general que sabe pulsar todos los «resortes que mueven a los hombres en sus diversas esferas. A los granaderos les decía, mostrándoles unos «papeles que sacaba del bolsillo, que los maturrangos «de la caballería española de Chile, propalaban la voz «de que sus sables eran de lata, porque pensaban que «su gobierno era tan pobre que no tenía con qué comprarlos de acero. Y desenvainando el suyo, les daba «con gallardía lecciones sobre su manejo, en que era «muy diestro. Los soldados, llenos de ardor, imitaban «sus movimientos animados por su palabra y su ejemplo. «A los negros les mostraba los mismos papeles y les «aseguraba que según sus agentes secretos, los jefes españoles de Chile se preparaban a mandarlos vender como esclavos en las haciendas de azúcar del Perú, pensando que era cosa fácil tomar prisioneros a hombres «libres que sabían manejar bien las armas... Los ejercicios duraban tres o cuatro horas por la mañana, con «breves intervalos de descanso y se repetían por la tar-

«de prolongándose a veces hasta la noche cuando había luna...».

La organización de este ejército es uno de los hechos extraordinarios de la historia. Surgió de la nada esta máquina de guerra, pieza por pieza, obedeciendo al cálculo preciso del fin para el que fué concebido.



Ruinas del Templo de San Francisco destruido por el terremoto de 1861

El Paso de los Andes, Chacabuco y Maipo y hasta aquella ingrata noche de Cancha Rayada, en que un oficial de San Martín, Las Heras, salvó el Ejército con sus provisiones, fueron el resultado de esta organización admirable, que dió la libertad a Chile y preparó la del Perú.

Te aseguro mi querido primo, que meditando en estas cosas y tal vez elevando a los Andes mi oración cívica, en frente del Cerro de la Gloria y del monumento que perpetúa la obra preferida de San Martín, he sentido deseos de decir en alta voz; soy hijo de aquella Patria que libertó ese Ejército.

Si la naturaleza aquí es rica y pródiga, la historia guarda en este rincón del territorio argentino sus más grandes recuerdos: el del mismo ejército que recorrió la América escoltado por la Bandera azul y blanca que crearon nuestros mayores.

Muy en breve te referiré de viva voz lo que omito. Hasta entonces recibe el afecto de tu primo.

Luis.





Damas mendocinas entregando sus joyas al General San Martín



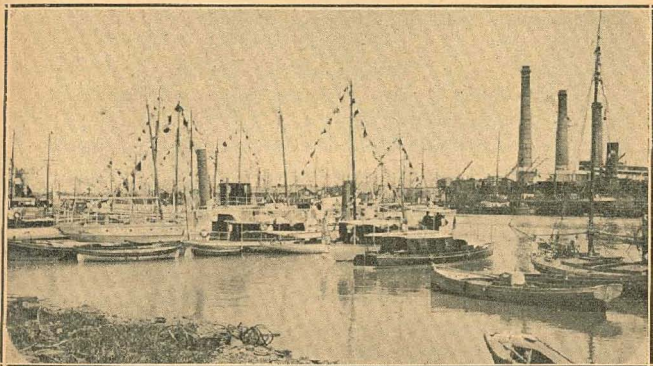
Estudiad la mujer argentina bajo todas sus modalidades.

◊ DE BUENOS AIRES A PARANÁ ◊

Querida mamá:

¡Qué viaje tan interesante éste que realizamos con abuelito! Te lo referiré en todos sus detalles, aunque mi carta sea larga. ¿Y qué mejor cosa puedo hacer que conversar con mamá?

Nuestra salida de casa fué penosa: pero al llegar



a la Dársena, el sentimiento de nuestra separación primera se perdió entre el movimiento y el bullicio del puerto, viendo los guinches cargar y descargar los buques,

los vendedores pregonar a gritos su mercancía y los fotógrafos que no nos dejaban en paz ofreciéndonos un retrato en grupo.

A bordo del «Guaraní», nos encontramos con los excursionistas y entre ellos con aquella graciosa Milena, que conocimos en casa de mi tía. Laurita y Clotilde, tendrán compañía y charla inacabable. Levantamos amarras y adiós Buenos Aires...

Iban desfilando ante nosotros vapores, chatas y remolcadores en activa tarea. Del lado de proa, agua y más agua; una superficie tersa que se confunde en el horizonte con el cielo. Sin embargo, una niña tucumana asegura que el Río de la Plata, es para ella menos sorprendente que el Aconquija y que en esta monotonía grandiosa del agua, no siente la imponente majestad de la montaña; que «esa llanura de bruñino metal», es fatigante y aburridora; en tanto que el vértigo de una altura de cuatro mil metros con vegetación tropical y mirajes infinitos, es maravilloso. Yo puede vengarme de su opinión recitando.

«El Plata se adelanta

A saludar al sol que se perdió en sus ondas.

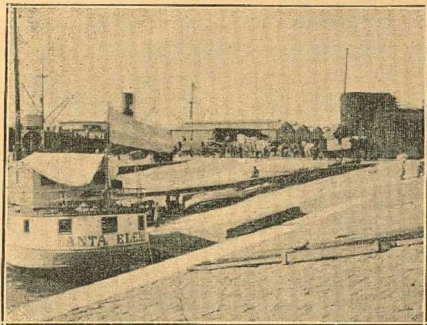
Y duerme en su regazo...»

Por la tarde, efectivamente, contemplamos el soberbio espectáculo de una puesta de sol, ¡Qué profusión de luces, qué matices crepusculares tan variados, qué silencio en la extensión vacía y qué pequeños los hombres y este buquecito que nos lleva jugueteando!...

Se anunciaba el Rosario al amanecer. Así fué ansiosa nuestra bajada de la mañana en el puerto para dar

un rápido vistazo con abuelito por sus calles y monumentos principales.

—Parece increíble, nos decía el viejito, — que éste sea el mismo Rosario de hace sesenta años. En la costa no se veía más que una ranchería insignificante, donde los lancheros descargaban leña; hoy es una ciudad tan hermosa como hay pocas en América.



Pasamos por la Municipalidad, edificio de construcción moderna, y de allí nos dirigimos al monumento a la Revolución de Mayo; luego paseamos por el fresco y arbolado boulevard, con cuadros de césped y de flores; por la plaza Belgrano que da vista al Río Paraná, agregando una nota pintoresca al paisaje; por el parque, agradable y fresco sitio de recreo con mirajes naturales y artificiales que hacen el encanto de los visitantes en los días de verano en que se ve muy concurrido.

Al regresar a bordo a las once de la mañana, los compañeros de excursión hablaban animadamente sobre los progresos del Rosario, pues sus adelantos son muy

recientes, comenzaron en 1854, cuando el General Urquiza estableció en beneficio de la ciudad los derechos diferenciales que tanto perjudicaron al comercio de importación de Buenos Aires.

.....

Una larga y pesada siesta, que es preciso dormirla en este clima, interrumpió mi carta. Ahora seguiré hasta el final.

Partimos de Rosario a la una de la tarde. Esta vez anclamos muy pronto, pues estamos frente a San Lorenzo mirando, las memorables barrancas que recuerdan todos los autores al hablar del glorioso combate. El pueblito no tiene mal aspecto, como puedes ver por la fotografía. En la plaza principal hay un sencillo monumento consagrado por la gratitud popular al héroe de 1813.

Visitamos el convento, recorriendo su celdas silenciosas. Lo digno de mención que allí existe es un reloj de sol cuya antigüedad se remonta al año 1700.

Llegamos a la explanada donde tuvo lugar el bautismo de fuego de la caballería argentina. Abuelito con entusiasmos juveniles describió la batalla y especialmente la heroica acción de Cabral salvando al General San Martín.

«Batiéndote como un héroe
Y como un héroe muriendo,
... .. allí salvaste
Con tu arrojo sin segundo,
La Independencia de un mundo
En José de San Martín.»

—Descansamos a la sombra del pino histórico: abuelito siguió dándonos detalles del combate, con recuerdos para todos los que se distinguieron en la jornada. Uno de ellos, nos dijo, apretó las espuelas persiguiendo a un godo, y su ímpetu fué tal, que desbarrancándose, caballo y caballero fueron a caer despedazados al río.....

Seguimos nuestro viaje por esta costa encantadora del Paraná, alternando barrancas bajas o empinadas y altas orillas de abundante vegetación, donde los ceibos, los sauces y las enredaderas se entrelazan perfumando el ambiente. Así tocamos Diamante, afirmado a una barranca tan alta, que pierde la vista de la ciudad escondiendo de nuestra vista las lomas entrerrianas. Por aquí efectuó su pasaje el Gran Ejército de Urquiza, cuando marchaba contra el tirano para asestar en Caseros el golpe decisivo que provocó la organización nacional.

Así, mientras las ideas y los recuerdos se unen los unos con los otros como en la película del cinematógrafo, avistamos Bajada Grande, uno de los puertos de Paraná y antigua sede del gobierno y de las correrías de Ramírez y Artigas, durante el gobierno de los caudillos. Debíamos bajar allí para tomar el tren hasta la ciudad, usando la vía férrea que hoy une todas las ciudades entrerrianas y las correntinas de la costa uruguaya y paranaense, no solamente con Buenos Aires, por el ferryboat del Ibicuy, sino con la Asunción del Paraguay por Posadas.

Ya estamos en la antigua Capital de la Confederación Argentina y al frente del despacho presidencial de Urquiza, en cuyo edificio arruinado por el tiempo, aún

se ve la cifra de hierro del grande hombre, inscrita en el balcón de la Presidencia. Desde 1871 el edificio está ocupado por la famosa Escuela Normal, que tantos maestros competentes ha dado al país.

Al frente tenemos la bonita plaza 1^a de Mayo, bautizada en el día del pronunciamiento de Urquiza contra la tiranía. Por esa calle del frente ocupada por la Oficina de Correos y que fué residencia de la familia del General desfiló el ejército que iba a combatir contra el formidable poder de Rosas.

No te describiré la Escuela Normal que tanto conoces, pero no debo dejar de contarte la emoción que sentí al entrar en uno de sus salones que servía de Cámara de Diputados de la Confederación, y que aún conserva los Escudos de las Provincias que concurrieron al Acuerdo de San Nicolás y enviaron aquí más tarde sus representantes.

La Catedral es un edificio amplio y hermoso, a su lado está el palacio episcopal y más allá el palacio municipal, de construcción modernísima y elegante.

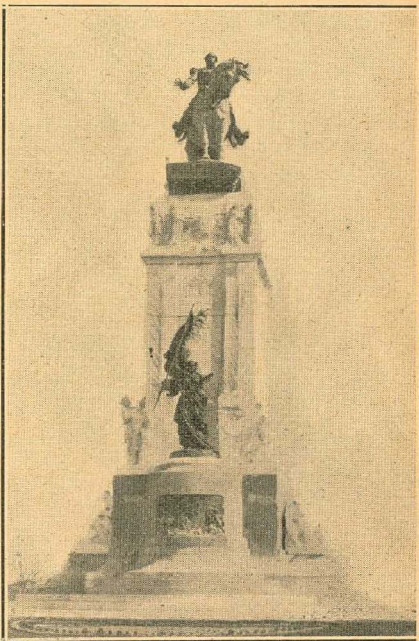
Visitamos dos espléndidos hospitales, varias escuelas suntuosas, donde abuelito repetía sin cesar: estamos en la Bostón argentina. Esta ciudad y la del Uruguay son las ciudades más escolares de la República. Visitamos la plaza Alvear y el paseo Rivadavia, el barrio aristocrático de la ciudad, el Puerto Nuevo, el Puerto Viejo y, en fin, el Parque Urquiza, uno de los lugares más pintorescos que pueden adornar a una ciudad costanera. ¡Qué hermosas nacen aquí las lunas de verano; qué

blancas son las noches, qué plácido el río y fresca y dulce la brisa de las tardes!

Aquí, al finalizar la calle Rivadavia y al lado del Parque, se levanta la estatua del General Urquiza, el monumento más hermoso que tiene el país, según dicen los entendidos.

Allí está el héroe sujetando la brida de su corcel de guerra y alargando la mano para decir como después de Pavón: no hay vencedores ni vencidos. ¡Y qué mármoles de líneas tan puras y qué actitudes tan majestuosas la de esas figuras simbólicas que rodean la estatua!

Agrégale el marco de una barranca altísima, una arboleda que deja escapar al bronce que aparece nítido desde cualquier punto de la ciudad y todo envuelto



en un cielo eternamente azulado, como si la bandera de la Patria lo retuviera en las nubes y tendrás una idea aproximada de esta obra de arte, con que la posteridad recuerda al grande hombre que mejor contribuyó a dar la organización nacional, unificando la Nación y promulgando la Constitución escrita por Alberdi.

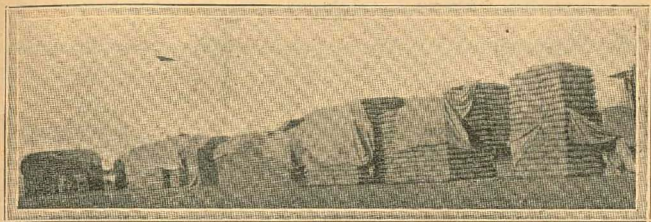
A propósito, en esta ciudad tan propicia para la glorificación del autor de *Las Bases* como le llama abuelito, no hay ni un monumento dedicado a su memoria.

Aquí termino mis notas de viaje y ruego a tu cariño que perdone la extensión de esta carta donde pongo el mío, pensando en lo que tanto nos enseñaste a venerar: la Patria.

Tu hijo.

Felipe.





Trigo recogido en las llanuras argentinas



Leed en clase algo que se refiera a la agricultura argentina.

Estudiad su porvenir en nuestra Patria y expresad algún pensamiento al respecto.

LIBRE NAVEGACIÓN DE LOS RÍOS

Querida mamá:

Salimos de Paraná a la puesta de sol, rumbo al norte. Conversando y discutiendo sobre las bellezas de la ciudad que acabábamos de visitar, llegó la noche y subimos a cubierta a ver la luna, la noche llena de claridades y la costa.

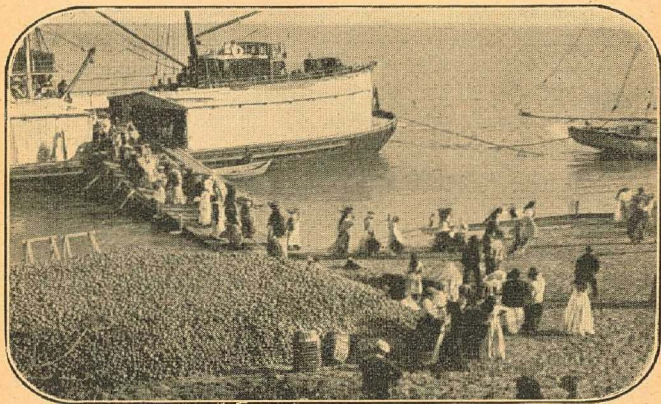
Fijo siempre mi pensamiento en las cosas de mi tierra, recuerdo las páginas que papá nos leía sobre la libre navegación de estos ríos, cuya apertura, según decía Alberdi, hará que la «luz del mundo penetre en todos los ámbitos de nuestra república. Aún debemos la estatua que pedía el gran tucumano para el estadista que abrió al comercio de todas las naciones el Plata, el Paraná, el Uruguay, el Pilcomayo y el Bermejo.

En el goce de este derecho de la libre navegación de los ríos interiores, podemos hoy, con toda comodidad navegar, tocando todos sus puertos y gozando de las ventajas que nuestros mayores nos proporcionaron abnegadamente.

Abuelito resolvió que al regreso visitáramos Corrientes y algunas ciudades costaneras. En la época de la tiranía esta Provincia fué la preferida del sacrificio y basta recordar Caaguazú y Pago Largo, para evocar la sangre derramada en luchas fratricidas y el nombre de

Berón de Estrada que entregó su vida por defender las libertades públicas, a la cuchilla sangrienta del verdugo, como Marco Avellaneda en Tucumán y como Maza en la Revolución del Sud.

Bella Vista es una bonita población y es considerada como una futura ciudad de invierno del litoral.



Cargando naranjas en Bella Vista

Nos detuvimos en Corrientes, para trasbordarnos a un vapor de menor calado, porque saliendo de allí, la navegación del río se presenta llena de obstáculos a cada paso. «El Lambaré» que nos lleva, nos recuerda los versos de *Nenia* y la guerra terrible con el Paraguay

que destruyó a esa Nación dejando en la orfandad a tantos niños y mujeres. Una de ellas es la que canta.

.....«Vino la guerra y su zaña

No ha dejado nada en pie.....»

—Apenas habíamos salido del puerto, divisamos una *jangada* de cedro de Misiones. Se compone este original medio de transporte, de una serie de vigas enormes, sólidamente atadas, que se abandonan a merced de la corriente que la lleva río abajo. Dice abuelito que este procedimiento ahorra al flete; pero a veces las tormentas se encargan de esparcir por el río la madera con tanto trabajo preparada.

Las barrancas se presentan bajo los más diversos aspectos: las aguas al gastar la tierra, le han dado mil formas caprichosas: Laurita veía a veces un grupo de gigantes, Felipe una gruta, Clotilde la Cenicienta que ha perdido su zapato y yo creí ver yacarés, víboras, pájaros y perros. Lo cierto es que la imaginación aquí mariposea como nunca.

—«Estamos en el famoso salto de Apipé, dice el Capitán, constituido por un bajo muro de piedra que une la costa argentina a la paraguaya, dejando casi en el centro un portalón de entrada». Al verlo, parece que se trata de obstáculo de poca importancia; sin embargo no es así.

Confiábamos en que pasaríamos rápidamente por el gran caudal de agua que trae el río, pero la corriente es terrible: adelantamos y retrocedemos, mientras las

aguas corren espumosas, retorciéndose y formando remolinos.

Después del Salto, la vegetación es más exuberante. Aquí hay una isla de tacuaras tan preciosas por los tallos de bambúes que ostenta. Los loros y guacamayos que vuelan hablando a gritos y los tucanes y monitos que se balancean en las ramas, dan alegría y animación al paisaje.

Después vemos un gran bosque de lapachos. Corremos por leguas y más leguas de bosques vírgenes que nadie ha explotado aún. Hemos pasado por Paso de la Patria, Yajá-Pé, Itá-Ibaté e Ituzaingó, cuyo nombre nos recuerda el otro sitio de igual nombre, donde alcanzó tanta gloria el General Alvear.

Estamos en un hotel de Posadas y esta tarde vamos a visitar las ruinas jesuíticas de San Ignacio.

.....

A las dos de la tarde salimos con rumbo a la antigua ciudad de los jesuitas. Pasamos por el santuario de Itacúá, en la costa paraguaya. Dicen que los creyentes ven allí la imagen de la virgen, pero nosotros, entusiasmados, con los relatos de abuelito, sobre la expedición de Belgrano al Paraguay, solo veíamos la imagen del héroe en Tacuarí y Paragaurí, con la mirada fija puesta en la Asunción, donde su espada hubiera evitado que surgiera el sombrío déspota Francia que ensangrentó durante tantos años aquella nación.

Vimos después la antigua Colonia Candelaria. Ya sabes que por ahí pasó Belgrano. Aquí abuelito nos describió con tan vivos colores la situación de las tropas

argentinas, frente a los avanzadas paraguayas, que hubo momento en que nos pareció oír al ¡quién vive! de los centinelas.

El Cerrito de los Porteños, la heroica defensa de los patriotas luchando cada uno contra diez de los otros, las interesantes conferencias de Belgrano, con los jefes paraguayos, todo lo conocemos ahora al dedillo.

En seguida de la Candelaria, está San Ignacio del que solo existen los escombros alrededor de una plazoleta ya invadida por la hierba.

Antiguamente daban acceso al pórtico de la iglesia cinco o seis gradas que están sepultadas entre el cascajo y la vegetación. El templo ha sido inmenso. En su interior toda una selva vegeta y triunfa de la desolación, animando las ruinas.

Se conserva aún el lienzo izquierdo del frontis, con un angel toscamente esculpido en la parte alta, el escudo de la orden y las columnas, de la mitad del pórtico.

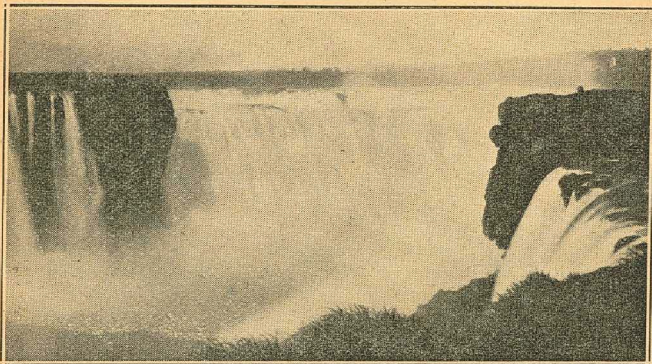
Abuelito nos hizo notar que el artífice de esta obra mezcla de arte infantil y de construcciones grandiosas, fué el indio reducido y educado por los jesuitas.

Abuelito emocionado nos dijo: «hoy la selva invade «los campos cultivados, las fieras habitan las iglesias «abandonadas, donde algunas efigies de madera, o algunos ángeles inmóviles con alas, parecen la imagen petrificada de una civilización detenida en pleno vuelo. El «silencio y el olvido han caído sobre esta población: las «preces y los cantos con que acompañaban sus tareas «los indios, han sido reemplazados por la charla de «los loros salvajes.» (1)

(1) Bernaldez.

¡Ojalá se conserven estas ruinas para recuerdo de aquella civilización jesuítica que fué el órgano más poderoso de la conquista.

Seguimos remontando el río; un obraje para la preparación de la madera llamada incienso y otro más arriba para la recolección de la yerba mate, atraieron nuestra atención por breves momentos.



Desde puerto Delicia a ocho horas más arriba de San Ignacio, empieza ya a iniciarse la región de las cascadas, con los pequeños saltos que bajan por ásperas barrancas. No es la catarata del Iguazú la única maravilla de estos lugares; hay docenas, cientos; es la región en que las aguas no corren sino brincando y rugiendo. La cascada Monday cae al Paraná un poco an-

tes de llegar al Iguazú. Esa es la corriente que siguió Alvar Núñez Cabeza de Vaca para llegar a la Asunción.

Desembarcamos en la costa y penetramos en la picada abierta para el paso de los turistas.

El silencio de la selva es imponente.

Seguimos la marcha, sintiendo ruidos lejanos; de repente, con viento contrario, el ruido atronador o mejor los mil ruidos ensordecedores, que tronaban en inmensa variedad anunciando las caídas de las cataratas.



Estamos por fin a la vista de esta maravilla de América.

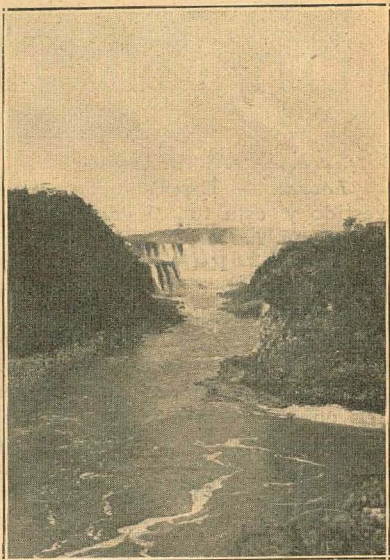
Abuelito admirado decía hablando a gritos, porque el ruido impedía oír nada. Se ha comparado el Iguazú

con el Niágara convertido hoy en una inmensa usina. Pero no hay duda que aquí la naturaleza es insuperable en magnificencia y en riqueza. Las palabras tropiezan en la lengua para expresar lo que uno siente y solamente, pensando en algo tan grande como toda la extensión y como todas las bellezas de nuestra tierra, podemos hallar palabras para describir lo que aquí vemos.

Sí, aquí el hombre es pequeñito pero el ciudadano argentino se agiganta; tan hermoso y grande como esta maravilla es nuestra historia y nuestro porvenir.

Adiós mamá. Por esta gran arteria argentina, al través de muchos miles de kilómetros y desde las selvas de esta Patria tan hermosa, te envía sus cariños tu hijo

MARCOS.





Sara. — ¡Al fin llegan! ¡Las hemos esperado tanto!

Laura. — Esperábamos que mamá terminara mi vestido y esta fué la causa de la demora.

María Luisa. — ¡Qué bien estás!

Laura. — Estreno traje, sombrero y zapatos; porque tengo declamación en la fiesta (*dirigiéndose a todos*). Ya saben amigas mías, que terminada la fiesta, mamá nos espera a tomar el té. Nos ha prometido cinematógrafo, música, juegos y otros agradables entretenimientos. Quiere festejar así el premio de Historia obtenido por Beatriz en el concurso celebrado por todas las Escuelas de la Capital. Mamá se siente muy orgullosa de que nuestra escuela haya sido la agraciada y quiere festejar dignamente el acontecimiento.

Rosa. — Mamá cree que la escuela en que se educan sus hijos, forma parte de su hogar y, con el mayor placer, festejará nuestro triunfo.

Elvira. — ¡Si ustedes supieran la pena que tengo! Ayer, me quejaba de los deberes y del trabajo que nos imponía la escuela; hoy, al recordar que es el último día en que estamos reunidas, quisiera mayores trabajos, ocupaciones duras, lecciones difíciles, todo lo más pesado, con tal de no separarnos..... Siento tanto deseo de llorar.....

Elisa. — Yo también estoy triste, pensando en la escuela que dejamos y en que este grupo de amigas tan queridas, no volverá ya a reunirse, pues cada una marchará por el rumbo que le marque el destino.

Isabel. — Te apenas porque olvidas lo que nos dijo ayer la señorita directora. — ¿No recuerdas lo que nos habló de nuestra misión en el hogar, de nuestro compañerismo a través de la vida y de nuestro papel en la sociedad? ¿Has olvidado acaso lo que ella llamaba su «lección de amor».

Aún suenan en mis oídos sus últimas palabras: id a la vida; y, felices o desventuradas, conservad firme e inalterable el compañerismo, el afecto sincero, la amistad desinteresada de la escuela.

En las tormentas de la suerte, en los golpes de la adversidad, no olvidéis el afecto que os une, y que, en la escuela, vuestra maestra os aguarda con los brazos abiertos, para consolaros y ayudaros a soportar todos los dolores, y todas los sinsabores de la existencia. Y si la alegría y la felicidad os son propicias, no olvidéis tampoco que esta casa revive con la buena estrella de sus hijas.....»

María Luisa. — ¡Nuestra buena estrella! Si alum-

brará la mía! En fin, sus palabras suenan tan gratamente a nuestros corazones, que en verdad, no las olvidaré. Tampoco olvidemos la fiestita que hoy le hemos prometido organizar.....

Adela. — Es cierto. ¿Qué haremos?

María Luisa. — Prepararemos una alegoría que simbolice todos nuestros ideales, nuestro cariño y nuestras esperanzas.

Todas a una voz. — ¿Quieres dirigir tú misma?

María Luisa. — ¡Con mucho gusto!

Lola. — Habrá lugar para un poeta o para una poesía si te parece mejor, en el programa.

María Luisa. — Yo representaré la gratitud y daré mi adiós a la escuela. Mientras las más pequeñas cantan y recitan, nosotros preparemos el final de la fiesta. *(Salen)*

.....
(Reaparecen en trajes característicos y entran sucesivamente).

Rosa. — Soy el alma de la Patria, la que canta en dulces melodías el eco de sus montañas, el rumor de su Pampa solitaria y los celajes brillantes de sus noches estrelladas. Yo inspiro sus anhelos de grandeza nacional y la aliento en sus caídas y en sus dolores. Yo tejo coronas al talento y a la gloria. Yo

«Soy la abnegación desconocida
Y la pena ignorada».

Yo maldije a los tiranos, y proclamé libre a los esclavos y encendí el fuego de los entusiasmos viriles y de las abnegaciones ignoradas. Soy el alma intangible

de la Patria que vela por todos sus hijos y ama por todas las madres que viven bajo su bandera..... Soy la poesía.

Inés. — Yo soy el estudio.

Mi pan de cada día es la lectura, amo la disciplina, odio la pereza.

Soy el compañero amable de los perseverantes y el predilecto del saber.

Sarmiento me debe su gloria, Mitre su fama, Rivadavia su obra.

Libros y más libros que se difundan por todos los ambitos, necesita nuestra patria y jóvenes estudiosos que serán la fuerza espiritual de mañana.

Soy el hijo predilecto, del pueblo: la Argentina me necesita: como a la sangre que nutre su organismo, como a la savia que vigoriza la planta.

Yo aumento el trabajo y la riqueza; yo hago de esta tierra bendita, la verdadera tierra de promisión para los que me acompañan y comparten conmigo la vida, los ideales y las esperanzas.

Julia. (*Entra rodeada de un grupo de niños pequeños*). — ¿Los véis? Son la alegría del hogar, el encanto de la escuela, el porvenir de la Patria.

¿Conocéis algo más dulce que la mirada de un niño? Sus almas blancas recuerdan las azucenas y los lirios; sus alegrías y sus juegos son la sal de la vida.

Llega el niño a la escuela. La maestra diligente y cariñosa le dice: escucha la verdad, levanta tu alma a la región de los héroes de la tierra para imitar su ejemplo y graba en tu corazón el amor por lo bueno y por lo

bello; inspírate en el amor y en la piedad, imprimiendo a tus actos un sello de labor, de civismo y de abnegación.

Por eso, ensalzo a mi maestra y glorifico a esa jornalera de la idea que espiga en el alma de los niños el producto bueno y útil.

Por eso, creo en el poeta cuando canta:

Fecunda es, joven, tu misión y grande
Tan noble fin a mi razón admira,
Y conmovido el corazón se expande
Ante el ideal divino que te inspira.
Bendito sea tu sublime esfuerzo,
Tierna virgen de cándida mirada;
Bendita sea para honor del universo
Y mil veces bendita tu jornada! (1)

Sara. — Soy la esperanza. Pongo alas a las almas, traigo la calma y arrullo los sueños.

Yo veo en todas esas frentes sin mancha que se inclinan sobre el libro, a los futuros sabios, artistas, poetas, obreros y ciudadanos de mañana; a las madres, maestras y mujeres del hogar.

Yo mantengo palpitantes los ideales que siembra la escuela en el alma blanquísima del niño.

Yo diviso allá lejos, entre las brumas del porvenir, una nación poderosa e ilustrada que funda sus prestigios en la escuela y muestra con orgullo los millares de niños que educa.

María Luisa. — Traigo mis manos llenas de flores,

(1). A. Ballo.

mi corazón rebosante de afectos, mi alma henchida de gratitud.

Os abandono con el alma llena de pena. Pequeñita, tímida y vacilante, llegué a golpear la puerta siempre abierta de esta casa. El primer día, envidiaba a las flores y a los pájaros su libertad y parecíame que nunca podría acostumbrarme a la disciplina escolar y mucho menos a la separación de mis padres y de mis juguetes. Poco tiempo después, ví que tenía otros juegos y otra madre que, dulce y perseverante, disipaba las nieblas de mi ignorancia y me llevaba con paso seguro al saber, apartando diligente los abrojos del camino. Otros eran mis hermanos y mi hogar.

Paso a paso, día tras día, se renovó el esfuerzo de mi maestra, hasta hoy, hasta este mismo día, en que termino el ciclo de mi enseñanza primaria.

Con él termina esta vida tan feliz de la escuela, donde no hallé sino afectos puros y consejos amistosos. Por eso la pena me embarga..... Y es tan inmensa mi gratitud, que no tengo palabras para esta despedida.

(Señalando su corazón). Señorita Directora, Señoritas Maestras: aquí llevamos vuestro cariño, aquí vivirá siempre, como una sombra buena prolongada hasta muy lejos.





Investigad y escribid composiciones *sobre los siguientes asuntos estudiados en lo que se relaciona con la República Argentina.:

1. — Unión postal universal.
2. — Guía postal.
3. — Propiedad artística y literaria.
4. — Sistema de pesas y medidas.
5. — Historia de la moneda.
6. — Trazad un itinerario de viaje de la Capital Federal al lago Nahuel-Huapi, estudiando las regiones que atravesáis.
7. — Haced un viaje de Paraná a Rosario de la Frontera.
8. — Regresad de las termas de Río Hondo a Bahía Blanca.
9. — Escribid sobre el «ahorro» y presentad un cuadro sobre el aumento progresivo del dinero en las cajas de ahorro de los Bancos.
- 10.—Haced un presupuesto doméstico para la casa de un empleado que gane 200, 300, 400 o 500 pesos mensuales.



SE NECESITA UNA MUCHACHA

(Versión al femenino)

Se necesita una muchacha sana, robusta y fuerte, de sonrosadas mejillas y vivaces ojos, que muestre al reír la alegría de la vida que haya aprendido a jugar a las muñecas, a cocinar, a coser y a hacer sus propios vestidos y que haya cursado, por lo menos, el sexto grado con buenas notas; que sea en su casa o en la escuela, veraz, sincera, y discreta; que nutra su alma de ideas y realice acciones nobles y generosas.

Una que sepa hacer la cuenta del mercado, coquetear, estudiar y bailar; que sea creyente, confiada, sumisa al deber, valiente y simpática, y que tenga su cuarto, su cuerpo y su alma, como una tacita de plata; que aprenda a cantar, a tocar el piano, a pintar, a cuidar pájaros y flores y a recitar poesías argentinas.

La que se busca, debe gustar tanto de la cocina como del salón, y de los saludables ejercicios del campo, como del teatro y otros sanos placeres del espíritu; que vista a la moda, con sencillez y elegancia; que no envidie la suerte ni el collar de su vecina; que no



murmure ni use sus tijeras, sino para cortar la muselina.

La muchacha debe hablar francamente y brillar en el hogar por su ingenio y su buen tino; sin timideces de mojugata, ni petulancias de marisabidilla, debe endurecer el vidrio de su fragilidad y cuando sea novia, mirar recto al corazón del hombre y no a su bolsillo, pensando que el primer deber de la mujer argentina, no es la indolencia estéril, sinó la disciplina doméstica, dependiendo la realización de su destino, del noble impulso de una voluntad libre.



Se necesita una muchacha que teja su vida de «humildades y elevaciones», porque así se teje la vida: leyendo buenos libros, guardando la casa e hilando su lana; que sea cariñosa con sus hermanos, respete a su padre y sea solícita con su madre; que plasme, fecunde y ayude, a *aquel otro muchacho*, estimulándolo al honor y a la virtud, a la acción, a la riqueza y a la gloria, empujándolo a lo bueno, a lo verdadero y a lo bello, con la mirada fija en la Patria, en la pureza de sus símbolos, en la nobleza de sus ideales, en las riquezas de su suelo que imponen el trabajo diario y constante a cada uno de sus hijos, en la gloria de sus héroes, en el talento y honorabilidad de sus grandes hombres del pasado y del presente, en la justicia de sus leyes, en la eficacia de sus instituciones.

Una que marche armada de su signo y de su escudo con la voluntad ardiente de hacer el bien, la plena

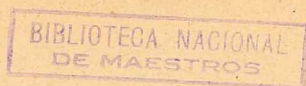
confianza en la obra realizada y la fe en el porvenir de la familia a que pertenece.

Se necesita una muchacha que ame la vida, que no pierda la esperanza de vivir cien años; que vista celeste y blanco en el mes de Mayo y que desdeñe al cobarde que vuelve la espalda al trabajo diario.

La Patria necesita con urgencia esta muchacha. En todas las escuelas argentinas y en toda casa honrada se la buscará siempre.

RITA E. L. DE VICTORIA.





ÍNDICE

	<u>Página</u>
La Patria	5
Aniversario cívico	8
La Colonia	15
El primer ensayo del Himno	21
Hojas de mi diario	23
Hojas de mi diario (Recuerdos del primer centenario) ...	29
Club de niños	33
El futuro soldado	38
Oración al Himno. Carlos Ibarguren. (Para recitar de memoria)	42
Historia de una estampilla	46
Soliloquio de una estampilla	51
Es necesario formar hombres	55
El soldado argentino	57
Héroes y heroísmo	61
La Bandera Argentina	65
La Oración de la Bandera. Ricardo Rojas. (Recitado de memoria)	72
Un gran problema	76
Ciudadanía	82
La Bandera de los Andes	85
Comentario	91

	<u>Página</u>
Las glorias de la Patria	93
Sarmiento	97
El día del árbol	102
Cómo se honra a la Patria	108
Las dos hadas. Laura E. L. de Alvela. (Recitado de memoria	114
El día de los muertos por la Patria	119
Desinterés y patriotismo	125
Doctor Luis José Chorroarín	130
Doctor Nicolás Avellaneda	135
Rivadavia juzgado por el General Mitre	139
El santo de papá	141
La mujer argentina	146
Una vida útil	152
¡Soy argentino!	157
Ferrocarriles argentinos	160
Buenas noticias	165
Córdoba	169
Dique de San Roque	172
En viaje a Catamarca	177
La cuesta del Totoral	179
Pensamientos de Alberdi	185
Tucumán	186
La fiesta del 9 de Julio	190
La casa histórica	195
República Argentina e Inmigración	201
Desde la Estancia	210
Heroísmo salteño	215
¡Sueño o realidad?	221

	<u>Página</u>
El voto secreto y obligatorio	227
La prensa argentina	231
Decálogo estudiantil. F. Julio Picarel. (Para recitar de memoria).	237
Escuela Argentina	239
Mendoza	243
Una vida argentina	248
El ejército de los Andes	250
De Buenos Aires a Paraná	257
Libre navegación de los ríos	266
Ultimo día de clase	274
Sugestiones	280
Se necesita una muchacha. Rita E. L. de Victoria. (Reci- tado de memoria)	281



